BIANCA

HARLEQUIN



aventura, intriga, pasión

Novelas con corazón

El novio era otro

Annette Broadrick

265 Ptas.

Annette Broadrick
1ª Duncan
El novio era otro (1992)
Título Original: That's what friends are for (1987) **Serie:** 1º Duncan
Editorial: Harlequin Ibérica
Sello / Colección: Bianca 517
Género: Contemporánero
Protagonistas: Brad Crawford y Penny Blackwell

Argumento:

La amó tanto una vez que incluso estuvo dispuesto a perderla.

El famoso actor de seriales televisivos, Brad Crawford, estaba a punto de ver casarse a Penny… ¡con otro hombre! Pero cuando el novio no se presentó a la boda, Brad supo enseguida lo que tenía que hacer. Después de todo, ¿para qué están los amigos?

Penny sentía que su mundo se había trastocado por completo. Brad que la había abandonado años atrás, para triunfar como actor, había vuelto a su vida, y la hacía sentirse cómo en los viejos tiempos. Todo tenía más emoción cuando él estaba cerca. Pero Penny estaba decidida a casarse con Gregory.

Capítulo 1

Una templada brisa de verano acariciaba suavemente el cuerpo de Penny. El apagado sonido del agua chocando contra el embarcadero, donde estaba tumbada, proporcionaba un acompañamiento rítmico al canto de los pájaros que anidaban a orillas del río Tawakoni.

Penny Blackwell siempre había disfrutado del verano y de la oportunidad de no hacer nada más fatigoso que ponerse morena. Esta pereza contrastaba agradablemente con la vida tan agitada que llevaba el resto del año.

Esbozó una sonrisa al recordar que sólo quedaba una semana para que su rutina veraniega cambiara para siempre. Sin duda, el ritmo de su vida aumentaría hasta el punto en que días como aquél serían poco frecuentes.

—Qué sonrisa tan misteriosa, «enana» —dijo una voz de hombre cerca de ella—

Me parece bastante provocativa.

Penny abrió los ojos de golpe, sobresaltada, no sólo porque pensaba que estaba sola, sino también porque esa voz pertenecía al pasado y debía estar a dos mil kilómetros de allí.

—¡Brad!

De repente se dio cuenta de lo poco que le tapaba el bikini.

Cogió el vestido a juego, y se lo puso con movimientos demasiado torpes.

—¿Qué estás haciendo aquí? —preguntó, sin atreverse a mirarlo de nuevo.

Penny sabía muy bien cómo era Brad Crawford. En esa rápida ojeada vio que sólo llevaba puestos unos vaqueros demasiado caídos, cortos y desteñidos, que debía haber tirado hacía años.

—¿Es así como recibes a un amigo y vecino al que no has visto durante tres años? —preguntó.

Sin hacer un gran esfuerzo, Brad se inclinó y la levantó. Incluso de pie Penny se sentía dominada por la altura de Brad porque sólo le llegaba al hombro. Nadie le hacía darse cuenta de los centímetros que le faltaban como él.

Brad le levantó la barbilla hasta que sus ojos se encontraron.

—Estás aún más guapa de lo que te recordaba —dijo, añadiendo más calor con su mirada al cuerpo femenino, ya acariciado por el sol—. Y no creo haber olvidado nada de ti.

Hizo una pausa, como para memorizar cada rasgo de su cara otra vez.

—Tenía muchas ganas de volver a verte —le dijo.

La mente de Penny parecía rebelarse a la disciplina a que había estado sometida, mientras los pensamientos, que creía haber enterrado hacía años, volaban en su mente como si fueran fragmentos de un rompecabezas, pedazos indescifrables que creaban una confusa mezcolanza. Con desesperación, buscó una respuesta intrascendente para salir del paso

No podía decir lo mismo que él. Desde luego a ella no le había apetecido volver a ver a Brad Crawford.

—Me sorprendes —replicó, intentando sin éxito que su voz sonara natural—.

¿Cuándo has vuelto?

Brad volvió a mirar a la orilla donde las dos casas, que habían permanecido juntas durante tres generaciones, dominaban el lago.

—No hace mucho. Lo suficiente como para ponerme algo más apropiado para el clima de Missouri —dijo con una sonrisa muy familiar para Penny—. Tan sólo he hablado con tu madre unos minutos, porque como sabía que estaba impaciente por verte me echó.

Penny luchó por no prestar atención a la complicidad implícita en ese comentario. Fingiendo que ya no quería seguir tomando el sol, cogió la toalla y la crema bronceadora y se encaminó hacia la casa; él la acompañó.

—¿Por qué has venido? —preguntó, temiendo la respuesta.

Brad confirmó sus temores al responder:

—Recibí una invitación para tu boda y decidí regresar, porque quería conocer al caballero que me había robado a mi princesa, mientras yo estaba ocupado matando dragones.

Penny decidió que hablaría más tarde con su madre sobre la invitación de Brad.

Desde luego Brad Crawford no estaba en la lista de invitados que ella había preparado.

Sin apartar los ojos del camino, dijo refunfuñando:

—No sé por qué haces siempre que todo suene tan dramático.

—¿Y tú, Penny? Me extraña. Creo que los dos tendemos al drama.

Era verdad, pero le sentaba mal que se lo recordaran. ¿Por qué ahora y no otras veces? Una semana más y su vida sería tranquila y segura, justo como lo había planeado. No es que Brad pudiera cambiar en manera alguna esos planes, pero tenía la molesta costumbre de crear dudas y confusión en su vida.

Como no le contestó, Brad siguió hablando en un tono amistoso y relajado.

—Bueno, háblame de él. Su apellido no me resulta familiar. Obviamente no es de Payton.

A medida que se acercaba a casa, Penny se sentía más a salvo. No deseaba continuar teniendo una conversación personal con Brad. En cuanto llegara, su madre podría ayudarla a evitar cualquier silencio incómodo.

—En realidad Gregory vivía en San Luis y se mudó a Payton hace un par de años.

—¿A qué se dedica?

—Es abogado.

—¡Ah! —dijo Brad como si hubiera resuelto algún misterio—. Abogado—, repitió con satisfacción—, una profesión agradable, segura y carente de emoción.

Penny le miró enfadada y dijo:

—Por si no lo sabías, ninguno de los dos anhelamos emociones.

—Creo recordar que hubo un tiempo en que te gustaban.

—Era sólo una niña, y cuando era niña solía hablar como una niña, pensar como una niña, razonar como una niña, pero cuando me convertí en mujer dejé a un lado las niñerías.

—¡Madre mía! Sin duda, el reverendo Wilder habría estado orgulloso de ti, al ver que recuerdas tan bien los versos de la Biblia. Veamos, eso está en el capítulo trece de la primera epístola a los corintios.

—Se nota que tú también la estudiaste de pequeño, de no ser así no lo habrías reconocido —dijo Penny con voz serena.

Con alivio, empujó la puerta de tela metálica que daba al porche.

—Mamá, ¿a qué no sabes quién está aquí? —dijo con voz alegre.

—Claro que sí —dijo Helen Blackwell, que en ese momento salía de la cocina, con una sonrisa de bienvenida en los labios, llevando una bandeja llena de galletas y una jarra de limonada helada—. Brad me preguntó a mí dónde estabas.

Dejó la bandeja y lo abrazó.

—Es tan agradable volver a verte de nuevo después de tanto tiempo. Qué maravillosa sorpresa para todo el mundo verte aparecer tan inesperadamente.

Brad le devolvió el abrazo con cariño mientras una sonrisa iluminaba su rostro.

—Me alegra comprobar que alguien se siente feliz al verme —se quejó, mirando a Penny de reojo—. En el embarcadero, por un momento pensé que Penny iba a tirarme al agua cuando me vio.

—No seas tonto. Me asustaste, eso es todo.

Y haciendo todo lo posible para que su voz sonara desenfadada dijo:

—Si me perdonáis, tengo que subir a cambiarme.

—Espero que no lo hagas por mí —dijo Brad con una sonrisa inocente—, me encanta como estás ahora.

Por supuesto su madre se reía, pensó Penny enfadada. Brad siempre le había parecido muy divertido. Para sus padres, Brad no podía hacer nada malo: era el hijo que nunca tuvieron.

Una vocecita en su interior le dijo que fuera franca y recordara que también ella había sido la hija que los padres de Brad nunca tuvieron; pero por el momento, Penny no estaba de humor para franquezas.

—Perdonadme —dijo educadamente, y se marchó.

Helen echó limonada en los vasos y dijo:

—Siéntate, Brad. No creo que tarde. ¿Por qué no me dices cómo te van las cosas? Estoy deseando que me cuentes algo de Nueva York y de tu vida allí. En Payton, todo el mundo está orgulloso de ti. Representas al muchachito provinciano que ha triunfado en la vida.

Brad seguía mirando fijamente a la puerta por donde Penny había desaparecido.

—Ha cambiado —dijo con voz apagada.

—Sí, tienes razón —admitió Helen con un suspiro—, y en mi opinión no ha sido para mejor.

Brad la miró, sorprendido, y Helen se apresuró a explicarse.

—Parece haber perdido parte de su vitalidad, parte de ese afán por gozar de la vida, que le hacía ser una persona muy animada.

—Ya me acuerdo —dijo Brad sonriendo.

—Puede deberse al trabajo de profesora que inició al finalizar sus estudios. No era mucho mayor que sus alumnos del instituto, y tal vez por eso, empezó a vestirse y a comportarse como si tuviera más edad.

—¿Le gusta la enseñanza?

—Parece que sí. Aunque como disfruta de verdad es trabajando con el grupo de teatro, dirigiendo sus obras… Le encanta todo lo que tenga que ver con la interpretación.

—Bueno, no es extraño, ya que esa fue su especialidad en la universidad. Era una de las alumnas más aventajadas de nuestra clase. Es una pena que no esté sacando partido de su talento.

—Ya lo sé. Supongo que lo que me preocupa es precisamente eso, que se conforme con mucho menos de lo que podría tener.

—¿Como por ejemplo Gregory Duncan?

—No, por Dios. Gregory es un hombre brillante, sin duda alguna. Gozaba de un cierto prestigio en San Luis, y me parece que ha sido una gran suerte para Payton que un hombre como Gregory decidiera trasladarse y poner un bufete aquí.

Helen ofreció a Brad las galletas, y se mostró complacida cuando cogió un par de ellas.

—Por supuesto, es un hombre muy ocupado. Todavía tiene bastantes casos pendientes en San Luis, así es que ha estado dividiendo su tiempo entre los dos sitios. Penny espera que trabaje un poco menos cuando se casen.

Brad mordió una galleta, y la saboreó con placer.

—¿Sabes, Helen?, no te puedes imaginar cuántos recuerdos me trae estar aquí sentado, comiendo tus galletas caseras de pasas y avena.

Brad bebió un poco de limonada, y volvió a su tema de conversación.

—Si Duncan es tan conocido, y está tan bien situado, debe de ser bastante mayor que Penny.

Helen asintió con la cabeza.

—Sí, lo es. Tiene treinta y nueve años, catorce más que ella.

—¿Y a Penny no le importa?

—No parece preocuparle lo más mínimo. Ya te he dicho que se comporta como si tuviera mucha más edad… Se la ve tan asentada, que parece que se llevan menos años.

Helen alargó la mano y cogió una galleta.

—Parece haber planeado su vida por completo. Quiere seguir dando clases un par de años más, y después tener su primer hijo. A Gregory le gusta mucho recibir gente en casa, así es que, con sólo hacer de anfitriona tendrá todo el tiempo ocupado.

Ella parece aceptarlo todo de buen grado.

—Me pregunto si es así en realidad —murmuró Brad, con la mirada perdida.

Cuando bajó de nuevo, Penny se dio cuenta de la alegría que había en la voz de su madre; Brad producía ese efecto en la gente: parecía animar todos los sitios a los que iba.

—Todo el pueblo ve *Un mañana lleno de esperanza* —oyó decir a Helen—.

Quieren saber cuál va a ser la próxima infamia que cometa Drew Derek.

—Él es así —dijo Brad, riendo.

—Por supuesto que sé que no os parecéis en nada, pero seguro que te las arreglas para que se comporte como un auténtico mujeriego.

Por su tono de voz al contestar, se dio cuenta de lo divertido que le parecía a Brad el cuidado que ponía su madre al escoger las palabras.

—Sí, la verdad es que supone una verdadera amenaza para la virtud de todas las mujeres que conoce —dijo Brad. Y se echaron los dos a reír.

Penny había decidido que ya era hora de reunirse con ellos y cambiar de tema, cuando oyó a su madre decir:

—Bueno, me parece que estás fenomenal en tu papel y muy verosímil. Ten por seguro que, si no conociera tu verdadero yo, no te dejaría acercarte a mi hija.

Hablando de ella, durante el período escolar, grabé tu programa todos los días, para que Penny pudiera verlo al volver a casa. Ella…

—¿Queda algo de limonada? —preguntó Penny.

Salió al porche, como si no se hubiera dado cuenta de que había

interrumpido a su madre; pero la expresión del rostro de Brad, le hizo ver que a él no le había engañado.

—Claro que sí —respondió Helen—. Ya sabes que en verano siempre hago mucha. Es lo que más bebemos en esta época de calor.

—Así que ves todos los días *Un mañana lleno de esperanza*, ¿verdad? —preguntó Brad a Penny, esbozando una media sonrisa.

Brad se comportaba como si estuviera en su propia casa: tenía la cabeza apoyada en una mullida tumbona, las piernas cruzadas a la altura del tobillo y sostenía el vaso haciendo equilibrios sobre su liso y musculoso estómago.

Penny pasó por encima de sus piernas, y se dejó caer en la tumbona que había al otro lado.

—Cuando tengo tiempo —respondió sin darle importancia—. A propósito,

¿cómo conseguiste que te dieran permiso para volver a casa? Si de verdad has venido para la boda, te pensarás quedar por lo menos una semana.

—¿Qué quieres decir con eso de si de verdad he venido para la boda? ¿Es que no me crees?

Penny se encogió de hombros y dijo:

—No es que no te crea, es que me parece raro que te hayas molestado en asistir.

—A mí no —dijo Helen—. Brad es lo más parecido a un hermano que tienes, por eso, lo normal es que haya querido venir.

—Es verdad. Por lo tanto, pregunté a mis jefes si me podía tomar unos días libres, y al final decidieron que Drew necesitaba, con urgencia, descansar de todas sus actividades de alcoba.

Mientras hablaba, Brad contemplaba el perfil de Penny, ya que ella se negaba a mirarlo. Sus ojos estaban fijos en el lago. Desde luego, el paisaje era muy relajante; pero lo observaba como si lo viera por primera vez. Mirando a Helen, que estaba sentada al otro lado, continuó diciendo:

—Así es que dejaron al pobre Drew en coma, durante unos días.

—¿De verdad? —preguntó Helen—. ¿Y qué lo produjo?

Brad se encogió de hombros y dijo:

—Quién sabe, seguramente demasiado sexo.

—¡Brad! —rió Helen—. ¡Qué cosas dices!

—Lo siento —dijo en un tono de broma que delataba que no lo lamentaba en absoluto.

Penny se preguntó cuántas veces durante todos esos años había oído esa misma inflexión en su voz. Siempre le servía para salir de apuros, tal vez porque cuando hablaba así era prácticamente irresistible.

—Además —continuó—, sentí que tenía que conocer al hombre que me había robado a Penny.

Al oír esas palabras, Penny se puso rígida; pero antes de que pudiera responderle, con sarcasmo, oyó a su madre decir:

—En ese caso, deberías venir a cenar esta noche, porque Gregory va a estar aquí. Así tendréis oportunidad de conoceros antes de la boda.

«Mamá, no me hagas esto», murmuró para sí. No había en el mundo dos hombres tan diferentes como Brad y Gregory. La velada resultaría un completo fracaso. ¿De qué iban a hablar?

—Gracias, Helen —oyó decir a Brad, y una sensación de angustia se apoderó de su estómago—. Sera fantástico —dijo mirando el reloj—. Bueno, me voy a casa a esperar a mi padre para charlar un poco con él. Estoy seguro de que mis padres entenderán que pase aquí mi primera noche en casa.

Penny le maldijo para sí, y se preguntó por qué se empeñaba en seguir haciendo esos pequeños comentarios, que querían decir más de lo oportuno. Cuando vio cómo Helen aceptaba lo que Brad le había dicho, con una sonrisa de complicidad, le dieron ganas de tirar algo al suelo. Precisamente por eso no quería que Brad estuviera cerca de ella.

Penny se consideraba a sí misma tranquila y serena. En el colegio, todo el mundo comentaba lo bien que sabía llevar a sus alumnos adolescentes. No se enfadaba. No perdía los nervios, sabía controlarse en cualquier situación. Brad era la única persona que le había hecho perder alguna vez el control, y no podía soportar esa habilidad suya para hacer que se enfadara.

Durante los últimos tres años nada había perturbado esa maravillosa serenidad, y lo que más deseaba era tener toda la vida la misma paz y tranquilidad. En otras palabras, lo que quería era que su vida transcurriera en cualquier lugar donde no estuviera Brad Crawford.

Penny esperó a que Brad y Helen se pusieran de acuerdo en la hora a la que él debía volver esa noche. Sonrió educadamente cuando Brad se despidió y observó cómo atravesaba el césped que separaba las dos casas. Entonces se volvió hacia Helen y dijo:

—Mamá, ¿tienes idea de cómo ha podido recibir Brad una invitación para la boda?

Helen, que acababa de coger la bandeja para llevarla a la cocina, pareció desconcertada por la pregunta.

—Se la mandé yo. ¿Por qué lo preguntas?

—Porque su nombre no estaba en la lista.

Helen entró en la cocina y Penny la siguió.

—Me di cuenta de que había sido un descuido. Después de todo habías mandado una invitación a todos sus amigos, por eso le envié otra a él.

—No fue un descuido.

Helen dejó la bandeja en el mostrador de la cocina y se volvió.

—¡Penny! ¿Estas diciendo que… quieres decir que no querías que Brad viniera a la boda?

Estaba tan sorprendida como si Penny le acabara de comunicar que estaba embarazada y esperaba trillizos.

—Eso es exactamente lo que quiero decir.

Una expresión de dolor se dibujó en el rostro de Helen.

—¡Oh, Penny! ¡Es terrible!

—¿Qué tiene de terrible, mamá? Es mi boda, por lo tanto debería ser yo quien escogiera los invitados.

—Pero excluir de ese modo a Brad, con lo que fuisteis el uno para el otro durante tantos años.

—No exageres, mamá. Brad y yo crecimos juntos porque éramos vecinos. Al vivir a siete kilómetros del pueblo no podíamos escoger mucho con quien jugar.

Además, si haces memoria, recordarás que nos pasábamos casi todo el día peleando.

Helen se apoyó en el mostrador de la cocina y miró fijamente a su hija, como si ya no la conociera.

—¡Vamos, Penny! ¡Eso no es verdad! Claro que reñíais algunas veces; lo más normal es que dos niños que pasan mucho tiempo juntos discutan. Además los dos tenéis mucho carácter y siempre queréis saliros con la vuestra. Nadie podía pretender que os

llevarais bien a todas horas.

Distraídamente, Penny abrió la puerta de la despensa y miró dentro, sin saber realmente lo que estaba buscando.

—Pero, Penny, vosotros erais amigos, muy buenos amigos. No entiendo por qué tienes ahora esa actitud hacia él.

Penny cerró la puerta y se volvió.

—Bueno, qué importa ya. Está aquí y va a venir a cenar esta noche. Me parece que voy a subir a darme un baño. Quiero estar relajada y tranquila cuando Gregory llegue.

Helen se levantó y observó como Penny se dirigía al vestíbulo y empezaba a subir las escaleras. Había veces en las que le parecía no entender a su hija en absoluto.

Penny miró fijamente su imagen reflejada en el espejo. El pálido color melocotón del vestido realzaba su cada vez más conseguido moreno, y hacía resaltar los reflejos rojizos de su pelo caoba. Se lo había retirado cuidadosamente de la cara, y había recogido sus rizos a la altura de la nuca. Su aspecto denotaba elegancia, sofisticación y serenidad. Penny deseó sentirse así. Había estado nerviosa toda la tarde, y le parecía completamente ridículo. Se preguntó si tenía algún motivo para no querer que Brad Crawford fuera a cenar.

Por desgracia, en un momento, se le ocurrieron media docena de ellos. Le conocía demasiado bien. Según su estado de ánimo podía ser el invitado que todo anfitrión desearía en una cena, o comportarse de manera indignante. Además sabía muchas cosas sobre ella que podía sacar a relucir si le apetecía. No sería la primera vez que le hiciera pasar vergüenza delante de alguien importante.

—Oh, mamá —se lamentó en voz alta—, si me hubieras preguntado, te habría dicho que su pasatiempo favorito es no hacer caso del guión e improvisar situaciones.

No pudo evitar esbozar una sonrisa al pensar en algunas de las cosas que Brad había hecho en el pasado. Verdaderamente tenía un sentido del humor maquiavélico.

Se dio cuenta de que se estaba comportando como una cobarde, dando vueltas en el piso de arriba, cuando hacía ya quince minutos que lo había oído llegar. Se justificó a sí misma el retraso porque sabía que su padre acapararía a Brad durante un buen rato; pero tarde o temprano tendría que enfrentarse a él. Miró el reloj y pensó

que aquél podría ser un buen momento. Gregory no tardaría mucho en llegar.

Tal y como había pensado, encontró a Brad y a su padre conversando animadamente. Siempre se habían llevado bien. Su padre había asistido a todos los partidos de Brad cuando jugaba en la liga juvenil de la escuela, y lo animaba desde las gradas en los partidos de fútbol del instituto. Entonces una voz dentro de ella le dijo:

«Y no olvides que tú también estabas allí, animando a los mejores».

Claro que estaba. Se sentía orgullosa de Brad, porque era un deportista nato y disfrutaba viéndolo jugar. Pero hacía muchos años de eso; sólo era parte de su niñez.

Brad se levantó al verla entrar.

—¡Guau! —dijo con admiración.

Sin poderlo evitar, Penny se echó a reír.

—Siempre me gustó esa forma de hablar tuya tan ingeniosa, Brad.

Se acercó a ella, y mirándola, le tomó las manos.

—Y esa risa es una de las cosas que siempre me ha gustado de ti. Ya casi había perdido la esperanza de volverla a oír.

Penny no pudo pasar por alto lo guapo que estaba con su americana azul marino y sus pantalones grises. Al ser rubio, el conjunto hacía aún más patente su belleza.

«Hay que reconocer», pensó ella, «que su aspecto es el del hombre al que toda mujer ve aparecer en sus sueños, para sacarla de la rutina diaria». No cabía duda de que ese era uno de los motivos por los que *Un mañana lleno de esperanza* se había convertido en uno de los seriales con más audiencia.

El timbre de la puerta interrumpió los pensamientos secretos de Penny.

—¡Oh!, ya está aquí Gregory —dijo, dejando traslucir, inconscientemente, un sentimiento de alivio.

Brad frunció un poco el ceño, cuando la vio dirigirse al vestíbulo. Por un momento le había parecido vislumbrar a la Penny de siempre; pero había desaparecido en seguida, detrás de la educada y sosegada fachada de la mujer que había visto aquella tarde.

Oyó un murmullo de voces en el pasillo, y una ahogada risa masculina que hizo que se le pusiera el vello de punta. Decidió pasar por alto el que Penny apenas tuviera carmín en los labios, cuando regresó a la sala, trayendo consigo a un hombre que debía ser Gregory Duncan.

Brad no estaba preparado para la impresión que le produjo ver al prometido de Penny. No cabía duda de que rondaba los cuarenta, pero las huellas del tiempo habían añadido carácter a su rostro. Lo que le sentó a Brad como un puñetazo en el estómago fue que Gregory Duncan se parecía tanto a él, que podía haber sido pariente cercano suyo.

Los dos tenían, más o menos, el mismo tipo y estatura, y el pelo de igual tono rubio. A Brad le pareció estar viéndose en el futuro, dentro de trece años.

«Entonces, éste es el hombre con el que Penny ha decidido casarse», pensó Brad.

Tras las presentaciones, Brad dijo:

—Estaba deseando conocerte, Gregory. Me han hablado muy bien de ti.

Se dio cuenta de cómo Gregory y Penny intercambiaban sus miradas.

—Es agradable conocer a un amigo de Penny, Brad —replicó Gregory con voz profunda y suave, el tipo de voz que, Brad estaba seguro de ello, produciría un gran efecto en la sala de un tribunal—. Por desgracia, yo estoy en desventaja, porque Penny nunca me ha hablado de ti.

Brad miró sorprendido a Penny, y tuvo que admitir que el comentario de Gregory le había hecho daño. Al parecer, era verdad que lo había apartado de su vida.

Penny no se atrevió a mirar a Brad. Sonrió a Gregory y dijo:

—¡Oh! Seguro que te he hablado de Brad, Gregory. Se te habrá olvidado. Fue vecino nuestro durante muchos años.

—Claro que lo habrás hecho, cariño —dijo Gregory, reteniéndola posesivamente a su lado—. Será que no lo recuerdo ahora.

Brad no esperaba sentir la rabia, casi desesperante, que recorrió su cuerpo al ver cómo Gregory abrazaba a Penny amorosamente. « ¿Y qué esperabas?», pensó. « ¿No se va a casar con él?» Se encontró

a sí mismo apretando los dientes, haciendo un esfuerzo para controlar sus emociones. Nunca podría agradecerle lo bastante a Helen el que entrara en ese momento para anunciar que la cena estaba lista.

Durante la cena, la situación no mejoró mucho. Brad estaba sentado frente a la pareja, y era testigo silencioso de sus murmullos y sonrisas. Ralph y Helen eran quienes mantenían la conversación, y Brad decidió unirse a ellos. Ya tendría tiempo para enfrentarse con su dolor más tarde.

Avanzada la cena, Penny empezó a sentirse más relajada.

Como de costumbre, su madre se había esmerado y los hombres estaban disfrutando de la comida.

Acababa de sentir cómo se aflojaba la tensión de su columna vertebral, cuando oyó que Brad decía:

—Es una pena que no hayas aprendido a cocinar como tu madre, «enana».

Puede que se compadezca de Gregory y os invite a menudo a cenar.

Gregory levantó la vista de su comida y miró a Brad con cara de sorpresa.

—¿Cómo la has llamado? « ¿Enana?»

Brad parecía un poco desconcertado.

—Lo siento, creo que se me ha escapado. Es un apodo que le puse hace años.

Entonces, Gregory miró a Penny.

—Se me ocurren muchos apodos para ella, pero ninguno tan desagradable como ése.

—Siempre fue baja para su edad —dijo Brad alegremente—. Creo que esperaba poder alcanzarme, pero cuando llegamos a la adolescencia, se dio cuenta de que había perdido la carrera.

Observó a Penny un momento y sonrió.

—De todos modos, siempre ha aparentado menos edad de la que tiene, ¿no te parece?

Gregory le sonrió.

—No lo sé. Difícilmente podrían confundirla con una de sus alumnas. A pesar de su estatura, es toda una mujer.

—Se lo agradezco mucho, señor —dijo Penny.

—Y en lo que respecta a su falta de dotes para la cocina —

continuó Gregory—, Penny no tiene que hacer nada que no quiera. No me voy a casar con ella para tenerla de ama de casa.

—Por supuesto que no —admitió Brad, y continuó con expresión inocente—.

Sólo espero que no te importe que ronque.

Las diferentes reacciones de los ocupantes de la mesa podían haber servido para hacer un estudio sobre la variedad de las emociones humanas. Ralph hacía esfuerzos para contener la risa mientras que Helen parecía asustada. Por la expresión de su rostro, se diría que Penny estaba a punto de asesinar a alguien; sin embargo, Gregory no se había inmutado. El único cambio perceptible en su rostro fue que sus ojos se entrecerraron levemente.

—No tenía ni idea de que conocieras a Penny así de bien.

—Sólo trataba de molestar —dijo Penny acaloradamente—. Nuestras familias solían ir de camping juntas cuando éramos niños, y Brad siempre me decía que roncaba para que me enfadara.

—Y naturalmente lo conseguía —replicó Brad con una sonrisa.

Penny luchó contra la rabia que sentía, porque no quería que él se diera cuenta de que, una vez más, había conseguido sacarla de quicio. Intentó reír, pero estaba segura de que no iba a engañar a nadie.

—Pero ya no. Tus trucos de chiquillo han dejado de hacerme efecto.

Brad se recostó sobre la silla.

—Me alegro de saberlo, «enana». Ese mal genio que tenías, solía crearte muchos problemas.

—¿Mal genio? —repitió Gregory, enarcando una ceja—. Creo que confundes a Penny con otra. Es la persona más tranquila que he conocido.

Brad se echó reír.

—¡Pobre de ti! Prepárate para llevarte una buena sorpresa, abogado.

Luego, se inclinó, apoyó los brazos sobre la mesa, y mirando a Gregory, le preguntó:

—¿Cuánto tiempo hace que os conocéis, Penny y tú?

—Un año, más o menos, ¿verdad? —respondió Gregory, volviéndose hacia Penny.

—Aproximadamente —murmuró.
—¿Y nunca ha perdido los nervios?
—No, que yo sepa.
—Qué interesante —dijo Brad, pensativo.
—Sólo a ti te lo parece, Brad, querido —dijo Penny con sarcasmo.
Se levantó, y sin mirar a Brad dijo con una sonrisa:
—Yo recogeré la mesa, mamá. ¿Quién quiere un trozo de pastel de chocolate y cerezas?
Nadie pudo resistir semejante tentación. Penny llevó los platos a la cocina, y comenzó a servir los trozos de pastel. Al oír la puerta, levantó la vista y frunció el ceño.
—No necesito ayuda, Brad. Puedo hacerlo sola.
—Ya lo sé. He venido a pedirte perdón.
—Demasiado tarde.
—¿Por qué es demasiado tarde? Dios mío, ¿piensas que te va a dejar sólo porque ha averiguado que tienes mal genio?
—Quiero decir que es demasiado tarde para que pienses que te voy a perdonar, como hacía siempre. Crees que puedes decir lo que se te antoja, y comportarte como el mayor de los infames, porque luego, lo único que tienes que hacer para que te perdone es dedicarme una de esas sonrisas tuyas, que vuelven locas a las mujeres.
—¿Dices que mi sonrisa vuelve locas a las mujeres?
—Es sólo una manera de hablar, Brad.
—¿De verdad mi sonrisa te afecta de ese modo?
—¿Quieres largarte de aquí?
Cogió dos platos, y se los dio a Brad diciendo:
—Haz algo útil.
Penny observó cómo Brad regresaba al comedor riendo. Estaba segura de que todo el mundo pensaría que había estado recordando viejos tiempos.
Algo le hacía pensar que durante la siguiente semana no iba a tener mucha paz ni serenidad, que iba a contar los días que faltaban para la boda.
Sin duda, cuando Gregory y ella se casaran, Brad Crawford no conseguiría ya alterar su vida.
Penny no quiso preguntarse el porqué.

Capítulo 2

—Buenos días, señor Akin —dijo Penny a la mañana siguiente. Dejó el voluminoso paquete que su madre le había pedido que facturara en la ventanilla de la oficina de correos de Payton, y esperó a que se lo pesaran.

—¿Qué tal, Penny? —le contestó el señor Akin—. Me imagino que andarás muy ocupada estos días con todos los preparativos de la boda.

—Sí, lo estoy —dijo sonriendo al anciano. Desde que tenía uso de razón, Penny le recordaba trabajando en aquella oficina de correos.

—¿Te has enterado de que Brad Crawford ha vuelto al pueblo? —preguntó mirándola atentamente para que supiera que no era una pregunta ociosa.

—Sí. De hecho cenó con nosotros anoche.

—¿De verdad? ¡Qué interesante! ¡Sobre todo teniendo en cuenta que te vas a casar con otro!

—¿Qué importancia tiene eso?

—Bueno, en el pueblo todo el mundo pensaba que Brad y tú os acabaríais casando algún día.

—No sé por qué. El que fuéramos vecinos durante muchos años, no es motivo para pensar algo así.

—No os separabais ni a sol ni a sombra. No recuerdo haber visto nunca al uno sin el otro.

—Hace ya mucho tiempo de eso, señor Akin. No éramos más que unos críos.

—Ya no erais tan niños cuando os marchasteis a la universidad juntos. Todos sabíamos que si Brad se quedaba en Payton un año, tras terminar en el instituto, era solamente para esperar que tú te graduases, y así poder ir juntos a la universidad.

—Señor Akin, cuando Brad se graduó en el instituto, estaba cansado de estudiar y no sabía muy bien lo que quería hacer; por eso se puso a trabajar en la fábrica de tejidos de su padre.

—Mmm. Pero en cuanto tú decidiste estudiar interpretación en esa universidad tan grande del norte, él no se lo pensó dos veces, ¿verdad?

Por un momento Penny se preguntó por qué se molestaba en discutir el tema con un empleado de correos. Después de todo, la gente iba a pensar lo que quisiera, por mucho que ella intentara explicarles las cosas. Le dio una respuesta evasiva que pareció convencerle, y le observó mientras pesaba el paquete.

Tras pagarle y despedirse, Penny se dirigió a la tienda de ultramarinos, para comprar algunas cosas que su madre necesitaba. Cuando fue a pagar se dio cuenta que Sonia Herdenson era quien tenía menos gente esperando. Habían estudiado la secundaria juntas, pero, en vez de ir a la universidad, Sonia se casó con su novio del instituto.

En cuanto Penny empezó a vaciar la cesta en la cinta móvil, Sonia la vio.

—¡Penny! ¿Te has enterado de que Brad Crawford está en el pueblo?

Penny se preguntó, molesta, por qué todos querían hablar con ella de la visita de Brad, y respondió:

—Sí, ya me he enterado, Sonia.

Intentando evitar que la conversación continuara por esos derroteros, Penny preguntó:

—¿Qué tal están Timmy y Sarah?

—Muy bien. Timmy está muy contento porque no tiene que ir al colegio. A Sarah le están saliendo los dientes y está un poco mimosa; pero mi madre dice que es normal.

Acto seguido le dijo:

—¿Le has visto ya?

—¿A quién?

—¡A Brad! ¿Le has visto desde que llegó?

—Le vi ayer.

—¿Es igual que en la televisión?

Penny pensó que mejor aún, pero decidió que ya se estaba hablando bastante en el pueblo como para que ella, encima, les animara diciendo eso.

—Creo que más o menos igual —dijo.

—¿Te ha dicho qué se siente al ser famoso, y cómo se vive en Nueva York?

—A decir verdad, no.

—Me parece muy emocionante que esté aquí. Espero verle.

¿Crees que su vida se parece a la de Drew Derek?

—No tengo ni idea —contestó Penny.

Con una sonrisita, Sonia dijo:

—Me imagino que si fuera así, te lo diría.

—Probablemente no —reconoció Penny.

—¿Te imaginas lo que debe sentir al ser famoso, y saber que todas las mujeres sueñan con hacer el amor con él?

Para evitar tener que contestar, Penny puso toda su atención en extenderle el cheque con la cantidad que Sonia le había pedido. Cuando consiguió salir de la tienda, no pudo evitar alegrarse de que su madre no le hubiera hecho más encargos.

Si alguien más le nombraba a Brad Crawford aquel día…

—Buenos días, Penny. Siempre he pensado que el amarillo te sienta muy bien.

Por suerte, Penny tenía bien sujetas las bolsas de la compra.

—¡Brad! ¿De dónde has salido?

—¿Sabes Penny?, nunca dejas de asombrarme. Ayer casi me querías pegar, y aquí estamos hoy como si nada hubiera pasado.

—Te crees muy gracioso, Brad, pero no lo eres. ¿Cuánto tiempo llevas espiándome?

—No estaba espiándote. Antes pasé con el coche. Por casualidad, vi el tuyo aparcado y decidí venir a invitarte a tomar un refresco.

—Tengo que llevar las compras a casa —le explicó Penny con cierto alivio.

Brad estaba más varonil que nunca esa mañana. Los vaqueros desgastados le quedaban como una segunda piel y ponían plenamente de manifiesto su masculinidad. La camiseta marrón que vestía, hacía destacar los músculos de sus hombros y de su pecho. Llevaba el pelo más largo que la mayoría de los hombres del pueblo, y sus dorados cabellos brillaban bajo la luz del sol matinal.

—De acuerdo —dijo él—. Te seguiré hasta tu casa y luego iremos en mi coche.

Cerró el maletero, y se acercó a Brad que se apoyaba en el coche con aire despreocupado.

—Hoy no. Tengo cosas que hacer.

—¿Como por ejemplo?

Penny se devanó los sesos tratando de pensar en algo. ¿Qué hacía normalmente un sábado de verano? No gran cosa, pero éste

era el último sábado antes de la boda y seguro que tenía algo urgente que hacer, algo que no podía dejar para otro momento.

No se le ocurrió absolutamente nada.

—Entonces, ¿no quieres tomar nada conmigo? —preguntó Brad con suavidad.

Hacía tiempo que Penny no le oía hablar de ese modo, y la cogió totalmente desprevenida. Percibía tristeza en su voz, a pesar de que Brad trataba de disimularla.

—No es eso, Brad —empezó diciendo, sin saber muy bien cómo continuar.

—No hemos tenido oportunidad de charlar desde que volví a casa, Penny —le recordó al tiempo que acariciaba uno de los rizos caoba que caían sobre sus mejillas.

—Claro que sí —dijo intentando defenderse—. Estuvimos charlando ayer por la tarde, y anoche también.

—No, anoche casi no me dirigiste la palabra, excepto para reñirme cuando estábamos en la cocina.

Brad la observó en silencio durante un momento, y dijo:

—¿Todavía estás enfadada conmigo por lo de anoche?

Penny intentó pasar por alto lo cerca que estaban el uno del otro, entró en el coche, y se sentó al volante. Tras cerrar la puerta, levantó la vista y sus ojos se encontraron con los de Brad. Nunca había podido resistir esa mirada suya, tan especial, incluso cuando más segura se sentía de sí misma. Además, esta vez, se daba cuenta de que la noche anterior había reaccionado con demasiada brusquedad ante sus bromas. Por eso abandonó su lucha interior y dijo:

—De acuerdo. Te veré en casa.

Una sonrisa iluminó su rostro, y Penny se sintió, por un momento, incapaz de apartar los ojos de él. Era como si resplandeciera. Por algo había tenido un éxito inmediato en televisión. Semejante carisma acababa con la serenidad de cualquiera, al menos con la suya.

Brad la siguió, y aparcó su coche detrás del de Penny. La ayudó a meter las bolsas en casa y dijo:

—Te veré en la puerta principal dentro de unos minutos.

Penny se apresuró a colocar en su sitio lo que había comprado, y salió al jardín donde su madre estaba trabajando.

—Me voy a tomar algo con Brad, mamá. Si llama Gregory, dile que volveré dentro de una hora.

Helen la miró distraídamente.

—De acuerdo, cariño. Pásalo bien.

Que lo pasara bien. ¿Cuántas veces le había dicho su madre lo mismo?

Probablemente, cada vez que salía con Brad. No parecía preocuparse por ella si sabía que estaba con él.

Penny se paró un momento a pensar en lo que le había pedido a su madre que le dijera a Gregory. La verdad era que no esperaba que la llamara. Llevaba fuera del pueblo toda la semana, y la noche anterior le había dicho que seguramente tendría que trabajar en la oficina durante el fin de semana. Pero esa noche habían quedado para cenar.

Mientras se encaminaba a la salida, Penny no pudo evitar esbozar una sonrisa al pensar en la semana siguiente. Se irían de luna de miel, aunque aún no sabía dónde. Gregory le había dicho que sería una sorpresa. En el fondo le daba igual, siempre que se olvidara de su trabajo y se dedicara solamente a ella.

—Otra vez esa sonrisa maliciosa, «enana».

En ese momento se dio cuenta de que Brad ya había vuelto al coche y estaba esperándola.

—Si no fuera porque te conozco bien, diría que la inocente señorita Blackwell tiene pensamientos impuros.

Sintió cómo el rubor subía a sus mejillas, y maldijo el color tan claro de su piel, que hacía que se le notara tanto. Al verle sonreír, se dio cuenta de que su sonrojo no le había pasado desapercibido.

—¿Por qué estás tan seguro de que soy así de inocente, Brad? —dijo con desgana—. Después de todo, tengo veinticinco años.

Brad le abrió la puerta del coche, y enfatizando las palabras dijo:

—La edad no tiene nada que ver con la inocencia.

Dio marcha atrás, y, como estaba inmersa en la conversación, Penny no se percató de que al llegar a la carretera en vez de dirigirse al pueblo Brad tomó la dirección contraria.

—No sabes nada de mí —dijo Penny con determinación—. Después de todo, hacía tres años que no me veías.

—¿Y qué? ¿Acaso piensas que no he estado pendiente de tu vida?

Penny se dio la vuelta y, sin darse cuenta, se sentó como solía hacerlo siempre que salían en coche juntos: frente a él, apoyada contra la puerta, y con una rodilla encima del asiento.

Brad la miró con cariño, y acto seguido volvió la vista al camino vecinal por el que circulaban. Una sonrisa iluminó su rostro.

—Tu madre no se entera de todo lo que hago —dijo Penny, enfadada consigo misma por sentir la necesidad de defenderse.

—¡Ah! No del todo.

Se quedó callada por un momento, y luego preguntó:

—¿Quieres decir que mi madre ha estado escribiéndote?

—Algunas veces. Otras hablaba con la mía y después ella me pasaba la información.

—Imagino que te habrá parecido muy poco interesante.

—Más de lo que tú crees.

Se quedaron callados unos minutos. Penny miraba el paisaje, sin darse cuenta de que cada vez se alejaban más y más de Payton. Estaba demasiado ocupada intentando analizar las palabras de Brad.

—Entonces, ya hacía tiempo que sabías que salía con Gregory.

—Sí —admitió Brad con una sonrisa.

—¿Por qué me lo preguntaste anoche?

—Sólo intentaba ser amable.

—¡Vaya chiste! —dijo Penny, aunque por el tono de su voz se diría que no le había hecho ninguna gracia—. Tú no conoces el significado de la palabra amabilidad.

—¡Oh, Penny, me siento abrumado! ¡Con todo lo que me he esforzado!

—Sí, ya sé cuánto te has esforzado… en irritar y molestar a la gente.

—¿Lo conseguí?

—¿Qué quieres decir? —preguntó poniéndose rígida—. ¿Acaso crees que incomodaste a Gregory con tus comentarios pueriles? Es demasiado maduro para que le afecten ese tipo de cosas —añadió satisfecha.

—Tan maduro, que podría ser tu padre.

—¡Te equivocas! Sólo tiene catorce años más que yo —respondió Penny acaloradamente, sin darse cuenta que otra vez estaban discutiendo como en los viejos tiempos.

—¿Tiene hijos? —preguntó Brad, tratando de ser amable.

—No ha estado nunca casado, así es que lo dudo mucho —replicó Penny con bastante sarcasmo.

—Bueno, si lo estuviera, probablemente no hablaría de ello —añadió Brad complacido.

—¡Brad!

—Lo siento —dijo con una sonrisa, aunque ni su tono de voz ni la expresión de su rostro mostraban ningún arrepentimiento—. Entonces, ¿por qué se casa ahora?

Penny sintió que perdía los nervios por momentos, y se puso de peor humor. Se preguntó cómo era posible que Brad pudiera sacarla de sus casillas con tanta facilidad, haciendo esos estúpidos comentarios.

—Me estás ofendiendo y lo sabes, ¿verdad? —dijo con mirada desdeñosa.

Brad se apresuró a tranquilizarla.

—Está claro que te quiere, Penny, ¿y quién no? Únicamente me planteaba qué otras razones podría tener alguien de mente tan lógica y analítica para elegirte como pareja, sobre todo, después de esperar tanto tiempo para casarse.

« ¿Y quién no?» Para sorpresa de Penny esas palabras de Brad resonaron en su mente, y olvidó casi todo lo demás que había dicho. Se preguntó si de verdad le estaba haciendo un cumplido. De ser así, se trataba del primero que recordaba haber recibido de él.

—¿Qué otras razones podría tener? —dijo Penny intrigada, al hilo de sus pensamientos.

—La gente tiene motivos de todo tipo para casarse. Quizás se haya cansado de vivir solo, o tal vez desee tener una familia, o a alguien que reciba a sus invitados.

Puede que se case por tu dinero…

—Tienes una imaginación increíble, Brad. ¿Escribes tú también los guiones de los seriales televisivos en los que actúas?

—No hay nada imaginario en lo que te acabo de decir. Ocurre todos los días.

—A mí no. Dudo mucho que mi sueldo de profesora le interese, y además, Gregory es un abogado de prestigio.

—Entonces, ¿por qué se trasladó a Payton?

Penny se apoyó un poco más contra la puerta y contempló el perfil de Brad.

—¿Y por qué no? Es un lugar muy agradable para vivir, aunque a ti te parezca aburrido.

—Nunca me pareció aburrido —señaló Brad suavemente—. Pero quería convertirme en un actor profesional, y en Payton no había muchas oportunidades.

La miró y sonrió. Sin darse cuenta, estaba jugando con uno de sus rizos, y eso sólo lo hacía cuando estaba nerviosa. «Bien», pensó Brad. «Por lo menos le estoy haciendo pensar».

—Además —prosiguió Brad—, no me refería a tu fortuna personal; eres hija única y tus padres son ricos.

—¿Y qué? Gracias a Dios, mis padres todavía no han cumplido los cincuenta.

Estoy segura de que aún tienen que pasar muchos años para que herede.

—Ya lo sé. Se casaron muy jóvenes y su matrimonio funcionó; pero les resultó difícil conseguirlo, y por eso están en contra de los matrimonios entre adolescentes.

Penny lo miró sorprendida.

—¿Y tu cómo lo sabes? —preguntó—. Nunca les he oído hablar de sus primeros años de matrimonio.

—Qué más da —le contestó Brad, pensando que había llegado el momento de cambiar de tema—. Si no es tu dinero lo que le interesa, Gregory debe querer que hagas de anfitriona y que gobiernes su casa.

—¿Qué tiene eso de malo? —preguntó Penny confundida por el tono de voz que empleaba Brad.

—Oh, Penny, ésa no eres tú, y lo sabes. Te sobra vitalidad, eres demasiado activa para llevar esa clase de vida. Si fueras sincera contigo misma, admitirías que ya estás aburrida de dar clases en el colegio. ¿Cómo crees que vas a sentirte haciendo de solícita dama de compañía de un hombre que podría ser tu padre?

—¿Quieres dejar de hacer comentarios estúpidos sobre la edad de Gregory? En primer lugar, no aparenta los años que tiene. Además, te habrás dado cuenta de que se parece un poco a ti… tenéis el mismo color de pelo y el mismo tipo.

—¿Por qué te enamoraste de él? ¿Porque te recordaba a mí?

—¡Por supuesto que no! —le dijo horrorizada—. Gracias a Dios, no se parece a ti en absoluto.

—No tienes porqué estar tan agradecida. Después de todo no soy tan malo, ¿no te parece?

Volvió a oír de nuevo esa sombra de pena en su voz, y se preguntó a qué se debía. Brad Crawford estaba demasiado seguro de sí mismo como para que se le pudiera ofender con facilidad. Sin embargo, era la segunda vez a lo largo del día que percibía una ligera duda en su tono de voz, como si se sintiera inseguro.

—Tú vives tu vida como quieres, Brad, y yo no puedo culparte por ello —dijo con suavidad.

—¿Y tú? A mí lo que me preocupa es si tú estás viviendo la tuya como quieres.

Penny lo miró confundida.

—Es la segunda vez que me haces un comentario de ese tipo. No me he cansado todavía de la enseñanza y estoy contenta con la vida que llevo.

Le observó un momento en silencio, y le dijo:

—De todos modos, ¿por qué habría de importarte lo que haga o lo que sienta?

—Vamos, Penny, no hables como si no me conocieras. Desde que éramos niños he estado pendiente de ti, y me ha preocupado todo lo tuyo. ¿Por qué iba a dejar de hacerlo ahora? —dijo mirándola por el rabillo del ojo, con una sonrisa en los labios.

—Ya, por eso tardaste tan poco tiempo en marcharte de aquí, en cuanto volviste de la universidad.

Brad se quedó callado un momento. Al percibir el dolor que reflejaba su voz, se dio cuenta, una vez más, de lo buena actriz que era. Hasta ese momento no había pensado en la importancia que había tenido para ella su marcha a Nueva York. Era un descubrimiento muy interesante, sobre todo al recordar cómo se había sentido cuando Penny, hacía tres años, le deseó todo lo mejor, al recibir alegremente la noticia de su partida.

—Podías haber venido conmigo —dijo finalmente.

En el interior del coche se palpaba una intensa emoción. El silencio que se había hecho entre ellos parecía crecer como si estuviera vivo. Brad, incluso sintió que podía cogerlo y tocarlo. No sabía lo que Penny sentía en ese momento, pero estaba seguro de que no era indiferencia. Deseó haber tenido esa conversación con ella hacía tres años. Desde entonces había pagado diariamente su

cobardía.

Cuando finalmente habló, la rabia con que lo hizo le sorprendió.

—Claro que podía haber ido —dijo Penny—. ¡Y también podíamos habernos muerto de hambre juntos! ¿Para qué iba a querer yo ir a Nueva York, Brad? Tenía veintidós años y pensaba que había llegado el momento de sentar la cabeza, aceptar responsabilidades y hacer algo útil. La diversión había terminado… al menos para mí.

—¿Eso era la interpretación para ti, Penny? ¿Diversión?

Penny rió, pero era una risa triste.

—Realmente —dijo—, no creo que sea una buena forma de ganarse la vida.

—A mí no me ha ido tan mal —respondió Brad.

Penny se sintió tan frustrada que le dieron ganas de dar una patada a algo; pero pensó que no podía engañar a nadie, y que debía admitir la verdad.

—La principal razón por la cual no fui contigo a Nueva York —dijo, deseando que su voz no delatara lo nerviosa que estaba—, es muy simple: nunca me lo propusiste.

Ya estaba. Por fin lo había dicho, bien alto y claro. Se había enfrentado a sus propias palabras por primera vez.

—¿Hubieras venido?

¿Quién sabía la respuesta a esas alturas? Lo importante era que Brad no se lo había preguntado, tal vez ni siquiera se había parado a pensarlo. Penny tuvo que enfrentarse a la dura realidad. Durante el tiempo que le consideró su amigo, Brad Crawford lo fue todo para ella… un compañero, un camarada.

—¿Y eso qué importa ya? —dijo Penny con la mirada perdida en el paisaje.

—¿Has pensado alguna vez en ser actriz? —preguntó Brad.

—Hace mucho que no, Brad. Estoy contenta con mi vida.

—Te empeñas en seguir diciendo eso, pero me pregunto a quién de los dos tratas de convencer. Siempre fuiste muy natural en escena, parecías tomar vida. Era fantástico verlo.

La miró, pero no pudo ver su expresión porque había bajado la cabeza.

—¿No lo echas de menos nunca?

—La verdad es que no. Me mantengo activa con el grupo de

teatro del pueblo…

y este año he dirigido la obra de teatro del instituto.

—¿Cuando podrías estar triunfando en Broadway? ¡Penny! ¡Es una forma muy triste de malgastar tu talento, y lo sabes muy bien!

Una vez más, Penny no le respondió. Brad, tratando de que su voz sonara más distendida, le preguntó:

—¿Qué opina Gregory de tus facultades como actriz?

—Nunca las ha visto —murmuró.

—Pero, seguramente, sabrá que las tienes.

Penny apoyó la cabeza en la ventanilla y dijo:

—Sabe que he recibido alguna preparación, y piensa que estudié interpretación como asignatura secundaria, mientras obtenía la licenciatura para ejercer de profesora.

—¿Y por qué no se lo has dicho? ¿Por qué no le has enseñado los recortes de revistas y las reseñas de los periódicos?

—No tiene sentido hacerlo. Sólo es una parte de mi pasado —dijo encogiéndose de hombros.

Brad se planteó si no sería demasiado tarde para salvarla, y si realmente le correspondía a él hacerlo. Además, no parecía necesitar que la salvaran. Había escogido, no sólo a un hombre, sino toda una forma de vida, y dentro de pocos días consolidaría esa relación.

De nuevo se preguntó si podía dejarle hacer una cosa así; pero dudaba si tenía derecho a intervenir, al fin y al cabo, era lo que ella había decidido.

La quería, siempre la había querido y siempre la querría. Por eso deseaba que fuera feliz. Durante años anheló que sus vidas estuvieran unidas, pero un día, sus padres y los de Penny, le pidieron encarecidamente que no se apresuraran a formalizar sus relaciones, porque eran muy jóvenes y necesitaban una oportunidad para madurar por separado, y así poder estar seguros de sus sentimientos. Brad siguió su consejo, y había perdido a Penny. Quiso ser justo, hacer lo mejor para ambos, y así había dejado escapar a la única mujer que le había importado en la vida.

Pero, ni en sus peores pesadillas, había visto a Penny convertida en esa sumisa y callada mujer que estaba dispuesta a conformarse con tan poco en la vida.

Brad había sacado a relucir su partida a Nueva York, y el pasado

de Penny empezaba a desmoronarse en su mente, como las piezas de un juego infantil, que caían y se extendían desordenadas a su alrededor. El señor Akin, en la oficina de correos, tenía razón. Brad y ella siempre fueron inseparables. Si alguien se lo hubiese preguntado entonces, le habría dicho que algún día se casarían. Era curioso ver cómo habían transcurrido las cosas. Brad y ella nunca hablaban de lo que sentían el uno por el otro. No necesitaban hacerlo, porque estaban muy unidos… hasta que Brad anunció su intención de irse a Nueva York.

Penny recordaba todavía aquel día. Hacía una semana que habían vuelto de la universidad, y quiso llevarla a pasear por el lago en su motora. La temperatura era suave y encontraron un lugar tranquilo donde echar el ancla y descansar al sol.

Penny estaba casi dormida cuando Brad empezó a hablar.

—Oye, «enana», ¿has decidido qué quieres hacer ahora que ya hemos terminado la carrera?

—Lo que estoy haciendo ahora mismo —le contestó somnolienta.

—Quiero decir para ganarte la vida.

—He rellenado una solicitud para dar clases. Esperaré a ver qué contestan de la dirección del colegio. ¿Por qué lo preguntas?

Brad permaneció en silencio tanto tiempo que al final Penny abrió los ojos. Se había dado la vuelta y la miraba fijamente.

—He decidido ir a Nueva York.

Penny sonrió. Habían hablado muchas veces de Nueva York el año anterior.

—¿Para hacerte rico y famoso?

—No lo sabré hasta que lo intente —contestó con suavidad.

A Penny se le fue borrando la sonrisa del rostro.

—¿Estás hablando en serio?

Todavía recordaba la impresión tan fuerte que sintió cuando el miedo a perderle se apoderó de su cuerpo.

—Sí —contestó Brad.

Penny aún no se explicaba cómo fue capaz de pasar aquel día. Trató con todas sus fuerzas de ocultarle su reacción. Por algún motivo no quería, en modo alguno, que él supiera lo hundida que se sentía. El que pudiera planear su vida sin ella con tanta tranquilidad era señal de que ella no significaba para él tanto como él para ella.

Penny siguió representando el papel de buena amiga hasta que Brad se marchó.

Entonces se dio plenamente cuenta de la trascendencia de lo sucedido.

Aparentemente, Brad Crawford había dejado atrás a Penny sin problemas, sin darle importancia alguna. No parecía necesitarla para que su existencia estuviera completa. Penny nunca había sufrido un rechazo parecido, y no sabía como afrontarlo.

Con el paso de los meses, Penny tomó la inflexible determinación de olvidar todos los recuerdos que tenían en común. Que le dieran el empleo como profesora fue su salvación. Se concentró en la nueva experiencia que suponía para ella enseñar y colaborar con sus alumnos y compañeros de trabajo. Aprendió a ocultar sus sentimientos, y después de un tiempo se sintió más aliviada al comprobar que ya no era tan emotiva como antes.

Cuando Gregory llegó a su vida, Penny se sentía feliz. Vino a ocupar un lugar en su rutina diaria. Le ofreció compañía y conversación, que era lo único que Penny buscaba en ese momento en una relación de pareja.

Se sobrepuso al dolor y a la desolación que sintió cuando Brad se marchó.

Había olvidado, hasta ese momento, el hueco que había dejado en su vida. Penny sabía que no iba a dejar que nadie volviera a ser tan importante para ella.

Mientras continuaban avanzando por el camino, Penny fue dándose cuenta poco a poco de donde estaban. Consternada, advirtió que habían recorrido las onduladas colinas sin descanso. Brad cruzó la entrada del parque nacional y siguió el camino que conducía a los acantilados, donde habían pasado muchas horas juntos cuando eran niños.

—¿Qué estamos haciendo aquí? —preguntó Penny—. Creía que íbamos a tomar algo.

Brad se echó a reír.

—Me preguntaba cuándo te ibas a dar cuenta.

—Brad, no puedo quedarme aquí. Tengo que irme a casa. Le dije a mi madre que volvería a las… —miró el reloj—. ¡Ahora mismo, maldita sea!

—Bueno, entonces vas a llegar tarde. No creo que haya ningún

problema, porque sabe que estás conmigo. Pensé que podría ser divertido volver aquí de nuevo.

Hacía años que no venía al parque. He traído unos aperitivos y unas bebidas frescas.

¿Por qué no paseamos un rato, nos relajamos, y disfrutamos del entorno? Te llevaré a casa cuando quieras.

—¿Por qué será que me inspiras tan poca confianza cuando utilizas ese tono de voz?

—No tengo ni idea. Sólo te pasa a ti.

—Ya lo sé; pero nadie te conoce como yo.

—Has dado en el clavo, Penny. ¿Por qué no piensas un poco lo que eso significa para nosotros? Podrías llevarte una sorpresa.

Capítulo 3

Durante la siguiente hora Brad y Penny pasearon por los acantilados, saltaron de roca en roca por el agua y se metieron donde no cubría mucho, cosas que habían hecho en el pasado.

Penny se dio cuenta de que a ella también le interesaba, al igual que a Sonia, saber cómo había encajado Brad encontrarse de repente en el candelero del mundo del espectáculo. Le acosó con incontables preguntas, unas en serio, otras en broma, y él pacientemente las fue contestando una a una.

Cuando se cansó de estar sentado, Brad empezó a jugar con ella a pillar. Penny pareció olvidar sus años de seriedad y empezó a perseguirle, convencida de que no estaría en forma y le sería fácil atraparle. Estaba equivocada. No sabía lo que había echo en Nueva York para mantenerse en tan buenas condiciones físicas; pero sin duda le había dado resultado.

Finalmente, se recostaron en la hierba que cubría la ribera del tranquilo río donde habían dejado la comida. Brad se metió en el agua, sacó dos botes de refrescos, y le dio uno a Penny. Ella pensó que nunca había tomado nada tan bueno.

—¿Lo ves? Ya te dije que te iba a invitar a beber algo —señaló con una sonrisa.

Brad no pudo evitar darse cuenta de que Penny ya no tenía el acicalado e intachable aspecto de la señorita Blackwell. Había perdido las peinetas que retiraban el pelo de su cara y los rizos le caían, desordenadamente, por la frente y las mejillas.

Estaba aún roja y jadeante de tanto correr, y la diminuta camiseta dejaba entrever la frescura de sus abundantes senos.

Algunas gotas de sudor humedecían su labio superior y Brad sintió la casi imperiosa necesidad de limpiárselo con el pulgar.

¿Cómo podía renunciar él a esa mujer? Durante los primeros meses que pasó en Nueva York pensó que se iba a volver loco; pero recordaba la conversación que había tenido primero con sus padres, y luego con los de ella, en la que le rogaron que antes de pedir a Penny en matrimonio le diera la oportunidad de vivir su propia vida.

No tardaron mucho en convencerle, cuando le advirtieron que

probablemente se casaría con él por costumbre, porque estaba habituada a seguirle en todo. Le preguntaron si quería compartir su vida con alguien que le aceptara por un motivo como ese. Ya conocían de antemano su respuesta.

—¿Qué pasa? ¿Tengo la cara sucia? —preguntó Penny con una sonrisa.

Se la veía totalmente relajada y despreocupada por su apariencia. Estaba tumbada de lado en la hierba, apoyada de tal modo que bebía de la lata sin que se le cayera nada. Con esos pantalones cortos y esa diminuta camiseta le recordaba a la jovencita que había conocido, libre y desinhibida.

—¿No la tienes siempre? —bromeó—. Parece que metes la nariz en la tierra de vez en cuando.

Penny arrancó algunas hierbas y se las tiró.

—Por si no lo sabías, no tienes mejor pinta que yo. ¡Mírate el zapato!

Los dos miraron su pie. Había resbalado cuando saltaban de roca en roca por donde no cubría mucho, y tenía el zapato y el calcetín empapados de agua con barro.

—¿Qué pensarían sus fans de usted, señor Crawford?

—Espero que se dieran cuenta de que hacía años que no me lo pasaba tan bien

—dijo Brad con una sonrisa.

Al final, Brad no pudo resistir más la tentación y le pasó el pulgar suavemente por el labio superior.

Penny, asustada al sentir el contacto de su mano, echó hacia atrás la cabeza bruscamente.

—No te voy a hacer daño —le dijo Brad con suavidad.

—Ya lo sé —admitió ella—. Me asustaste, eso es todo.

Brad no quiso ponerse a analizar las reacciones que tenía con él. Por el momento se conformaba con verla así de relajada y tranquila.

Brad rodó sobre la hierba y se quedó boca arriba, mirando fijamente a los árboles que tenían encima.

—Nos lo hemos pasado muy bien juntos. ¿Verdad, «enana»? —le preguntó.

Ella asintió con la cabeza.

—¿Te acuerdas de cuando perdiste las gafas y me acusaste de haberlas escondido?

—Sí —contestó ella.

—Mis amigos te creyeron a ti y casi me pegan.

—Y con razón. Siempre estabas escondiéndome las cosas… el guante de béisbol, la pelota de voleibol.

—Tal vez —admitió—. Pero no las gafas, porque no veías nada sin ellas.

—Ya me acuerdo.

—Las lentes de contacto significaron mucho para ti, ¿verdad?

—Tienes razón. Un mundo nuevo se reveló ante mí. No te puedes ni imaginar lo maravilloso que es despertarse por la noche y poder ver la hora sin tener que ponerte las gafas.

—¿No te sentiste mal por haberme echado a mí la culpa de haberlas cogido y causarme tantos problemas?

—Bueno, quizás. Pero seguro que hiciste otras muchas cosas y nunca te pillaron; así que, lo uno por lo otro.

Brad se incorporó y le tomó la mano.

—Te he echado mucho de menos, «enana».

Penny lo miró, largamente, en silencio.

—Yo también te he echado de menos —dijo finalmente—. Durante mucho tiempo pensé que no podría volver a ser feliz sin tenerte a mi lado —empezó a sonreír—. Qué tontería, ¿verdad? Ahora tengo una nueva vida sin ti, y todo es, sencillamente, perfecto.

Lo miró y se dio cuenta de que había cerrado los ojos.

—¿Recuerdas que siempre solíamos estar discutiendo? Volvíamos locas a nuestras madres —dijo Brad.

—Sí, pero lo único que tenían que hacer era proponernos algo interesante para que se nos olvidara por qué estábamos discutiendo —señaló Penny.

—¿Quieres decir que discutíamos por puro aburrimiento? No te creo.

Sin abrir los ojos, Brad dijo:

—Siempre fuiste un marimacho, que no levantaba más de un palmo del suelo, y estabas convencida de que podías hacer lo que hicieran los otros. Además, normalmente lo demostrabas sin importarte mucho que discutiera contigo para disuadirte.

—Recuerdo que algunas veces me ayudaste para que nadie se enterara de que no lo había hecho yo sola.

—Para algo están los amigos —dijo Brad con una sonrisa.

—Sí —dijo Penny, un poco sorprendida—. Me imagino que es así.

La tranquilidad del parque les envolvió. Penny apoyó la cabeza sobre los brazos y pensó que al día siguiente le dolería todo el cuerpo, porque no estaba acostumbrada a hacer tanto ejercicio. Se le fueron cerrando los ojos. «El parque está tan tranquilo», pensó, «cerraré sólo un momento los ojos y…»

—¡Penny! Será mejor que te despiertes. Me temo que nos hemos quedado dormidos.

Penny se sentó sobresaltada. El sol ya casi se había puesto.

—¡Oh, no! —dijo mirando el reloj asustada—. Gregory iba a recogerme hace ya casi media hora.

Se puso de pie y miró a Brad que parecía consternado.

—Lo siento, Penny. No pretendía que sucediera nada parecido —le dijo con suavidad. Y su voz sonaba sincera.

—Yo tengo tanta culpa como tú —dijo Penny mientras se ponía las sandalias lo más deprisa que podía.

Esperaba que Gregory entendiera lo sucedido. Nunca hasta ese día había llegado tarde a una de sus citas. Para él la puntualidad era algo muy importante.

Desde que Brad había aparecido, su vida había empezado a desmoronarse. No obstante, no podía echarle a él la culpa, simplemente provocaba en ella ese efecto. La vida no parecía tan seria cuando Brad estaba cerca; en realidad, era mucho más divertida.

En el viaje de regreso, no cruzaron una palabra. Penny intentaba prepararse para su encuentro con Gregory. Estaba segura de que entendería lo sucedido. El tiempo se les había pasado volando, además necesitaba un día como ese. Había sido un día diferente en su vida, fuera del tiempo, completo. Brad y ella habían vuelto a la infancia, a la inocencia de la juventud, cuando la palabra tiempo no significaba nada para ellos, porque simplemente, tenían demasiado.

Estaba segura de que Gregory comprendería; pero ojalá se le ocurriera una explicación más lógica.

No se arrepentía de haber ido al parque con Brad. A decir verdad, había disfrutado de cada minuto, incluso cuando discutieron en el coche. Era normal que a Brad no le gustara el

hombre con el que se iba a casar. También estaba segura de que Brad nunca encontraría una mujer que a ella le pudiera parecer lo bastante buena para ser su esposa. Sólo de pensarlo sentía angustia.

Penny había procurado no hacerle preguntas a Brad acerca de las mujeres con las que había salido. Con muchas de ellas le había visto en la prensa. Sabía que se estaba comportando como una tonta; pero no podía evitarlo. Brad era alguien muy especial para ella y ya iba siendo hora de que lo admitiera, porque siempre lo sería.

En el momento en que paraban en el camino de entrada a la casa, Gregory salía del porche de los Blackwell.

A Penny le dieron ganas de gritar al pensar en el aspecto tan deplorable que debían presentar Brad y ella. Los dos tenían manchas de grasa en la ropa, y el zapato de Brad no podía estar más mojado y lleno de barro. En cuanto a ella, después de mirarse rápidamente en el espejo del coche, se dio cuenta de que parecía que se había secado el pelo con una batidora.

Mientras se dirigían hacia el hombre bien vestido que los esperaba, Penny se sintió como si los hubieran pillado fumándose una clase.

—Me alegra comprobar que estáis bien. Estaba empezando a preocuparme —

dijo Gregory con calma.

Penny sonrió aliviada. No parecía enfadado, tan sólo se mostraba razonablemente preocupado.

Antes de que Penny pudiera articular palabra, Brad dijo con un tono amistoso y tranquilo:

—Lo siento, Gregory, pero después de tanto esfuerzo físico, nos quedamos dormidos, y no nos dimos cuenta de que se hacía tarde.

Penny vio cómo Gregory se ponía rígido. En un instante, se dio cuenta de lo que Brad acababa de decir, y abrió los ojos de par en par, horrorizada. Había dicho la verdad, por supuesto, pero…

—Muy interesante —dijo Gregory—. Tal vez queráis darme algún detalle más.

Helen dijo que habíais ido a tomar algo y, personalmente, no creo que ello requiera ningún esfuerzo físico.

—Oh, Gregory, no es lo que te imaginas… —empezó a decir Penny, pero Brad la interrumpió.

—¿Por qué no subes y te lavas un poco, «enana»? Estaré encantado de dar toda clase de explicaciones a tu prometido. Después de todo tiene derecho a saber cómo pasas el tiempo conmigo.

Penny, desencantada, miró primero a Brad y luego a Gregory. El tono de voz de Brad sonaba amistoso, desenfadado; pero la tensión que se percibía en su cuerpo, allí de pie, frente a Gregory, lo contradecía.

—Buena idea, Penny —admitió Gregory con suavidad—. Ya es bastante tarde de por sí.

Mientras abría la puerta de tela metálica, Penny miró por encima del hombro a los dos hombres. Ninguno de los dos se había movido. Parecían estar esperando a que se fuera para continuar la conversación.

Penny sintió ganas de retorcer el cuello a Brad. ¿Por qué se empeñaba en seguir con las indirectas? ¿Quería acaso que Gregory se formara una idea falsa sobre la relación que tenían?

El agua templada de la ducha la tranquilizó e intentó relajarse. Brad siempre había tenido la habilidad de poner su mundo patas arriba, y Penny se preguntó cómo había podido pensar que algo había cambiado. Sin embargo, estaba completamente segura de que Gregory se daría cuenta en seguida de las bromas de Brad y de sus ganas de sembrar la discordia.

No le convenía pedirle que se mantuviera a distancia, porque entonces se lo tomaría como un desafío. Así es que lo más conveniente sería asegurarse de mantener a los dos hombres alejados el uno del otro. Después de todo, sólo sería durante unos días, después Brad desaparecería de sus vidas de nuevo.

Cuando volvió abajo, Gregory estaba solo, esperándola en la sala de estar.

—¿Dónde está todo el mundo? —dijo mirándole sorprendida.

—Convencí a tus padres para que se fueran a la cena de compromiso que tenían. Les dije que me pondría en contacto con ellos si había pasado algo.

Penny se sintió culpable de nuevo por haberse comportado de ese modo tan irresponsable y poco habitual en ella. Pero le resultaba difícil explicar lo que ni ella misma podía comprender.

—Siento mucho haberte hecho esperar —le dijo.

Gregory la tomó de la mano y la acompañó fuera.

—Olvidémoslo, ¿quieres? —dijo mientras la ayudaba a entrar en el coche—.

Conseguí cambiar las reservas, así es que no ha pasado nada.

Gregory permaneció callado durante todo el camino. Penny quería decir algo, pero no se le ocurría nada. Finalmente le preguntó:

—¿Te dijo Brad que fuimos al parque?

Gregory la miró con expresión enigmática y dijo:

—Sí, lo mencionó.

—Se estaba tan a gusto allí. Se me había olvidado lo bien que me lo pasaba al aire libre.

Por un instante, Penny se preguntó cuándo había perdido el contacto con la naturaleza, porque en su programa no estaban incluidas actividades al aire libre. De manera impulsiva se volvió a Gregory y le dijo:

—Ojalá hubieras estado con nosotros.

Penny intentó imaginarse a Gregory de excursión, y metiéndose en el agua, pero no pudo. No conseguía verle riendo porque se le habían mojado o llenado de barro los zapatos. Gregory habría estado fuera de sitio. Brad y ella habían revivido su niñez, compartiendo las mismas actividades que cuando estaban juntos. Gregory no encajaba en ellas.

—Por lo que me contó Crawford, no creo que hubiera disfrutado mucho de la tarde —dijo Gregory.

Aunque Penny acababa de llegar a la misma conclusión, le sorprendió que Gregory se hiciera eco de sus pensamientos.

—¿Por qué no? —le preguntó.

—Normalmente hago ejercicio jugando al tenis o al *racketball.*

—¡Ah! —exclamó Penny.

De repente pensó que nunca habían hablado de sus respectivas aficiones.

Gregory había estado siempre tan ocupado con su trabajo de abogado que Penny había llegado a la conclusión de que no tenía tiempo para hacer otras cosas. Cada vez que pensaba que le conocía, Gregory le mostraba otra faceta de su personalidad, y se preguntó si él pensaba lo mismo de ella.

Penny se cuestionó si era posible saberlo todo de la persona con

la que te vas a casar antes de la boda. No porque la persona deliberadamente intentara ocultar ciertas cosas, simplemente porque había mucho que descubrir sobre el otro. Gregory se había pasado treinta y nueve años haciendo cosas de las que Penny no sabía nada, ella veinticinco. Era difícil recuperar todo ese tiempo.

Cenaron tranquilamente en un restaurante muy agradable cercano a la autopista interestatal. Penny hizo preguntas muy acertadas sobre algunos de los casos de Gregory. De alguna manera trataba de acercarse más a él.

Una de las cosas que Penny admiraba más de su prometido, era la dignidad con que afrontaba todas las situaciones, y cómo salía siempre airoso de ellas. Esa noche, por ejemplo, podría haberse enfadado, tenía muchas razones para ello, y así haber estropeado la velada. En cambio parecía haber olvidado el poco favorable comienzo de la noche, relegándolo al lugar sin importancia que le correspondía.

Su vida en común se basaría en la consideración, la comunicación y la comprensión. No discutirían, como hacía con Brad. Ellos hablarían las cosas con calma, y luego decidirían cuál era la mejor solución. No habría repentinos estallidos emocionales; sino que compartirían la calma y la serenidad.

Tras la cena, Gregory sugirió que se trasladaran al salón para tomar una copa.

Un pequeño conjunto de jazz tocaba música lenta. Gregory pidió a Penny que bailara con él, y ella aceptó gustosa, porque sabía que bailaba muy bien. Cuando volvieron a la mesa, tras bailar un popurrí de melodías lentas, Penny se sentía relajada y completamente a gusto.

Gregory tomó su mano y la retuvo. Durante un rato pareció estudiarla, luego levantó la vista y la miró. En sus ojos grises había una expresión seria.

—Penny, ¿por qué nunca me habías hablado de Brad? —preguntó.

Estaba relajada y tranquila y su pregunta vino a sacarla de la suave y mullida nube en la que tan a gusto había estado durante casi una hora. Lo miró consternada.

Nunca había visto esa mirada en sus ojos, y se preguntó si era la misma con la que contemplaba a los testigos antes de interrogarlos;

pero pensó que en realidad no importaba puesto que no tenía nada que ocultar.

—La verdad es que no lo sé, Gregory —respondió encogiéndose de hombros ligeramente—. Supongo que será porque nunca le consideré lo suficientemente importante como para hablar de él.

—¿No lo suficientemente importante, o demasiado importante? —dijo Gregory con suavidad, sin que en su rostro pudiera leerse lo que estaba pensando.

Penny no sabía cómo contestar a esa pregunta. Había empezado a darse cuenta ese día de que no tenía tan claro lo que sentía por Brad.

—Sólo somos amigos —dijo con indecisión, al tiempo que se preguntaba por qué estaba haciéndole Gregory ese tipo de preguntas.

—Desde que estamos juntos me has presentado a muchos de tus amigos, y me has hablado de otros. Conociste a algunos en Payton y luego se mudaron. Con otros estableciste amistad en la universidad y aún estás en contacto con ellos; pero nunca mencionaste el nombre de Brad.

Penny se preguntó cómo no se había dado cuenta de la omisión, y moviendo la cabeza dijo:

—La verdad es que no sé cómo explicártelo, Gregory. ¿Es algo importante?

—Realmente no. Me parece un poco misterioso, eso es todo. Y mi mente no puede dejar ningún misterio sin resolver.

—No veo a qué misterio te refieres —dijo Penny—. Brad ha estado fuera tres años, y ya no forma parte de mi vida.

—Pero formó parte de ella.

—Sí. ¿Te preocupa?

—No necesariamente. ¿Y qué le parece que nos vayamos a casar?

Penny recordó lo que Brad le había dicho esa tarde; pero por supuesto no podía compartirlo con Gregory.

—Brad quiere que sea feliz —respondió finalmente, dándose cuenta de que lo que decía era cierto.

—Me sorprende que no piense que serías más feliz con él.

—¿Brad? —rió Penny—. ¿Quieres decir que piensas que Brad quiere casarse conmigo? —soltó una carcajada—. De ninguna

manera. Ama demasiado su libertad.

Gregory no respondió, tomó un sorbo de su bebida y dijo:

—Me han llamado por teléfono para decirme que tengo que volver a San Luis.

Tendré que quedarme toda la semana que viene.

Penny lo miró tristemente y dijo:

—Pero, creía que lo habías arreglado todo para poder estar aquí la semana antes de la boda.

—Y era verdad. He tenido que modificar todo mi programa de trabajo. Por desgracia no se puede hacer nada. Dudo mucho que pueda estar de vuelta antes del ensayo de la boda, el viernes por la noche.

Penny sintió cómo la decepción se apoderaba de ella. Por supuesto su trabajo era lo primero, siempre lo había sabido. Por lo menos no le pedía que aplazaran la boda. Después de todo lo que le había costado prepararla, de los cientos de detalles a los que había tenido que prestar atención. Penny se estremeció sólo de pensar lo que supondría modificar lo planeado en ese momento.

—Lo comprendo —dijo con suavidad.

—Gracias por ser tan comprensiva —Gregory sonrió—. Admiro tu buena voluntad para acomodarte a mi programa de trabajo —dijo mientras cogía su bebida

— Me alegro de que al final decidiéramos no dar la cena de despedida de solteros, porque no me habría dado tiempo a hacer los preparativos necesarios.

—No te preocupes. Mis amigos lo entenderán —dijo Penny.

—¡Me siento tan afortunado por haberte conocido! ¡No te enfadas por nada, y te lo tomas todo con tanta tranquilidad!

—¿Sabes? —sonrió Penny—. Me ha costado bastante conseguirlo, porque solía tener un temperamento muy fuerte.

—Me alegra saber que ya no es así. Lo último que me gustaría encontrarme al volver de una dura jornada de trabajo, sería con una tormenta emocional —dijo cogiéndole la mano—. Tu serenidad fue una de las cosas que me atrajo de ti. Eso, y la habilidad que tienes para tratar a la gente sin perder nunca la calma.

Penny pensó en el inesperado regreso de Brad y en cómo había reaccionado. La descripción que Gregory había hecho de ella reflejaba con exactitud la realidad, excepto cuando Brad estaba

cerca.

Parecía desencadenar las emociones más ocultas en su interior, con una intensidad que casi le asustaba. Sin ningún aparente esfuerzo, le hacía manifestarse como una persona emocional y con poco control de sí misma. Penny esperaba que ese efecto adverso que Brad tenía sobre ella, y que rechazaba abiertamente, le sirviera para alejarse de él.

Más tarde Gregory la llevó a casa. La acompañó hasta la puerta, pero no quiso entrar con ella.

—Es tarde, cariño, y mañana me espera un duro día de trabajo antes de marcharme a San Luis.

—¿Te veré antes de que te vayas?

—No lo creo, aunque nada me gustaría más que poder estar mañana contigo.

Sin embargo va a ser difícil, teniendo en cuenta que voy a tomarme una semana de vacaciones para nuestra luna de miel —se inclinó para besarla—. Si no me voy ahora mismo no podré marcharme en toda la noche —dijo, mientras se separaba de Penny con una sonrisa—. Duerme bien, amor mío.

Gregory esperó a que entrara y cerrara la puerta; entonces se dirigió a su coche y antes de entrar en él miró hacia la casa de al lado.

Penny había eludido todas las preguntas sobre Brad Crawford, pero Gregory sabía que pasaba algo. Había percibido las emociones que Brad había intentado ocultarle cuidadosamente la noche anterior y esa misma tarde. Sin embargo, no le había engañado. El estudio del comportamiento humano había sido fundamental para su carrera. Sabía que ese hombre estaba enamorado de Penny.

Lo que le preocupaba en ese momento eran los sentimientos de Penny hacia Brad, y en qué medida podían afectar a su matrimonio. Gregory regresó al pueblo sumido en sus pensamientos.

Capítulo 4

Penny durmió mal aquella noche. Sus sueños eran confusos. En ellos aparecían dos hombres, uno tranquilo y autoritario, y el otro desenfadado y bromista.

En su mente danzaban pedazos de conversación. Oyó que Brad le decía:

—Ven conmigo a Nueva York… ven conmigo… conmigo…

Entonces Gregory aparecía y se paseaba de un lado a otro de la sala, delante de Penny que estaba sentada en el estrado dispuesta a declarar.

—¿Qué relación tienes con ese hombre? —le preguntaba una y otra vez.

En un momento dado, Gregory señaló una jaula situada en un rincón de la habitación. Penny miró dentro y vio a Brad allí sentado, a un Brad de diez años, con su gorra de béisbol y sus playeras rotas.

Cada vez que intentaba decir algo, Gregory le volvía a preguntar:

—¿Qué relación tienes con ese hombre?

—¡Penny, como no te levantes pronto, vas a llegar tarde a misa! —gritó Helen desde el otro lado de la puerta.

Penny refunfuñó y se tapó la cabeza con la almohada para no oír la voz de su madre, ni dejar que la brillante luz del sol que entraba a raudales por la ventana la molestara.

Penny se preguntó por qué esa noche no había dormido de un tirón como acostumbraba. Se sentía como si se hubiera pasado la noche entera sosteniendo un debate filosófico. Recordaba fragmentos de sus sueños pero no tenían ningún sentido. « ¿Por qué habré soñado con Brad, de niño, metido en una jaula?», pensó.

Se obligó a levantarse e intentó mantener los párpados abiertos. El regreso de Brad la estaba afectando de verdad, y deseó fervientemente poder entender el motivo. Durante los últimos tres años se había construido una vida propia, para ella sola, y sin la influencia de Brad. Pero sólo llevaba un día en el pueblo y ya había vuelto a permitirle que influyera en ella. Por ejemplo el día anterior, cuando habían jugado como dos niños.

«Pero te lo pasaste bien, ¿verdad?», dijo la vocecita que le hablaba desde su interior. «Claro que me lo pasé bien. Entonces, ¿de qué te quejas?»

En realidad no estaba segura. Quizás fuera que le parecía bastante infantil divertirse de ese modo pero, a decir verdad, no lo sabía con certeza.

Penny se paseó por el cuarto de baño y abrió la ducha. Su madre tenía razón, si no se daba prisa, llegaría tarde a misa.

Cuando terminó de vestirse y desayunar, la misa ya había empezado. Esperó en la puerta de la iglesia a que terminara la primera oración y después se acomodó, lo más deprisa que pudo, en el banco donde su familia se solía sentar.

Mientras se apresuraba a buscar en el libro de himnos el que estaban cantando en ese momento, echó un vistazo a su alrededor. Normalmente, Gregory iba a la iglesia todos los domingos, a no ser que tuviera que ausentarse del pueblo, pero esa mañana no lo veía.

La congregación entonaba el segundo verso del himno, cuando alguien se detuvo al lado del banco, y Penny pensó que todavía había quien llegaba más tarde que ella. Levantó la vista, casi segura de encontrar a Gregory, y vio cómo Brad se colocaba a su lado, en el banco, y, sujetando un lado del libro de himnos, le pedía silenciosamente que lo compartieran. Se le veía descansado y bien aseado, y cuando sus ojos se encontraron, Brad le dedicó una sonrisa que hubiera derretido el corazón del crítico más mordaz.

Penny se sintió angustiada. No quería ver a Brad Crawford. No aquel día. No hasta que pudiera poner un poco de orden en su vida, porque, le gustara o no, Brad la confundía.

¿Qué pensaría Gregory si les viera allí de pie juntos, después de lo que le había preguntado la noche anterior? ¿Por qué no le había hablado nunca de Brad a Gregory? ¿Estaba acaso avergonzada de su amistad? En seguida se dio cuenta de lo absurdo que era pensar en esa posibilidad, porque sería lo mismo que avergonzarse de ella misma. Brad formaba parte de ella de tal modo que parecía una extensión de su propio yo. Le hizo gracia no haberlo pensado nunca hasta ese fin de semana.

Le había dolido mucho que se marchara a Nueva York, pero le había venido bien. Se había encontrado consigo misma. En este momento tenía una manera propia de enfocar las cosas y unos

objetivos en la vida. Si Brad no se hubiera marchado, probablemente se habría casado con él porque estaban acostumbrados el uno al otro.

« ¿Y qué habría tenido eso de malo?», preguntó la vocecita.

« ¡Me voy a casar con Gregory! Es más mi tipo», respondió con firmeza. «No quiero volver a oír ninguno de tus irresponsables comentarios».

El banco donde se encontraban estaba lleno. Cuando el himno terminó, y todo el mundo se sentó, Brad y ella estaban muy juntos, codo con codo. Penny intentó moverse pero no solucionó nada. Finalmente, él colocó el brazo sobre el respaldo del banco. En esta posición estaban más holgados, pero parecía que existía una cierta intimidad entre ellos, y Penny se sentía a disgusto.

Cada vez que le miraba, Brad le respondía con una sonrisa inquisitiva. Estaba claro que nada había perturbado su sueño aquella noche, porque se le veía realmente satisfecho consigo mismo.

Cuando oyó mencionar su nombre en las amonestaciones, Penny se dio cuenta de que no se había enterado del contenido del sermón, ni en realidad, de la mayor parte de la misa.

—Sabrán que el próximo sábado, Gregory Duncan y Penny Blackwell se unirán en sagrado matrimonio ante este altar —dijo el reverendo Wilder con una sonrisa—.

Los Blackwell les invitan a todos a unirse a ellos, en la celebración del matrimonio de su hija, y esperan su asistencia.

Penny sintió como si un foco les estuviera iluminando a Brad y a ella, sentados así de juntos. Penny se obligó a mirar al reverendo Wilder, cuya sonrisa bonachona le servía como guía en el mar de confusión en que se encontraba.

«También esto pasará». Este pensamiento pareció invadirla y se sintió mucho mejor.

Cuando cantaron la última canción pensó en huir de la iglesia y estar sola; pero parecía que toda la gente que había asistido aquel día a misa quería pararse a hablar con ella… y con Brad, que seguía allí a su lado entre la multitud.

—Dios mío, ¡da gusto volveros a ver juntos otra vez! —dijo una mujer con una sonrisa después de saludarlos.

—Me alegro de verla, señora Fielding —dijo Brad, con

tranquilidad.

Su marido era el dueño de la ferretería del pueblo, y había sido el entrenador de Brad cuando éste jugaba en la liga juvenil.

—No habrás venido para impedir que se celebre la boda, ¿verdad, jovencito? —

dijo maliciosamente.

Penny rezó para que se abriera una trampilla en el suelo y poder así desaparecer de la vista de todos. Lo único que hizo Brad fue echarse a reír. En ese momento, la señora Cantrell se unió a ellos.

—¿Dónde está tu joven acompañante, Penny? Al principio, cuando te vi esta mañana, pensé que Brad era el señor Duncan.

—La verdad es que no sé dónde está Gregory, señora Cantrell. ¿Qué tal va la pierna del señor Cantrell?

—Oh, está curando muy bien. Tuvo suerte de no perderla. Es muy descuidado con la maquinaria de la granja —y para que no la despistaran volvió al tema que le interesaba—. Me imagino que al señor Duncan le debe parecer más interesante dedicar su tiempo a otras cosas que venir a misa los domingos. La gente de ciudad no lo considera tan importante como nosotros —dijo con un gesto de desprecio.

—Oh, estoy segura de que no es eso, señora Cantrell. Lo que pasa es que vamos a estar fuera una semana y Gregory tiene que trabajar mucho para dejar sus asuntos en orden.

—Bueno, me alegro de verte, Brad —dijo la señora Cantrell, sin hacer ningún comentario a la explicación de Penny—. Ojalá hubieras vuelto para quedarte.

—Bueno. Si pudiera convencer al equipo de producción para que rodaran *Un mañana lleno de esperanza* en Payton, me mudaría volando —dijo con una sonrisa.

Todos se echaron a reír, excepto Penny, que por un momento imaginó cómo sería su vida si Brad volviera a vivir allí. Probablemente arruinaría su tan bien planeado futuro. Rodeó al grupo de gente que se había formado a la puerta de la iglesia, y cuando ya casi había llegado al coche, Brad la alcanzó.

—¿Te importaría llevarme a casa?

—¿Le pasa algo a tu coche?

—Ya sabes que he estado utilizando el coche de mi madre, pero esta mañana no arrancaba, así es que me trajeron mis padres, que

en ese momento se iban a pasar el día a casa de unos amigos.

—¿Y cómo es que no te has ido con ellos? —dijo Penny, ya resignada ante lo inevitable, mientras le dejaba entrar en el coche.

—Lo pensé; pero decidí que me apetecía más pasar el día contigo.

—¿Por qué? —preguntó Penny.

Brad la miró con sorpresa y, por primera vez, se dio cuenta de las ojeras que tenía.

—¿Por qué? —repitió—. ¿Acaso tengo que tener una razón para querer pasar el día contigo?

—¿Y qué pasaría si yo ya hubiera hecho mis planes?

—¿Los has hecho?

Penny pensó que era una buena pregunta. Gregory no la había llamado antes de irse, pero había dejado bien claro que ese día iba a estar muy ocupado. Tendría suerte si la llamaba antes de marcharse a San Luis.

—En realidad, no —admitió mirando a Brad.

—¿Por qué no salimos en barca por el lago? —sugirió—. Hace un día muy bueno.

Penny no se lo tuvo que pensar mucho, porque nada le gustaba más que estar cerca del agua.

El lago se formó al construirse un dique sobre el río, y cuando eran más jóvenes, Brad y ella pasaron muchos días siguiendo el curso del río, y cuando el agua retrocedía, exploraban las cuevas que quedaban al descubierto.

La idea de una cueva tranquila, en alguna parte, le pareció maravillosa.

—De acuerdo —aceptó.

—¿Podrías arreglártelas para cocinar algo que podamos llevarnos para comer?

—preguntó Brad con una sonrisa burlona.

—Claro que puedo —dijo, sin prestar atención al tono jocoso de Brad—. Te asombrarías si vieras lo bien que me las arreglo yo sola últimamente.

La observó en silencio, mientras conducía a casa.

—¿Te pasa algo, Penny?

—¿Qué me va a pasar? —a Penny le parecía gracioso que lo preguntara—. Me voy a casar dentro de seis días. Todo es perfecto

—dijo sin mirarle.

—Pareces cansada.

—He estado muy ocupada. Hace poco que terminaron las clases y he tenido mucho que hacer, preparando todo lo de la boda.

Brad no dijo nada más y Penny agradeció el silencio que siguió.

Horas más tarde, Penny se dio cuenta de que había hecho bien en aceptar la invitación de Brad. Era justo lo que necesitaba. Nadaba muy a gusto con su elegante bañador de una pieza, y además habían encontrado una cueva donde poder nadar sin tener que preocuparse de que les pasara por encima ninguna motora, de las que arrastraban a los que practicaban esquí náutico.

Brad y Penny habían pasado tanto tiempo en el agua, durante los años que vivieron cerca del lago, que se sentían en ella como en casa.

Parecían dos marsopas jugando y, pronto, se sintieron otra vez como cuando eran niños. De nuevo, Penny se olvidó de Gregory y de que había prometido llamarla.

Cuando se pusieron a comer estaban felices y exhaustos. Penny había hecho trampa. Como sabía que a su madre no le importaría, había tomado el frigorífico por asalto, y entre lo que había traído se podían contar sobras de pollo, jamón, ensalada de patatas, y verduras frescas, ya peladas y cortadas. Y de postre, un pedazo enorme del pastel de cerezas y chocolate que hacía su madre.

Cuando terminaron de comer, la pereza no les dejaba moverse.

—¿A qué hora tienes que volver? —preguntó Brad, echando un vistazo al sol, como para averiguar la hora que era.

—A ninguna en concreto, imagino.

—¿Va a venir Gregory?

De repente, se dio cuenta de que llevaba muchas horas sin pensar en él, y una oleada de culpabilidad la invadió, al recordar que se había pasado todo el día trabajando, mientras ella jugaba como una adolescente despreocupada.

No entendía por qué Brad le producía ese efecto. Cuando estaba con Gregory se comportaba como cualquier adulto maduro, sin embargo, Brad sacaba a la luz a la niña que había en ella.

—No dijo nada —respondió finalmente Penny.

—Me imagino que estará muy ocupado.

—Sí.

—Aparenta ser un hombre muy brillante.

—Sí.

—Le debe costar largas horas de trabajo.

—Sí, desde que le conozco, ha trabajado siempre duramente.

—Entonces no tendrá mucho tiempo libre para relajarse y pasárselo bien —dijo Brad.

Penny lo miró pensativa y dijo:

—Creo que disfruta trabajando. La abogacía no es sólo su vocación, sino también su pasatiempo.

—¿Crees que vas a ser feliz llevando esa clase de vida, Penny? —preguntó Brad con expresión preocupada.

—No creo que me importe —dijo Penny apoyándose en el mullido respaldo—.

Yo también estaré ocupada, no sólo en el colegio, sino también con el grupo de teatro. Los dos tenemos nuestras propias vidas, pero además disfrutamos cuando estamos juntos.

—Me parece una forma de vida poco interesante, sobre todo para ti.

Penny se incorporó y lo miró con indignación.

—¿Qué quieres decir con «sobre todo para ti»? —le preguntó.

—Ya sabes, «enana». Estás tan llena de vida, que no parece que se te vayan a agotar nunca las energías. No me puedo imaginar esa pasión reprimida en una existencia aburrida.

—Estás loco —dijo Penny riendo—. No soy ninguna criatura salvaje y apasionada que ansié vivir una vida llena de emociones.

—Tal vez no; pero podrías serlo. Sólo das rienda suelta a tus emociones cuando estás en escena. Cuando pierdes los nervios.

—Lo que nunca me ocurre si tú no estás cerca.

—¿Y a qué crees que se debe?

—Bueno, a veces eres un poco molesto y otras bastante irritante, pero aparte de por eso —abrió los ojos de par en par con mirada inocente—, no tengo ni idea, señor Crawford. Ni la más mínima idea.

Brad se echó hacia atrás para poder estirarse todo lo largo que era en la parte posterior de la barca.

—He vuelto para romper tu compromiso matrimonial —afirmó.

—¿Cómo dices? —dijo Penny, cayéndose del asiento impresionada por su tranquila afirmación.

—Ya me has oído.

—¿Cómo te has atrevido ni siquiera a pensarlo?

—Sí, al final he llegado a esa misma conclusión —dijo Brad.

Penny lo miró fijamente, sin creerle una palabra y le preguntó:

—¿Pero por qué querías hacerlo?

—Qué importa ahora —dijo encogiéndose de hombros—. Lo he conocido y me he dado cuenta de que si lo quieres, no tengo derecho a causarte problemas.

Se ponía furiosa sólo de pensar que había pretendido hacer algo semejante.

—Dime, ¿quién demonios te crees que eres…? ¿Dios?

—No, pero soy tu amigo y me preocupa lo que te pueda suceder. No quiero que cometas ningún error.

—¿Y crees saber mejor que yo lo que me conviene? —preguntó Penny.

—Está claro que no; de lo contrario habría seguido adelante con mis planes.

—Pero, ¿qué te has creído, arrogante y egoísta idiota? ¡Creo que tu nueva identidad y estatus social se te han subido a la cabeza!

—¡Vamos, «enana»! Me conoces demasiado para decir eso.

—¡Y deja de llamarme por ese asqueroso nombre!

—No solía importarte que lo hiciera.

—Bueno, pero ahora sí me importa, y mucho. Estaba bien que me llamaras así cuando era niña, pero ahora suena completamente ridículo.

Penny no recordaba la última vez que había estado tan furiosa, pero seguro que Brad también había tenido algo que ver. Era la persona más exasperante que… Todos los calificativos negativos le parecían pocos.

—Quiero irme a casa —dijo, cuidando de no elevar el tono de voz. «Antes de que intente pegarte», pensó. ¡Y ella que le había considerado como un amigo!; pero ningún amigo pensaría siquiera en hacer lo que él había admitido haber planeado.

—De acuerdo —dijo Brad incorporándose.

Sin mediar palabra empezaron a recoger lo que había sobrado de la comida.

Como estaba más cerca, Penny se encargó de arrancar el motor y empezaron a alejarse de la cueva.

Tan pronto como salieron de allí, aceleró para coger velocidad. Por el rabillo del ojo captó un movimiento y se volvió a tiempo de ver cómo otra motora se dirigía directamente hacia ella. Sus buenos reflejos la salvaron de una peligrosa colisión.

Penny gritó y sujetó el volante con fuerza, reduciendo la velocidad al mismo tiempo. La combinación de ambas cosas tuvo su efecto a bordo y Penny oyó un estruendo de objetos al chocar y a Brad gritar detrás de ella.

Cuando la otra motora les adelantó, vio que la ocupaban un grupo de adolescentes, que reían y la saludaban con la mano.

—Estúpidos —les gritó—. ¿Es que no tenéis sentido común? ¡Si no conocéis las mínimas normas de seguridad en el agua no vengáis al lago!

Dudaba mucho de que la hubieran oído; pero se sintió mejor. Se dio la vuelta y empezó a disculparse con Brad, cuando lo vio tirado en cubierta con la nevera encima.

—¡Brad! —dijo, mientras retiraba de su camino uno de los remos que estaba suelto, los salvavidas y otras cosas que se habían caído por causa del frenazo.

Se arrodilló a su lado y le quitó la nevera de encima. Estaba pálido e inmóvil.

—¿Brad?

Tenía un corte en la sien y había sangre por todos los lados.

—¡Dios mío, Brad! —dijo sin recibir respuesta.

Penny miró a su alrededor desesperada. Se habían alejado algunas millas del embarcadero y no se veía nada en la orilla que indicara que había gente cerca.

Aunque estaba muy asustada, se dio cuenta de que tenía que conseguir ayuda, y pensó que la más cercana estaba en casa.

Cogió una toalla, empezó a limpiarle la sangre de la cara e hizo presión hasta que casi dejó de salir. Entonces, con suavidad, comprobó si tenía más heridas.

Estaba frío y no sabía si el golpe había sido grave. Lo único que podía hacer por él en ese momento era llevarle al hospital lo antes posible.

Penny ni siquiera se dio cuenta de que estaba llorando hasta que tuvo que empezar a parpadear, sin parar, para poder ver, camino de casa.

Brad estaba herido y ella se sentía culpable. Se había puesto demasiado histérica con él, y aquello era el resultado.

—¡Yo no quería hacerlo, Dios mío! ¡Tú sabes que yo no quería hacerlo! Que no sea nada serio, por favor. Haz que se ponga bien —murmuraba Penny.

Estableció un nuevo récord de velocidad para llegar a casa. Tan pronto como sujetó la motora en el embarcadero, corrió sendero arriba gritando:

—¡Mamá, papá! ¡Llamad una ambulancia! ¡Brad está herido!

Penny irrumpió en la casa, casi sin respiración y se encontró con Gregory y sus padres a la entrada de la cocina. Distraídamente, se dio cuenta de que su novio vestía de una manera informal, pero no tuvo tiempo de preguntarle.

—¿Qué ocurre? —se interesó.

—Es Brad. Se cayó y se hizo daño en la cabeza. Está sangrando, y no sé si las heridas son graves.

—Vale, ahora, cálmate —dijo cogiéndola por los hombros—. Tú llama a una ambulancia y yo iré a ver qué le pasa.

Penny asintió con la cabeza. Rápidamente se dirigió a donde estaba el teléfono y marcó el número de urgencias.

Más tarde, Penny no recordaba bien todo lo ocurrido. Sabía que Gregory y su padre habían bajado al embarcadero, y llevado a Brad, aún inconsciente, a la casa.

Llamó a los padres de Brad, y estaban allí todos cuando la ambulancia llegó. Sin pensárselo dos veces, Penny se subió a la ambulancia con él, le cogió de la mano y empezó a susurrarle al oído:

—Lo siento, Brad. Nunca quise hacerte daño y tú lo sabes. Sólo fue un desgraciado accidente. Por favor, ponte bien, Brad. Por favor, no estés herido de gravedad.

El enfermero le alargó un pañuelo de papel, y entonces se dio cuenta de que las lágrimas aún rodaban por sus mejillas.

Cuando llegaron, el médico les estaba esperando, y, hasta que no se llevaron a Brad para examinarle, Penny no se dio cuenta de que estaba descalza y en bañador.

Sus padres, los de Brad y Gregory llegaron unos minutos después. Su madre, Penny la bendijo por ello, le había llevado ropa limpia y seca, así que tras excusarse, se dirigió a los servicios para

cambiarse.

—¿Se sabe algo? —preguntó nada más volver.

Todos negaron con la cabeza. Gregory se sentó con ella en un sofá, que parecía sacado de un desván, y le preguntó por lo ocurrido.

Penny le relató lo sucedido lo más coherentemente que pudo. Cuando terminó, Gregory le preguntó:

—¿Serías capaz de identificar la otra motora o a alguna de las personas que iban en ella?

—Lo dudo mucho. ¡Todo sucedió tan deprisa! No eran más que un grupo de niños que se lo estaban pasando bien, y no prestaban atención a lo que hacían.

—Hay que encontrarles y reprenderles, porque si no llegas a reaccionar tan bien, todo habría podido ser mucho peor.

—Fue horrible, Gregory —dijo, con los ojos de nuevo llenos de lágrimas—.

Habíamos discutido, y, ¡estaba tan enfadada con él! Pero no quería hacerle ningún daño —apoyó la cabeza en su hombro y lloró estremeciéndose por los sollozos.

—Ya lo sé. Empiezo a comprender que Brad es alguien muy especial para ti.

Gregory la apretó contra sí, hasta que empezó a tranquilizarse de la impresión que había sufrido y a recuperar el control de sí misma.

El médico de guardia apareció en la puerta de la sala de espera. Era nuevo y ninguno le conocía.

Sonrió a las tres parejas y dijo:

—Este joven ha tenido mucha suerte. Padece una conmoción cerebral, pero podía haber sido peor, porque los golpes en la cabeza son algo muy delicado.

—Pero, ¿está usted seguro de que se va a poner bien? —preguntó la madre de Brad.

—Sí. Claro que sí. Recuperó la consciencia hace unos minutos. Pero aún está débil y le hemos dado algo para aliviarle el dolor.

Calló un momento y miró a las tres mujeres.

—¿Quién de ustedes es Penny? —preguntó.

Cuando Penny se levantó, el médico sonrió abiertamente.

—Tal vez quiera entrar a verle durante unos minutos. Está

desorientado y parece pensar que le ha pasado algo a usted. Ha estado llamándola y diciéndome enfadado que tenía que encontrarla.

—¿Dónde está? —dijo Penny. Y se marchó con el médico sin pensárselo dos veces.

—En esta habitación —dijo, abriendo la puerta cuando llegaron.

Penny entró de puntillas. Habían echado las cortinas y estaba oscuro. El médico encendió una lámpara y vio a Brad, allí tumbado, con la cabeza vendada. Tenía los ojos cerrados y estaba muy pálido. Penny tuvo que morderse los labios para no llorar.

Cuando miró a su alrededor, se dio cuenta de que el médico se había marchado.

Se acercó a la cama con indecisión. Llevaba puesto un pijama del hospital y tenía la sábana doblada cuidadosamente sobre el pecho. Sus manos descansaban una a cada lado. Tomó una de ellas, la acercó despacio a su boca y le acarició los nudillos con los labios.

Brad movió las pestañas, y después fue abriendo poco a poco los ojos.

—¿Penny? —sus labios se movían, pero apenas se le oía.

—Estoy aquí, Brad. ¿Te encuentras bien?

—Yo estoy bien —dijo con esfuerzo. Se notaba que le costaba mover la boca—.

Eras tú la que me tenías preocupado. ¿Qué pasó?

—Una motora casi se choca con nosotros. Me eché a un lado para esquivarla y te hice caer en la barca —las lágrimas rodaban por sus mejillas una vez más—. ¡Oh, Brad, cómo lo siento!

—No fue culpa tuya —dijo adormilado.

—Siento mucho haberme enfadado así contigo. Tenía tanto miedo de que hubieras muerto sin poderte decir cuánto me dolía lo ocurrido.

—Soy… demasiado testarudo… para que… me haga daño… un golpe… en la cabeza —dijo tratando de sonreír.

Penny vio el dolor en sus ojos, y sintió que ella también lo compartía.

—Además estabas en tu derecho de… enfadarte conmigo… intentar romper…

tu compromiso… fue… una niñería por mi parte.

—Me temo que estoy de acuerdo contigo, amigo mío —le dijo

con una sonrisa.

—Lo siento… ¿Me perdonas?

—Ya me conoces —dijo acariciándole la mejilla con la otra mano—, sabes que no puedo estar enfadada contigo mucho tiempo. Nunca pude.

—Me alegro —dijo sin que se le entendiera muy bien—, de lo contrario…

estarías… todo el tiempo… enfadada.

—Estoy segura de que el doctor quiere que descanses —le dijo —, además tu familia está esperando fuera, y sé que quieren verte.

Brad la sonrió, con una media sonrisa somnolienta que aumentó la pena que sentía Penny en su corazón.

Se inclinó y le besó.

—Te veré mañana, Brad —dijo.

Posó la mano en su pecho durante un momento. Él se la apretó pero no dijo nada. Penny acarició la mano que tenía cogida y la fue soltando poco a poco, sintiéndose incómoda de repente.

Después se dio la vuelta y salió de la habitación.

Capítulo 5

Camino de casa, Gregory iba muy callado, y Penny se sentía demasiado agotada para intentar iniciar una conversación. Entraron en casa, y Penny le pidió que pasara a la sala de estar, mientras ella iba a la cocina para preparar café.

Sus padres se habían quedado en el hospital con los Crawford y no habían dicho cuándo regresarían a casa.

Cuando entró con el café en la sala de estar, se dio cuenta de que no le había preguntado a Gregory por qué estaba en su casa aquella tarde.

—Me alegra tanto que hayas venido hoy —le dijo al tiempo que le daba una taza y se acomodaba a su lado en el sofá—. Siento mucho no haber estado aquí, pero creía que me habías dicho que ibas a pasarte el día trabajando.

Gregory la miró y sonrió, con una sonrisa irónica que a ella le pareció atractiva.

—En realidad no tenía ninguna intención de dejar la oficina hasta acabar con el montón de ficheros y papeles que tenía encima de la mesa —dijo con un suspiro, al tiempo que se acomodaba en el sofá—. Pero al cabo de unas horas, me di cuenta de que el trabajo apenas había disminuido —tomó un sorbo de café—, porque seguía pensando en ti y en lo mucho que deseaba estar a tu lado.

Gregory miró dentro de la taza, como buscando respuesta a una espinosa pregunta.

—En realidad, decidí olvidarme un rato del trabajo y venir a buscarte. Pensé que podríamos salir un rato juntos al lago —sus ojos se encontraron—. Pero cuando llegué, tus padres me dijeron que hacía ya unas horas que Brad y tú os habíais marchado.

Penny le acarició suavemente la mejilla.

—Ojalá lo hubiera sabido. Te habría esperado.

—Bueno, pasar el día con Brad y contigo no era precisamente lo que tenía pensado.

—Quiero decir, que si lo hubiese sabido, te habría esperado para que nos fuéramos juntos. Brad habría encontrado otra persona con quien pasar el día.

Gregory contempló la cara de Penny. Disfrutaba mirando la

candida expresión de sus ojos azules, y el modo en que le caían los rizos sobre la frente. Pero sobre todo disfrutaba con la inconsciente inocencia que emanaba. No sólo inocencia sexual, aunque estaba dispuesto a apostar que también la poseía; sino que además, Penny era tan sana, tan confiada, que a veces tenía la sensación de ser cien años mayor que ella. La fealdad del mundo parecía no afectarla, como si, al igual que a una princesa de un cuento de hadas, la hubieran encerrado bajo llave para protegerla de las más duras realidades de la vida.

—Hace un rato mencionaste que Brad y tú habíais estado discutiendo —dijo, con una sonrisa.

—Sí —contestó Penny, poniéndose colorada.

—¿Sobre qué?

Penny le miró consternada. No tenía ni idea de lo que pensaba Gregory de Brad, porque solía guardarse sus pensamientos y opiniones para sí. Por algún motivo Penny no deseó que Gregory supiera que Brad había querido romper su compromiso. Lo importante era que no lo había hecho, aunque lo deseara. No había necesidad de darle más detalles a Gregory.

—La verdad es que no me acuerdo —dijo sin mirarle—. Brad y yo discutimos siempre que estamos juntos.

—Todavía me parece sorprendente en ti.

—Lo supongo; pero ya sabes que algunas personas producen ese efecto en otras.

—Sí, es verdad —asintió pensativo—. ¡Se arma la gorda!

—Sí, siempre se arma cuando Brad y yo estamos juntos —dijo riendo—. Me alegro tanto de que nosotros no reaccionaremos así —le abrazó—. Prefiero nuestra relación, es más agradable.

Como él no decía nada, Penny siguió hablando.

—Nunca podré agradecerte bastante lo de hoy. No sé lo que habría hecho sin ti.

La apretó contra su pecho. Incapaz de resistir la proximidad de sus labios la besó, y sintió el calor que emanaba su cuerpo.

Cuando la liberó del abrazo, no pudo por menos que reír al contemplarla: tenía las mejillas encendidas, los ojos brillantes y los labios ligeramente hinchados.

—Me alegro de haberte podido ayudar —le dijo—, pero seguro que te las habrías arreglado bien sin mí. Sabes muy bien qué hacer

en caso de emergencia.

Nunca pierdes los nervios.

—¡Pero si casi te ahogo con mis lágrimas en el hospital!

—Sí, pero cuando lo peor ya había pasado. Has sido fuerte cuando debías serlo: prestaste a Brad los primeros auxilios y luego le trajiste a casa. Me he sentido muy orgulloso de ti hoy, y quiero que lo sepas.

—Oh, ¡Gregory! Una de las cosas que me encantan de ti, es lo bien que me entiendes —dijo abrazándole de nuevo.

Gregory permaneció callado un momento y luego dijo:

—Es interesante observar las diferentes formas de amar que tenemos los humanos. Algunas personas parecen tener mayor capacidad para amar que otras. Tú pareces haber crecido repartiendo amor a la gente: a tus padres, a Brad, a sus padres; más tarde a la gente de Payton. Y ahora a mí —Penny le sonrió y él siguió hablando

—. Siempre me costó entender esa emoción que la gente llamaba amor. He presenciado tragedias que han ocurrido en nombre del amor. He sido testigo de cómo algunas personas eran posesivas y egoístas con su pareja y decían que lo hacían por amor. Hasta que no te conocí a ti, no supe lo que significaba de verdad, no experimenté la generosidad del amor, sin egoísmo, ni me di cuenta de lo que puede hacer cambiar tu vida— la miró como intentando memorizar lo bella que estaba—

Gracias por enseñarme lo generoso que puede ser el amor.

—Ha sido un placer —contestó Penny con una sonrisa maliciosa —. Tú también me has enseñado mucho.

—¿De verdad? ¿En qué sentido?

—Nunca me has tratado como a una muñeca frágil que colocas en una estantería, sino como un igual, con respeto y admiración.

—¿No te trata así todo el mundo?

—Es difícil de explicar. Cuando vives toda la vida en el mismo pueblo, la gente tiene ideas preconcebidas de ti. ¡Hasta que tú viniste, ningún hombre me había pedido que saliese con él!

—¿Por qué crees que no lo hacían?

—Me imagino que porque los hombres adecuados me conocían ya demasiado bien —dijo Penny con una sonrisa.

—¿Y no crees que tenía algo que ver con Brad?

—¿Qué tiene que ver Brad con que nadie quisiera salir conmigo? —dijo Penny frunciendo el ceño.

—Quizás todo el mundo pensaba que erais pareja —sugirió Gregory.

—Es posible —admitió desviando la mirada—. Sé que toda la gente se sorprendió mucho cuando anunciamos nuestro compromiso. Creo que pensaron que te había engañado para que te casaras conmigo.

Los dos se echaron a reír y Gregory dijo:

—¡Oh, Penny! ¡Qué inocente eres! —la contempló un momento, mientras la risa se borraba poco a poco de sus labios—. Entonces reconoces que todos os veían como pareja.

—No podría negarlo —dijo encogiéndose de hombros—. Desde que Brad llegó, toda la gente que me encuentro me habla de él, pero es su problema. A nosotros no nos atañe en absoluto. En cuanto nos casemos, se les quitarán esas estúpidas ideas de la cabeza.

—Entonces, ¿de verdad no desearías casarte con Brad en vez de conmigo? —

preguntó Gregory.

—Brad y yo no tenemos esa clase de relación. Nunca la tuvimos. Tú eres el hombre con el que me voy a casar —dijo Penny con mucha decisión.

—Me alegro de oírlo —admitió Gregory con una sonrisa—. De todos modos —

cuidadosamente quitó las manos de Penny de su cuello—, mejor será que por el momento te deje descansar. Además, todavía tengo que hacer la maleta y prepararme para volver a San Luis.

A Penny le dolía verle marcharse. Disfrutaba mucho con su compañía, y se sentía a salvo y segura cuando le tenía cerca. Además, le necesitaba de una manera especial esa última semana antes de la boda. Sobre todo ahora que Brad andaba por allí. No podía explicar el porqué, simplemente sabía que era así. Pero pensó que no debía ser egoísta, y sin decir nada, le acompañó hasta la salida.

Gregory se paró en la puerta y la miró.

—Voy a estar muy ocupado, así es que no te preocupes si no sabes nada de mí.

Volveré a tiempo para el ensayo de la boda, el viernes. Puedes

contar con ello.

—Pensaré que la semana siguiente estaremos disfrutando de nuestra luna de miel —dijo con una sonrisa—. Me ayudará a hacer más llevaderos los próximos días.

—Estoy seguro de que querrás pasar algunos ratos con Brad, ahora que está convaleciente.

Gregory esperaba que le dijera que no, alguna señal que le mostrara que, a pesar de lo que había visto y oído, Penny no estaba tan unida a Brad como Gregory había llegado a aceptar.

—Es verdad —dijo sin saber lo que estaba pensando—. ¿Sabes?, se supone que su personaje televisivo está en coma; por poco no tiene la oportunidad de experimentar lo que es eso en su propia carne. Seguro que ya se está arrepintiendo de haber vuelto para la boda.

—Tal vez haya sido una decisión crucial para su futuro. Quién sabe —dijo Gregory, y la besó dulcemente en la boca—. Supongo que el tiempo lo dirá.

Mientras subía las escaleras hacia su habitación, Penny se preguntó qué habría querido decir con eso. Gregory a veces era muy enigmático. Sin duda ése era uno de los motivos de su éxito como abogado.

A la mañana siguiente, Penny entró en la habitación del hospital, llevando un paquete envuelto en papel de alegres colores.

—¡Oh, qué amable! —exclamó Brad con una empalagosa voz de falsete, al tiempo que aplaudía con las manos por debajo de la barbilla, y le dedicaba una sonrisa idiota—. ¡Me has traído dulces!

Penny se sintió aliviada al ver que su aspecto había mejorado mucho. Tenía mejor color que el día anterior, y hasta le sentaban bien las vendas de la cabeza; pero aún tenía moratones debajo de los ojos.

—Te he traído algo que te va a gustar más que los dulces —le dijo, mientras se acercaba a la cama y le daba el paquete—. Un libro para colorear y unos lápices de colores —la expresión del rostro de Brad la compensó del esfuerzo que había hecho esa mañana para encontrar el regalo.

Siguiéndole la broma, Brad dijo:

—¡Fantástico! ¿Qué libro?

—Tú preferido, amigo mío: un libro que inmortaliza a los

personajes de *La guerra de las galaxias.*

Brad empezó a reírse entre dientes y, enseguida, se tocó la cabeza suavemente.

—Por favor, no me hagas reír. Si muevo mucho la cabeza, me da la sensación de que se me va a caer de los hombros. La risa va a acabar conmigo.

—Pobrecito mío, y yo que creí que te iban a encantar —le dijo Penny, inclinándose para besarle en la mejilla.

—Y me encanta. Tú eres la única persona que conoce mi pasión secreta por la trilogía de *La guerra de las galaxias*.

—No creo que tu madre desconozca tu oculto secreto. Recuerda que estuvo mucho tiempo intentando poner orden en tu habitación.

—Sí —dijo sonriendo—, pero sé que puedo confiar en las dos mujeres de mi vida, para que guarden mi secreto celosamente oculto.

—Bueno. ¿Cómo te encuentras?

—Como si me hubiera pasado una semana bebiendo y tuviera resaca.

—¿Así de mal?

—Por algo no he bebido nunca mucho. ¡Cómo puede pagar alguien para sentirse tan mal!

—¿A quién quieres engañar? Tú lo que no deseas es perder tu imagen de niño saludable, y lo sabes.

—¿Saludable yo? Que no te oiga mi productor decir eso. Está convencido de que mi apariencia es la del hombre que empieza a seducir mujeres antes del desayuno, y ya no para en todo el día.

—¿De veras? —bromeó Penny—. Yo siempre te he visto más como el tipo de hombre al que persiguen las mujeres.

—¿Sí? Sigue, sigue —le pidió Brad, con interés.

—Eso es todo. Ya te lo tienes bastante creído.

Brad dio una palmada en uno de los lados de la cama, y Penny se sentó a su lado.

—Creo que aún no te he dado las gracias por ayudarme ayer —le dijo.

—¿Ayudarte? Ese golpe en la cabeza te debe haber atontado, amigo mío. Me temo que yo tengo la culpa de que te encuentres así.

—No fue eso lo que mi padre me contó. Probablemente, nos salvaste a los dos de sufrir una colisión muy seria, quizás mortal.

Penny no sabía qué decir. Miró primero a su alrededor, luego a Brad, y preguntó:

—¿Te ha dicho ya el médico cuando vas a poder salir?

—Con un poco de suerte mañana. Me dijo que me lo tendría que tomar con tranquilidad durante unos días. Como pensaba pasar así la semana, de todos modos, no me va a resultar difícil seguir las órdenes del médico.

—¿Te arrepientes de haber vuelto? —le preguntó Penny, con suavidad.

—No, no me arrepiento. Lo único que lamento es no haber vuelto antes —

contestó Brad.

—¿Por qué dices eso?

—No tiene importancia. Ahora estás locamente enamorada de tu apuesto abogado, y muy pronto te vestirás de pudorosa novia, te casarás y vivirás feliz toda la vida —le cogió una mano y la retuvo entre las suyas—. Tú sabes, Penny, que lo único que he deseado siempre para ti es que fueras feliz. He disfrutado mucho contigo esta semana… la visita al parque, lo bien que nos lo pasamos ayer.

—¿Bien?

—Sí, la mayor parte del tiempo. Vivir esas cosas contigo, por última vez, me ayudaron a despedirme del pasado que compartimos juntos. Necesitaba ese período de transición, antes de verte convertida en la tan adecuada esposa del estimado y honorable señor Duncan —dijo Brad en tono jocoso.

—Ahora, te estás burlando de nosotros.

—No, nada de eso, estoy intentando, con todas mis fuerzas, no envidiar lo que tenéis.

—Ya lo encontrarás algún día.

—Claro que sí —dijo Brad, asintiendo con la cabeza.

—Y la odiaré en cuanto la vea —admitió Penny, con una media sonrisa.

—¿Incluso sin conocerla? —preguntó Brad, arqueando las cejas un poco.

—Sin duda. Siempre tuviste un gusto fatal para las mujeres.

—¿De verdad? —preguntó Brad burlón.

—Sí. ¿O es que ya no te acuerdas de cuando saliste con Diana en segundo de facultad?

—Cómo podría olvidarlo. ¡Diana era una maravilla!

—Ya. Y se acostaba con todos los chicos del campus.

—Bueno, ningún hombre puede considerar haber recibido una educación completa sin una Diana en su vida —dijo Brad con una sonrisa.

—¿Y qué me dices de Beth?

—¿Qué le pasaba a Beth? —dijo Brad, sorprendido—. Creía que te caía bien.

—¿Caerme bien? Me daba lástima. Aún no me explico cómo consiguió aprobar en el instituto y, menos aún, entrar en la universidad.

—Bueno, no era la persona más inteligente que conocíamos, pero era muy dulce.

—Sí, y te adoraba.

—No puedo censurar su buen gusto.

—Ya, sólo su falta de inteligencia.

Callaron un momento, y se echaron a reír.

—Dios mío, ¡te he echado tanto de menos! —dijo Brad apretando la mano de Penny, que aún mantenía entre las suyas—. Nadie me lo ha hecho pasar tan mal, o me ha metido en tantos líos como tú.

—¿ *Moi*? —preguntó burlona—. Creo que te equivocas.

—¿Por qué no viniste a verme nunca a Nueva York, como te pedía en mis cartas?

Penny miró por la ventana. Pensaba en aquellos años.

—Porque todavía estaba demasiado enfadada contigo —le contestó.

—¿Enfadada? ¿Qué había hecho yo para que te enfadaras?

—Me dejaste y te fuiste a Nueva York para seguir haciendo de tu vida un juego.

—¿Eso fue lo que pensaste?

Penny asintió.

—Supongo que siempre pensé que acabarías volviendo a Payton para trabajar con tu padre. Nunca se me ocurrió que cuando hablabas de Nueva York lo hicieras en serio. Pensé que era una más de nuestras conversaciones sobre el momento en que nos descubrían para protagonizar un papel, o en que de suplentes nos transformábamos en primeros actores de la noche a la mañana.

—Todavía puedes conseguirlo, y lo sabes.

—No creo que a Gregory le gustara que su esposa viviera al otro lado del continente.

—Ya entiendo —dijo Brad, tristemente.

Penny se levantó de la cama, y se estiró la falda.

—Te dejo solo para que puedas colorear, cariño. Si te cansas mucho, pídele ayuda a la enfermera.

Brad no se rió. Siguió mirándola y sujetando una de sus manos, que fue soltando poco a poco.

—Te quiero, Penny —dijo tan bajo, que casi no se le oía—. Gracias por formar parte de mi vida.

En los años que le conocía, nunca le había dicho esas palabras. Oírlas, en ese momento, le produjo un cúmulo de sensaciones contradictorias: quería reír, quería llorar, rodearle el cuello con sus brazos, salir corriendo…

—Yo también te quiero, Brad —confesó finalmente.

—Te ha costado mucho hacerme partícipe de ese pequeño secreto —dijo, con un tono bastante severo.

—Tú tampoco has sido muy abierto que digamos —le contestó Penny.

—Ya lo sé. Las palabras de amor son para mí demasiado importantes, como para usarlas a la ligera. Sin embargo, tú eres alguien muy especial en mi vida, y siempre lo serás.

—Tú también lo eres —dijo Penny sin poder controlar las lágrimas que, de repente, inundaban sus ojos.

—Recuerda que siempre estaré a tu disposición si me necesitas. Para eso están los amigos.

Penny no pudo decir una sola palabra más, porque sabía que si lo hacía se pondría en ridículo. Le apretó la mano y salió de la habitación.

Cuando Gregory la llamó aquella noche, Penny le dijo que Brad mejoraba, con mucha rapidez, y que esperaban que le dieran el alta al día siguiente.

—¡Qué buena noticia! —dijo Gregory.

—Sí —le contestó Penny un poco distraída. Se había pasado el día vagando por la casa como alma en pena—. Y a ti, ¿cómo te van las cosas? —preguntó decidida a concentrarse en él.

Gregory empezó a informarla de algunas complicaciones que

había tenido, y Penny se dio cuenta de que sus pensamientos estaban, de nuevo, en otra parte.

Quería a Gregory, no le cabía la menor duda, pero lo que sentía por él era completamente diferente a lo que sentía por Brad.

Se preguntó si podría olvidar algún día lo que sintió al pensar que Brad estaba muerto. No quería volver a sufrir una experiencia tan traumática.

—¿Penny?

—Oh, lo siento, Gregory. Me he distraído.

—No me sorprende —dijo Gregory, tras quedarse un momento en silencio—.

Has tenido muchas cosas en la cabeza últimamente.

—Seguro que no más que tú.

—Bueno, a cada uno nos afectan cosas diferentes, y de diferentes maneras.

Ahora te tengo que dejar. Te veré el viernes por la noche.

—De acuerdo. Cuídate mucho.

—Tú también.

Cuando Penny colgó el teléfono, sintió un extraño desasosiego.

Por un momento deseó poder echarse a dormir, y despertar el sábado por la mañana, a tiempo para la ceremonia. Sentía que ya no podía dominar los nervios que le producía la boda.

Brad llevaba tres días en casa, cuando su madre le dijo que le llamaban por teléfono. Pensó que era Penny para preguntarle cómo se encontraba, aunque normalmente se acercaba a verle. De hecho, le había prometido jugar una partida de ajedrez con él ese día, antes de irse a la iglesia, para el ensayo de la boda.

—Dígame.

—Buenos días, Brad. Soy Gregory Duncan. ¿Cómo te encuentras?

A Brad le sorprendía mucho que el prometido de Penny le llamara por teléfono para interesarse por su salud. Había supuesto que Penny, cada vez que hablaba con su novio, le informaba de su mejoría. Por algún motivo, Brad no creía que Gregory le considerara uno de sus mejores amigos.

—Me encuentro mucho mejor, gracias.

—Me preguntaba si te sentías lo bastante bien como para que nos viéramos en algún sitio. Hay algo que quiero hablar contigo.

—¿Hoy?

—Si es posible sí. Quizás Penny te haya dicho que he pasado toda la semana en San Luis. Acabo de llegar.

—Entiendo —dijo Brad sin pensarlo.

En realidad no entendía nada. Se preguntó por qué le llamaba Gregory, y, sobre todo, por qué quería verle.

—Brad, ¿estás ahí?

—Sí… sí, lo siento. Estaba pensando. De acuerdo, creo que

podríamos vernos en tu oficina, si te parece bien.

—Sí, pásate cuando puedas. Aquí estaré.

Cuando Brad colgó el teléfono, se sentía aún muy confundido. Quizás Penny le hubiera contado su conversación en el hospital, pensó. ¿Le iría a decir que se alejara de su futura esposa? Esto último le parecía un poco dramático, pero pensó que los abogados, al fin y al cabo, estaban acostumbrados a ser un poco dramáticos en los juicios para conseguir lo que querían.

Se tocó la cabeza distraídamente. Una pequeña venda cubría el lugar donde había recibido el golpe. Pensó que quizás fuera el golpe lo que le hacía sentirse tan confundido. Tal vez él fuera Drew Derek, convaleciente aún, tras permanecer en el hospital. Desde luego su visita a casa tenía todos los elementos que se podían encontrar en un serial. Casi podía oír el fondo musical mientras el presentador anunciaba:

—En el capítulo de mañana, quedarán respondidas todas sus preguntas… ¿Qué quiere decirle Gregory a Brad? ¿Sabe Gregory que Brad está enamorado de su prometida y quiere romper el compromiso? ¿Se lo dirá Gregory a Penny? ¿Prohibirán a Brad que vaya a la iglesia por miedo a que quiera impedir que se casen? Continúen en nuestro canal…

Brad meneó la cabeza y pensó que debía haberse tomado esas vacaciones mucho antes, porque estaba volviéndose loco.

Brad no había visto nunca el edificio donde Gregory Duncan tenía el bufete, y estaba impresionado. Su oficina era aún más impresionante. Le recibió una mujer de mediana edad.

—¿Desea algo? —le preguntó amablemente.

—Me llamo Brad Crawford, y quisiera…

—Ah, sí, señor Crawford. El señor Duncan me pidió que le hiciera pasar en cuanto llegara.

Se levantó y le guió por un pasillo lleno de libros de Derecho. Al final del corredor había una puerta y llamó.

—El señor Crawford está aquí —anunció dejando pasar a Brad.

El despacho hacía esquina, y dos de sus paredes estaban prácticamente acristaladas. Como el edificio se encontraba a las afueras del pueblo, desde las ventanas se veían praderas, onduladas colinas y a lo lejos el río.

—Estoy impresionado —dijo Brad desde la puerta.

Gregory se puso en pie, cuando Brad entró, y se dirigió a él rodeando su enorme mesa de despacho. La oficina era lo bastante grande como para albergar una cancha de baloncesto. Todos los muebles, los accesorios y el hombre bien vestido que se dirigía a él emanaban dignidad y riqueza. Se sintió estúpido al recordar haber dicho a Penny que Gregory podía querer casarse con ella por su dinero.

Probablemente podría comprar y vender a los Blackwell con el dinero que tenía para gastos menores.

Gregory le dio la mano y dijo:

—Te agradezco mucho que hayas venido tan rápidamente —le señaló una de las sillas que había delante de su mesa—. Toma asiento, por favor.

—Bueno, no he tenido muchos compromisos esta semana —dijo Brad con un tono desenfadado.

—Estoy seguro de que Penny te habrá hecho compañía durante tu convalecencia.

Brad intentó entrever algo en esa afirmación: sarcasmo, ironía, rabia, celos; pero no pudo. Había sido una afirmación sin doble sentido. Brad volvió a mirar al hombre maduro que se sentaba tras la mesa.

—Sí. ¿Te molesta? —le preguntó, arqueando ligeramente una ceja.

—Al contrario —dijo Gregory, con una media sonrisa—. Lo suponía. Por eso te he llamado. Tengo que decirte algo.

Brad esperó a que Gregory siguiera hablando. Se sentía como si estuviera representando una obra y no recordara el texto. Gregory apoyó las manos en el dietario que tenía delante, estrechó las manos y miró a Brad fijamente a los ojos.

—Estás enamorado de Penny, ¿verdad? —le dijo.

«Tal como me imaginaba», pensó Brad. «Gregory va a intentar apartarme de la vida de Penny». Brad deseó poder encontrar la situación más divertida, y se preguntó cómo podría convencerle de que, aunque quería a Penny, nunca haría nada para tratar de impedir su boda con él. Intentó encontrar las palabras adecuadas, y finalmente se encogió de hombros y admitió:

—Sí, lo estoy; pero se va a casar contigo.

—Te equivocas —dijo Gregory, tranquilamente.

Brad estaba convencido de que no oía bien. Quizás el golpe en la cabeza…

—¿Cómo has dicho?

—Ya me has oído.

—Claro que te vas a casar con Penny. El ensayo de la boda es esta noche, y mañana…

—Estaré en California. Esta mañana he descubierto dónde se encuentra un testigo clave, y me voy esta noche para tomarle declaración.

—Pero… ¿y la boda?

—¡Ah, sí, la boda! —se echó hacia atrás, y se colocó las manos detrás de la cabeza—. Una situación muy interesante, ¿verdad? Los dos hombres que aman a Penny discuten por una boda que no va a celebrarse.

—¿No podrías aplazar la toma de declaraciones, o lo que sea? Estoy seguro de que Penny es más importante…

—Comprendo tu preocupación. Ahora tú tienes que entender la mía: He pensado mucho durante esta semana, y he llegado a la conclusión de que Penny me ha engañado seriamente.

—¿Qué estás diciendo? Penny no miente.

—Yo no he dicho eso —respondió Gregory.

Brad se encontraba en ese momento ante el abogado, y se dio cuenta de que podía ser un terrible enemigo.

—Cuando conocí a Penny —continuó Gregory—, pensé que era la esposa perfecta para mí; pero la he conocido mejor, y he cambiado de opinión.

—¿Qué quieres decir con eso?

—He pensado que cometería una gran equivocación casándome con Penny.

—¿Por qué? —preguntó Brad.

—Durante un año, he salido con la callada, organizada y serena mujer que conocía como Penny Blackwell; pero en tres días, y como resultado de tu presencia, se ha transformado en una mujer voluble y apasionada, completamente desconocida para mí. Yo no me siento a gusto con esa persona, y no hay lugar en mi vida para ella. Creo que es a ti a quien tengo que agradecer la transformación. La verdad es que me he librado por los pelos.

—¿Qué diablos estás diciendo? —preguntó Brad, poniéndose en

pie—. ¿Tienes que esperar hasta la víspera de la boda para darte cuenta de que no conoces a la mujer con la que te vas a casar, y decidir, por tanto, no seguir adelante con la boda?

¿Cómo puedes hacerle algo así a Penny? Y, ¿cuándo se lo vas a decir?

—No se lo voy a decir.

Brad nunca había sentido tantas ganas de asesinar a alguien como en ese momento. Gregory le estaba diciendo, con toda tranquilidad, que pretendía destrozar la vida de Penny sin ni siquiera molestarse en comunicárselo.

—Eres un verdadero hijo de p…

—Sí, tal vez lo sea. Sin embargo no he llegado a mi edad, o adquirido la experiencia que poseo en la actualidad, siendo quijotesco y alocado. No creo que Penny sepa muy bien lo que siente por mí. Sienta lo que sienta, dudo que sea lo que yo deseo de mi esposa, por lo tanto, es mejor romper ahora.

Gregory observó al joven, como evaluando la manera en que podría reaccionar a sus palabras. La respuesta de Brad fue inmediata.

—Tienes mucha sangre fría, ¿verdad? No te preocupa lo que le vas a hacer a Penny, y cómo la vas a herir. No se ajusta al ridículo modelo de mujer ideal, que pareces tener, ¡y por eso la vas a abandonar a la puerta de la iglesia!

—No pretendo ser tan dramático. Eso te lo dejo a ti. Es tu especialidad.

—Si no tienes intención de decirle que has cambiado de opinión, ¿cómo demonios se va a enterar?

Gregory le miró y le sonrió, deliberadamente.

—Porque tú se lo vas a decir. ¿Por qué crees que te pedí que vinieras?

—¿Yo? ¿Estás loco? No soy yo quien tiene que…

—Eres amigo suyo, ¿no?

—¡Maldita sea! Tienes razón. Soy amigo suyo, pero…

—Seguro que preferirá que le des tú la noticia.

—¡Te equivocas! Preferirá que se lo digas tú.

—Lo dudo mucho —dijo Gregory, secamente.

—Bueno, por supuesto, a ninguna mujer le gusta que le digan, la víspera de la boda, que ya no se van a casar con ella.

—Desde luego.

—De todos modos, no es asunto mío. Es algo que tenéis que solucionar entre Penny y tú —protestó Brad.

—Ya no. Estaré aquí sólo el tiempo indispensable para recoger unos papeles que necesito. El modo en que quieras solucionar este asunto es cosa tuya.

—Bueno, muchas gracias por nada. ¿Cómo demonios puedo ayudarla a afrontar algo parecido? —preguntó Brad.

—Siempre te queda la posibilidad de ocupar mi lugar en la iglesia mañana —

dijo Gregory, acariciándose la barbilla con aire pensativo.

Capítulo 6

Cuando Brad llegó a casa, sentía que la cabeza le iba a estallar. Ni siquiera recordaba el momento en que dejó la oficina de Gregory Duncan, ni como condujo hasta casa. Toda su atención se había concentrado en el intenso dolor de cabeza, hasta que se dio cuenta de que estaba sentado en su habitación mirando a la pared.

Tenía que encontrar a Penny y decírselo; pero se preguntaba cómo iba a hacerlo. Maldijo a Gregory por ser tan insensible como para dejar a alguien plantado el día de la boda y se dijo que aquello rompería el corazón a Penny. Hizo acopio de fuerzas y decidió ir a hablar con ella, pero antes entró en la cocina.

—Te duele la cabeza, ¿verdad? —le dijo su madre al verle—. ¿Por qué no te acuestas y descansas un rato?

Brad se volvió, y ese brusco movimiento hizo que en su cara se dibujara una mueca de dolor.

—Tengo que ir a hablar con Penny —le dijo.

—Debe estar a punto de llegar. ¿Por qué no descansas un poco mientras tanto?

Brad pensó que era una buena idea. Se tomaría alguno de los medicamentos que el médico le había recetado antes de salir del hospital. No los había utilizado antes; pero en este momento estaba dispuesto a hacer cualquier cosa para sentirse mejor.

Se tomó las pastillas y esperó a que Penny llegara.

«Dios mío, Penny», pensó, «ojalá no tuvieras que pasar por esto».

Cuando Penny se pasó por allí, para ver si aún quería jugar al ajedrez, Brad dormía. Su madre le dijo que había salido un rato y que tal vez se había esforzado mucho. Ella le comentó también que Brad quería verla; pero las dos estuvieron de acuerdo en que sería mejor dejarle descansar.

Penny tenía demasiadas cosas en que pensar. Gregory no la había llamado desde el lunes por la noche y le extrañaba. Tampoco sabía si había vuelto ya, y se preguntó qué pasaría si llegaba tarde al ensayo, o lo que era peor, si no podía ir.

No debía pensar algo así. Estaba segura de que llamaría si se retrasase demasiado. Gregory era un hombre honrado y formal. Penny pensó que si no hubiera estado tan ocupada toda la semana,

no estaría tan nerviosa en ese momento.

Se dijo que todo estaba bajo control. Vería a Gregory esa noche y los dos se reirían de su necedad.

Su madre decidió no asistir al ensayo, y Penny se fue sola, porque su padre iba a ir directamente desde la oficina.

Llegó todo el mundo, excepto Gregory, y el padre Wilder sugirió empezar sin él.

—Después de todo, el novio no tiene que hacer mucho —bromeó—. Y es así, porque normalmente está demasiado nervioso para pensar en algo.

Todos rieron cortésmente, y después siguieron las indicaciones que les iba dando.

—¿Has hablado con Gregory hoy? —le preguntó su padre, mientras esperaban su turno para avanzar por el pasillo lateral.

—No —contestó Penny.

—Espero que no haya ningún contratiempo.

—Yo también. Probablemente haya salido tarde y todavía esté en camino.

—Bueno, podría haberte llamado para decírtelo.

—También yo lo he pensado, papá —dijo mirando a su padre de reojo.

—Lo siento —la intentó tranquilizar con una sonrisa, al tiempo que le acariciaba el brazo—. Supongo que estoy más nervioso que tú, porque el novio no aparece.

—No te creas; pero no quiero que nadie se dé cuenta. En este momento estoy haciendo una demostración de mi maravilloso talento como actriz.

Entonces el reverendo Wilder les hizo señas con la mano para que avanzaran por la nave lateral, y no pudieron volver a hablar a solas.

Cuando se despertó, Brad notó, aliviado, que la cabeza le dolía mucho menos; pero también se dio cuenta de que era de noche. Quiso levantarse en seguida, pero al hacer ese repentino movimiento, sintió un dolor que le recordó que aún no estaba curado.

Cuando llegó a casa de los Blackwell, Helen le dijo que Penny no estaba, pero que podía esperarla si quería, porque no creía que tardase.

Brad estaba demasiado nervioso como para sentarse a charlar. Tenía que hablar con Penny en privado. Nadie sabía lo que ella decidiría hacer después. Pero desde luego no era asunto suyo informar a su madre o a cualquier otra persona.

Brad se pasó las horas que siguieron ensayando lo que iba a decir.

—«Cásate tú con ella» —le había dicho Gregory, y esas palabras le venían una y otra vez a la cabeza.

Sólo había un problema para poner en práctica esa idea: Penny no quería casarse con él, porque estaba enamorada del sinvergüenza de Gregory. El infame y arrogante imbécil al que no le había preocupado el ridículo y la humillación que iba a sentir Penny en la iglesia delante de todo el mundo, cuando el novio no apareciera.

Se preguntó qué iba a hacer a esas alturas, cómo iba a llamar a todas las amistades para explicárselo, y qué era lo que iba a decirles. No entendía como podía haber hecho Gregory Duncan eso a Penny. Pensó que si la hubiese querido un poco, habría hablado con ella, en persona o al menos por teléfono. En último extremo, podía haberle escrito una carta.

Brad se preguntó por qué demonios le había escogido a él para darle la noticia a Penny.

Él era su amigo y Gregory sabía que haría todo lo posible por protegerla, que incluso se casaría con ella si así la podía ayudar.

Brad se preguntó si realmente eso serviría de algo. Desde luego no podía empeorar las cosas. Por lo menos la boda seguiría adelante, como ella lo había planeado, banquete incluido. En cuanto a la luna de miel, Brad dudaba mucho que Penny quisiera irse con él. Intentó no pensar en una luna de miel donde los dos pudieran estar juntos, legalmente casados, porque si lo pensaba mucho se volvería loco.

Tal vez entre los dos encontraran la manera de que ella no se sintiera abandonada y olvidada. Brad pensó que mientras estuviera él cerca, Penny no tendría nunca ningún motivo para sentirse así.

Ralph y Penny llegaron casi al mismo tiempo. Su madre le dijo que Brad la había estado esperando y que Gregory no había llamado.

Miró la hora. Eran casi las once, demasiado tarde para ir a ver lo que quería Brad. Sus padres se fueron a la cama porque sabían que

deberían estar descansados para el día siguiente.

Penny pensó en llamar a Brad. Necesitaba hablar con alguien, pero se dio cuenta de que no con cualquiera. Le necesitaba a él. Era la única persona con la que sabía que podía compartir sus temores sin miedo a que se riera.

Pero la madre de Brad le dijo que aún le dolía bastante la cabeza y era mejor dejarle descansar.

Penny pensó que ya le vería al día siguiente en el banquete y charlarían antes de que Gregory y ella se fueran de viaje de novios, al lugar desconocido donde Gregory había planeado llevarla. En cuanto Brad volviera a Nueva York su vida volvería a la normalidad.

Sabía que él no tenía del todo la culpa del desasosiego que había sentido durante toda la semana. Brad parecía simbolizar una cierta libertad, a la que ella, voluntariamente, estaba renunciando al casarse con Gregory, y se sentiría más a gusto cuando no estuviera cerca para recordárselo.

Subió las escaleras silenciosamente y entró en su habitación sin encender la luz, cogió el camisón y se fue al cuarto de baño, donde procedió a ducharse y secarse el pelo, como hacía todas las noches. Pensó que debía recordar dejar en agua las lentillas porque no quería que le molestaran durante el viaje. «Gracias a Dios sé ir a la cama con los ojos vendados», pensó con una sonrisa, y reflexionó sobre lo mucho que dependía de las lentes de contacto.

Apagó la luz y se dirigió a la cama. Cuando casi había llegado, sintió una mano en su brazo y una voz que le decía:

—No te asustes…

Empezó a gritar pero le taparon la boca con firmeza.

—¡Por amor de Dios, Penny! ¡No soy un violador! ¿Qué te pasa?

Penny reconoció a Brad en cuanto le oyó hablar, pero no pudo evitar dar un chillido. En cuanto sintió que se había tranquilizado le quitó la mano de la boca.

—¿Estás bien? No te he hecho daño, ¿verdad? —le preguntó sin levantar la voz.

Brad encendió la lámpara de la mesita de noche. La luz les hizo parpadear.

—¿Por dónde has entrado? —susurró Penny.

—Por el mismo sitio de siempre. ¿No te acuerdas? Por la

ventana —dijo mostrándole la ventana abierta, y el roble por el que había trepado.

—Espero que lo que me tengas que decir sea importante. ¿No podías haber esperado hasta mañana? Casi me matas del susto.

Penny deseó poder verle mejor la cara. No sabía qué expresión tenía. Se sentó en el borde de la cama y le miró enfadada.

—¡Pero si llevas puesta mi vieja camiseta de jugar al fútbol! —exclamó Brad.

—¿Acaso te has jugado el cuello trepando por ese viejo árbol para desrizarte por mi ventana y decirme eso? —preguntó incrédula.

—Claro que no. Lo que pasa es que no sabía que aún la conservabas, eso es todo.

—Tengo guardadas todas las que me diste —dijo con un suspiro—. Son muy cómodas para dormir. Llevo años usándolas.

Brad no pudo evitar sonreír, pero Penny no pareció darse cuenta. La observó más de cerca, y se dio cuenta de que parecía que no le miraba. Tenía los ojos puestos en él, pero no le veía. Le miraba de la forma vaga en que solía hacerlo cuando…

—No llevas puestas las lentes de contacto, ¿verdad? —preguntó, al darse cuenta, de repente, que parecía distinta.

Penny empezó a sentirse desconcertada. Brad estaba muy raro esa noche.

Entonces recordó que había sufrido un accidente y llegó a la conclusión de que aún no estaba recuperado del todo, y de que quizás el golpe en la cabeza le había dejado secuelas.

«¡Qué horrible!», pensó, «tal vez haya sufrido daños en el cerebro que empiecen a manifestarse ahora».

Penny se levantó y se acercó a él. Le puso la mano en el brazo, y le dijo con voz dulce:

—No pasa nada, Brad. Tengo que meterlas en agua una vez a la semana para que se mantengan limpias.

Penny le convenció para que se sentara en la cama, y empezó a acariciarle la mano.

—Me alegro mucho de que hayas venido a verme, Brad. Siento mucho no haber podido charlar contigo durante los dos últimos días —le miró preocupada—.

Supongo que todavía te duele la cabeza.

Brad sintió un casi incontrolable deseo de estrecharla entre sus brazos. Allí estaba ella, tan preocupada por él y sus problemas, sin saber lo que había sucedido en su vida.

La quería tanto. Se merecía de verdad que la trataran mejor. De no haber estado tan impresionado cuando Gregory le habló de sus intenciones, le habría dado un puñetazo. ¡Hubiera sido gracioso ver aparecer al señor Duncan en California, dispuesto a tomar declaración a un testigo, con un ojo morado! Se merecía eso y más.

Penny le pasó la mano por la frente para comprobar, sutilmente, si tenía fiebre.

—¿Por qué no te vas a casa a descansar? Los dos estamos agotados —sonrió—.

No estaría bien que la novia apareciera pálida y cansada mañana. ¿No te parece?

En la cara de Brad se dibujó un gesto de dolor al oír las palabras de Penny, y agradeció el que no pudiera verle mejor. Así no se daría cuenta de lo angustiado que estaba.

—Bueno, de eso precisamente quería hablarte —consiguió murmurar finalmente.

Su voz sonaba tan suave y vacilante que alarmó más aún a Penny. No era el Brad que ella conocía. Lamentó no haber tenido tiempo de visitarle en los últimos días para ver cómo se encontraba; sin embargo creía que estaba mejorando. Su madre no le había dicho que hubiera pasado nada fuera de lo normal. Se preguntó qué podía haberle ocurrido para presentar esos alarmantes síntomas.

—¿Quieres hablar de lo de mañana, Brad? —preguntó, quitándole la importancia que pudo.

—Sí.

—De acuerdo —dijo Penny al ver que no añadía nada más.

Brad la miró fijamente y pensó en el tiempo que habían pasado juntos. Ya no recordaba las veces que había trepado por el roble para deslizarse a la habitación de Penny. También ella había utilizado el árbol para escaparse de casa y encontrarse con él en algún sitio.

La inocencia de la juventud. Ninguno de los dos había pensado nunca que pudieran estar haciendo nada malo, cuando trepaban el uno a la habitación del otro.

Era sólo un juego. Sus mejores aventuras las habían planeado

sentados al borde de la cama, con las piernas cruzadas, dejando volar su imaginación, como las cometas en el cielo.

Brad tuvo que admitir que en ese momento todo era diferente. Se daba cuenta de que ya no eran niños. Incluso sin maquillaje y con el pelo recién cepillado, se veía que Penny ya no era una cría. La vieja camiseta de jugar al fútbol no podía disimular sus curvas de mujer o esconder sus bien formadas piernas. Brad sintió cómo una oleada de amor inundaba su cuerpo, hasta el punto de hacerle temblar.

Se preguntó cómo se atrevía Gregory Duncan a hacerle daño a ella, que nunca le había causado mal a nadie, y que jamás veía maldad alguna en la gente. Incluso en ese momento, pensaba Brad, Penny confiaba por completo en un hombre que era demasiado cobarde para decirle que no se iba a casar con ella al día siguiente.

—¿Qué me quieres decir sobre mañana? —le insistió Penny suavemente.

Por un momento Penny se preguntó si no debería ir a buscar a sus padres o a los de Brad para que le llevasen al hospital. Tal vez se le hubiera descolocado algo dentro de la cabeza y por eso se comportaba de esa forma tan rara.

—La boda —acertó a decir mientras buscaba, con desesperación, las palabras apropiadas.

—Eso es, Brad —le dijo con el mismo tono tranquilizador que llevaba ya un rato utilizando—. Mañana es la boda y me voy a casar.

—No, tú no te vas a casar —dijo con esfuerzo.

—¿Ah, no?

—No.

—Ya. ¿Y por qué no me voy a casar?

Se la veía tan tranquila, como si le estuviera siguiendo la corriente. Brad pensó que se debía a lo nerviosa que había estado durante toda la semana.

—Porque Gregory no va a casarse contigo.

Ya estaba. Por fin se lo había dicho. Esperó su reacción. Sabía que el resto de la noche sería un infierno. Al principio, seguramente, no lo querría admitir, luego lloraría y se enfadaría… Brad pensó que eso le vendría bien, porque así se desahogaría. Pensaba sufrirlo todo a su lado y apoyarla en lo que decidiera hacer

a la mañana siguiente. Si quería que se casara con ella, lo haría. Para eso estaban los amigos, para ayudarse cuando lo necesitan.

Lo que no se esperaba era esa actitud tranquila con la que pareció recibir la noticia.

—¿Y por qué no va a casarse Gregory conmigo? —preguntó en tono desenfadado.

—¿Por qué? —repitió Brad sin saber qué decir—. Bueno… tiene algo que ver conmigo… creo… no estoy seguro.

—Brad, ¿todavía te sientes culpable por haber querido romper nuestro compromiso? —le preguntó, creyendo entenderlo todo de repente.

Penny cogió a Brad por la cintura y, cariñosamente, apoyó la cabeza en su pecho.

—¡Oh, pobrecito mío! Estábamos hablando de eso justo antes del accidente. Te debe haber estado obsesionando toda la semana.

Penny levantó la mirada, sin poder ver cómo le brillaban los ojos a Brad.

—Brad, cariño, ya te he perdonado. Por favor, entiéndelo, nadie te lo va a echar en cara. Además te preocupaste de decírmelo y te lo agradezco.

Volviendo a apoyar la cabeza en su pecho, continuó:

—Ahora, quiero que te vayas a casa y descanses, ¿de acuerdo? Te agradezco mucho que hayas venido esta noche, pero no quiero que te preocupes por nada, ¿me oyes?

Así apoyada, podía oír los latidos de su corazón. Penny sintió cómo producía el mismo sonido que un pájaro golpeando las alas contra su jaula. Le entraron ganas de llorar al pensar qué estaría pasando por esa pobre y confusa mente en ese momento.

Sin duda estaba preocupado por ella. A pesar de lo mal que se sentía, seguía pensando en ella.

—Penny, no lo entiendes —le dijo con voz ahogada.

Penny se levantó y le besó suavemente en los labios. Estaba segura de que Gregory entendería por qué estaba besando a otro hombre la víspera de su boda.

Sólo quería hacer que Brad se sintiera bien. Tenía que procurar que se calmara hasta que pudiera conseguirle ayuda.

Brad la abrazó con pasión y se quedó agarrado a ella como si se estuviera ahogando. Durante todas las horas en que había sufrido

pensando cómo decírselo, nunca imaginó que no le creería.

Brad no lo entendía. Se preguntó si Penny confiaba tanto en Gregory Duncan que sólo le creería cuando a la mañana siguiente fuera a la iglesia y viera que el novio no estaba allí.

Brad pensó en lo pequeña que parecía a su lado, y en lo vulnerable que era.

Penny no tenía ni idea de lo que debería afrontar al día siguiente, a no ser que él siguiera el consejo que le había dado Gregory, y le sustituyera como novio en la boda.

«Tal vez por eso me lo dijo a mí en vez de a Penny», pensó Brad. «Quería darme la oportunidad de casarme con ella. Pero, ¿cómo puedo explicárselo?»

—Penny.

—¿Hmm?

—Te quiero.

—Me alegro mucho —le dijo sonriendo, con la cabeza apoyada en su hombro.

—Te estoy hablando en serio. Quiero casarme contigo.

Penny levantó la cabeza de golpe y le miró fijamente.

—Por favor, Brad. No digas esas cosas.

—Te lo digo de verdad. Gregory no se va a casar contigo, pero yo sí.

—Brad, por favor. No nos hagamos daño. Ya es demasiado tarde para nosotros.

¿Es que no te das cuenta? Quizá si hubiésemos tenido esta conversación antes de que te marcharas a Nueva York, las cosas habrían sido diferentes —se echó un poco hacia atrás, le puso las manos en el cuello, y le empezó a acariciar la línea de la mandíbula

—. Yo no puedo echarme atrás, Brad. Tal vez si no hubiera conocido a Gregory y hubiera sabido lo que sentías por mí… —se quedó callada un momento como si esperara que él lo entendiera—. Es demasiado tarde para nosotros —dijo finalmente, con mucha suavidad.

—No, no lo es. Créeme.

—¡Oh, Brad! ¡Ojalá que la vida no fuera tan complicada! —se levantó de la cama y se puso de pie frente a él—. Ahora vete a casa y olvidemos que hemos tenido esta conversación. Será un secreto entre tú y yo, uno más de los que hemos compartido.

Brad permaneció sentado mirándola fijamente. Había intentado decírselo, de hecho se lo había dicho; pero por razones desconocidas para él, Penny no le había creído. Sus posibilidades en este momento se encontraban bastante limitadas.

La cuestión era el modo en que reaccionaría Penny al día siguiente, cuando descubriera que Gregory no estaba allí, y si entonces le permitiría ocupar el lugar de su novio.

Como conocía a Penny, en seguida se dio cuenta de que no le dejaría hacerlo.

Pensaría que se casaba con ella por pena, para evitarle una humillación mayor.

Sin embargo, no era piedad lo que sentía por esa mujer, sino algo mucho más fuerte.

Necesitaba tiempo para explicárselo, para hacérselo comprender; pero esa noche no parecía dispuesta a escucharle. Sabía que había estado muy nerviosa durante toda la semana, y la tensión podía afectar a la gente de forma extraña.

La oleada de amor que sintió por la mujer que se encontraba delante de él, le ayudó a tomar una decisión: haría lo que fuera necesario para protegerla de una situación que ella no había provocado.

Brad se puso de pie y sonrió a Penny.

—Todo va a salir bien, cariño. Yo me encargaré de ello.

Ella asintió y se alegró al ver que parecía calmarse.

Echó para atrás la ropa de cama, y la ayudó a acostarse, como si estuviera impedida. Ella lo dejó hacer, dócilmente. No había razón para disgustarle. Estaba claro que no era peligroso, sólo un poco irracional. Con suerte se le pasaría dentro de algunas horas y seguro que no le llevaría más de unos días recuperarse. Penny rezó para que fuera así.

—Voy a traer un vaso de agua —le dijo, como si se le hubiera ocurrido una idea brillante—. Te ayudará a dormir.

Se dio la vuelta y entró en el cuarto de baño. Penny oyó el agua correr y luego volvió a ver aparecer a Brad.

—¿De verdad me ayudará a dormir? —le preguntó, pensando que estaba confundiendo el agua con la leche caliente.

Le dio el vaso de agua, con mucho cuidado, y Penny, sumisamente, bebió un sorbo.

—Y ahora no te preocupes de nada, ¿me oyes? —le dijo Brad en tono apremiante—. Todo va a salir bien. Ya sabes que siempre me tendrás a tu lado para ayudarte.

—Sí —asintió Penny con un movimiento de cabeza.

Brad se inclinó y le rozó los labios suavemente con los suyos.

—Creo que saldré por la puerta de atrás, en vez de bajar por el árbol, si no te importa —sugirió.

—¡Sí, claro! ¡Por amor de Dios, no quisiera que te resbalaras y te cayeras! ¡Tu cabeza ya se ha llevado bastantes golpes por esta semana!

Se sonrieron, contentos de haber conseguido algún tipo de entendimiento armonioso.

Penny se quedó escuchando, hasta que oyó el apagado sonido de la puerta trasera al cerrarse, y con un suspiro apagó la luz.

En ese momento, no sólo le preocupaba que su novio apareciera o no la mañana de la boda; sino que temía, también, que su mejor amigo pudiera tener alguna lesión cerebral que no se hubiera manifestado hasta entonces.

Capítulo 7

—Buenos, cariño —le dijo Helen a su hija—. Como es el último día que estás con nosotros, te he traído el café a la cama.

Penny se puso boca arriba y, atontada, la miró. Su madre estaba reprimiendo los deseos de llorar que sentía al pensar que, finalmente, su hija se marchaba de casa.

«A fin de cuentas», pensó Penny divertida, «debería consolarse pensando que pocas mujeres están viviendo todavía con sus padres a los veinticinco años».

Se incorporó y apoyó la almohada contra la cabecera de la cama.

—Gracias, mamá —le dijo tomando un sorbo de café de la taza que tenía entre las manos.

Su madre se sentó en un extremo de la cama y dijo:

—Me siento tan ridícula comportándome de este modo, cuando ya hacía meses que sabía que te ibas a marchar.

—Es verdad —dijo Penny con una sonrisa—, pero te entiendo, porque yo también tengo ganas de llorar.

—¡Sin embargo, me siento feliz por ti! ¿Sabes, Penny?, me tenías un poco preocupada. Me alegro mucho de que decidieras hacer caso a tu corazón y seguir adelante a pesar de todo —le dijo Helen con el rostro radiante—. Quiero que sepas que estoy muy orgullosa de ti.

Penny miró a su madre confundida. ¿De qué estaba hablando? « ¿Hacer caso a mi corazón? Es demasiado temprano para tratar de resolver juegos de palabras», pensó moviendo la cabeza.

—El desayuno estará listo dentro de unos minutos, cariño —se inclinó para besarla—. Ya sé que estás nerviosa; pero tienes que comer algo antes de que vayamos a la iglesia.

—Ya lo sé, mamá.

Su madre le sonrió desde la puerta.

—No me lo puedo creer. Lo que más deseaba en el mundo se va a hacer realidad.

Penny miró fijamente a la puerta sin entender nada. ¿Qué había querido decir con eso de «lo que más deseaba en el mundo»? ¿Quería su madre utilizar la habitación para algo? De lo contrario, ¿por qué se sentía, de repente, tan feliz, al tiempo que se lamentaba

porque se marchaba de casa?

Se encogió de hombros y pensó que los nervios de la boda debían estar afectando a su madre, porque normalmente era muy sensata y razonable.

Penny descubrió que el comportamiento de su padre tampoco tenía mucho sentido. Entró dando saltos en la cocina donde ella trataba de tomarse el desayuno que le había preparado su madre, y la abrazó.

—¡Mi querida Penny! Eres sencillamente maravillosa. Todavía no puedo creerlo. ¡Estoy tan orgulloso de ti! No voy a perder una hija, sino que por fin voy a tener el hijo que siempre deseé.

Penny le miró mientras se servía una taza de café y se sentaba con ella a la mesa.

—Todavía no puedo creerlo —repitió Ralph, sonriendo abiertamente—. Os vais a casar esta misma mañana. ¡Es increíble!

Tal vez su padre se hubiera trastornado un poco durante los últimos meses. No encontraba otra explicación a que le pareciera tan increíble que se fuera a casar ese día. Siempre había sido cortés y cordial con Gregory; pero Penny nunca había visto a su padre tan encantado con su futuro yerno. Se alegraba de verle aceptar la idea de la boda con tanto entusiasmo.

Penny y sus damas de honor tenían pensado ponerse los vestidos en la iglesia, así que sólo tenía que maquillarse y peinarse antes de salir de casa. Obedientemente, se tomó el desayuno y, sin apresurarse, se dirigió al piso de arriba. Sabía que disponía de bastante tiempo antes de salir.

No llevaba mucho en el cuarto de baño, cuando desde la puerta, mientras intentaba que el pánico no se apoderara de ella, llamó a su madre.

—Mamá.

—¿Qué quieres cariño? —respondió Helen desde el piso de abajo con voz risueña.

—No me gusta tener que molestarte; pero… no encuentro las lentes de contacto

—dijo Penny desde el pasillo—. Anoche estaban aquí, metidas en agua, pero ahora no las veo donde las había dejado —y se volvió a la habitación.

—No me sorprende que te pasen estas cosas. Seguro que estabas

tan nerviosa que no te diste cuenta de dónde las dejabas.

—Ojalá no estuviera tan cegata —murmuró Penny.

Por un momento se preguntó cuántas veces a lo largo de los años, había dicho o pensado eso mismo. Siguió a su madre al cuarto de baño. Se sentía frustrada e impotente. Helen empezó a mover cosas alrededor de la repisa del lavabo, y después hecho una ojeada a los armarios que estaban encima de él.

—¿Las encuentras? —preguntó Penny esperanzada.

Helen miró a su alrededor confundida.

—¿Estas segura de habértelas quitado? No las veo por ningún lado.

—Claro que estoy segura, mamá. Las dejé en agua destilada. Créeme, sé muy bien cuándo las llevo o no.

Helen movió la cabeza.

—Bueno, pues no están aquí, Penny.

Penny sintió que el pánico, que había intentado controlar, se apoderaba de ella.

—¿Qué quieres decir con que no están ahí? —gritó—. ¡Tienen que estar! A lo mejor se cayeron al suelo.

Penny se arrodilló y, a tientas, empezó a buscar las lentillas. Helen se unió a ella, y no dejaron ni un centímetro del suelo del baño sin explorar.

—Aquí no están, Penny —dijo Helen, finalmente.

Penny y ella se miraron. Estaban tan cerca que sus narices casi se tocaban. Poco a poco empezaron a darse cuenta de lo grave que era la desaparición de las lentes de contacto.

—¿Y ahora qué voy a hacer? —preguntó Penny con voz suplicante, deseando recibir una respuesta tranquilizadora.

—No lo sé —Helen se levantó y miró a su alrededor como si esperara que las lentillas aparecieran de repente ante ella—. ¿Por qué no te pones las gafas?

—¡Mamá! —se lamentó Penny, a punto de llorar—. ¡Llevo años sin revisar la graduación! —entró en la habitación y miró a su alrededor descorazonada—. Ni siquiera sé dónde están.

Penny se dejó caer en un extremo de la cama, con la cara entre las manos.

—¡Oh, Dios mío! ¿Qué voy a hacer?

Helen se sentó al lado de su hija.

—Bueno, para empezar, tranquilízate. ¿Y qué pasa si no ves bien? —dijo. Helen la animaba, intentando que su voz sonara como si Penny se preocupara por una tontería—. Llamaremos para que te envíen otro par. Seguramente tendrás que estar sin ellas sólo unos días.

—¿Y hoy qué? —preguntó Penny.

Helen se dio cuenta de que su hija estaba a punto de desmoronarse.

«Pobrecilla», pensó, «con las cosas que le han pasado y lo bien que las ha llevado. No permitiré ahora que se derrumbe por algo tan insignificante».

—Yo te maquillaré, te peinaré y te ayudaré a vestirte —se echó a reír y continuó

—. Y tu padre te va a llevar del brazo hasta el altar. Después puedes utilizar a tu recién estrenado marido como perro lazarillo, un día o dos. ¡No creo que tenga el más mínimo inconveniente!

Penny pensó que aquélla no era la mejor forma de empezar un matrimonio. Y

se preguntó por qué no se había hecho otro par de lentillas para utilizarlas en casos de emergencia. Seguía sin saber lo que había hecho con ellas. Estaba tan distraída la noche anterior, que no le extrañaría nada haberlas puesto en el tarro de la crema o en el frasco del tónico.

Penny intentó que la pérdida de las lentes de contacto no estropeara sus preparativos. Al menos podía ver los contornos de las cosas, así es que no se chocaría contra las paredes ni las puertas. Además sus padres parecían estar lo suficientemente animados como para ayudarla en lo que hiciera falta. Si no les conociera tan bien, diría que ya se habían tomado unas cuantas copas de champán.

El tiempo se le pasó muy deprisa, una vez que llegaron a la iglesia. Mientras se vestían, sus amigas reían y le gastaban bromas, y de vez en cuando alguna salía y les iba informando de cómo se iba llenando la iglesia. Al parecer se estaba poniendo hasta los topes.

Antes de salir de casa, Penny se había escabullido un momento para llamar a Gregory por teléfono. No le contestó nadie. Pensó que habría salido pronto, o incluso que habría ido a la oficina para

hacer alguna comprobación final. Cabía también la posibilidad de que se hubiera entretenido en San Luis y estuviera en camino, tratando de llegar a tiempo para la ceremonia. De todos modos no entendía por qué no la había llamado.

Penny sabía que podría calmar sus temores simplemente preguntándole a alguien si Gregory había llegado, pero le habían tomado tanto el pelo la noche anterior, con la desaparición del novio, que no quería darles la satisfacción de que vieran que estaba preocupada.

De todos modos lo sabría pronto, porque no podrían empezar sin él.

Decidió esperar e intentar tranquilizarse. Después de todo, era el día de su boda. El día que había estado esperando durante meses. La razón por la que Brad había…

¡Brad! ¡Se le había olvidado comentar a sus padres lo raro que había estado la noche anterior! ¿Cómo se le podía haber ido de la cabeza? Había estado tan preocupada por sus propios problemas que se había olvidado de los de Brad. Si sus padres no se habían dado cuenta, tal vez podía ser la única que pudiera dar la voz de alarma…

La puerta ante la que esperaba se abrió de par en par y sonó el órgano. Oyó una voz que se dirigía a la congregación, y luego un estallido de risas y aplausos. Penny se preguntó qué podía estar pasando. En ese momento entró su padre, apresurado.

Sonreía feliz.

—¡Estás guapísima, hija mía! ¡Guapísima! ¿Preparada?

—Sí. ¿Pero, está todo… quiero decir, estamos todos…?

—Sí, todo marcha según lo previsto —la cogió del brazo y le dio un cariñoso apretón mientras la acompañaba al lugar donde debían esperar su turno—. Me has hecho un hombre muy feliz, lo sabes, ¿verdad?

Al menos su padre no se esforzaba en disimular el regocijo que sentía al desembarazarse de su hija, pensó Penny con ironía.

—Me alegro —le dijo suavemente.

—La verdad es que no te podía imaginar con… Bueno, éste no es el lugar apropiado… Sólo quiero decirte que me alegro de que hayas hecho la elección más adecuada.

Penny se preguntó qué habría querido decir su padre con eso de

«la elección más adecuada», y pensó que era otro más de los enigmáticos comentarios que había oído ese día. Quizás se le hubiera podido ocurrir pensar que alguna vez tuvo la intención de irse a vivir con Gregory antes de la boda. No tenía que haberse preocupado, porque por la manera en que la habían educado ni siquiera se lo había planteado, y además a Gregory no parecía importarle esperar a legalizar su situación antes de convivir con ella.

Penny no tuvo tiempo de seguir pensando en el comentario de su padre. De repente la música dejó de oírse y todos los asistentes se pusieron de pie. Cuando la marcha nupcial empezó a sonar, supo que era el momento en que debía salir.

Por primera vez Penny se alegró de no ver con más claridad. De repente se sintió aterrorizada ante la idea de aparecer en público, algo que le pareció completamente ridículo, puesto que nunca le habían preocupado las multitudes.

Muy al contrario, disfrutaba cuando salía a escena. Sin embargo, hasta ese momento, siempre había hecho el papel de otra. Ese día era Penélope Anne Blackwell, y no estaba muy segura de poder atravesar la nave lateral sin dar un traspiés o hacer el ridículo de algún modo.

Aspiró profundamente, tratando de tranquilizarse, y comenzó a avanzar despacio, tal y como había ensayado la noche anterior.

La luz que entraba por las vidrieras se reflejó en los cabellos rubios de Gregory y Penny soltó, de repente, el aire que sin darse cuenta había estado reteniendo.

Estaba allí. Había venido.

Empezó a sonreír. Todo estaba en orden. Los detalles de última hora habían salido bien y el novio se había presentado cuando le necesitaba. Penny se puso a pensar en lo que le diría cuando estuvieran a solas. ¡Menudo susto le había dado!

Cuando se acercó más al altar, vio al reverendo Wilder, de pie frente a ella. Al menos creyó que era él. Ese hombre parecía tener su misma estatura y constitución física. Cuando su padre y ella se pararon, se dio cuenta de que Gregory se encontraba a su lado ante el altar. La iglesia pareció llenarse con la melodiosa voz del reverendo Wilder que recordó la antigua fórmula de los votos matrimoniales.

De repente el sueño se convirtió en una pesadilla cuando el sacerdote dijo:

—Bradley Aaron Crawford, ¿tomas a esta mujer…?

«¡Bradley Aaron Crawford!», pensó Penny. Volvió la cabeza y miró fijamente al hombre que tenía a su lado, al hombre con el que se estaba casando. Una pequeña tirita brillaba en su sien derecha.

Brad.

Nunca pudo recordar con claridad lo que ocurrió el resto de la ceremonia. Al parecer dio las respuestas apropiadas, porque nadie notó nada fuera de lo normal.

Tal vez el problema fuera ella. Debía padecer alucinaciones. Desde luego se sentía bastante aturdida, porque aunque siempre había estado convencida de que se había comprometido con Gregory Duncan, se estaba casando con Brad Crawford.

—Y yo os declaro marido y mujer —entonó el reverendo Wilder —. Puedes besar a la novia.

Lentamente Penny se volvió hacia el hombre con el que se acababa de casar, que, cuidadosamente, le alzó el velo, lo dobló hacia atrás y se inclinó para besarla.

—¿Qué estás haciendo aquí? —susurró sin apenas mover los labios.

Él sonrió y la besó levemente en la boca.

—Casarme contigo —le contestó incorporándose. La marcha nupcial, que sonaba en el órgano, inundó la iglesia, y todos los asistentes se pusieron de pie y empezaron a aplaudir para felicitar a los recién casados.

Penny deseó ser de esas mujeres que se desmayaban y así poder salir de una situación que le parecía intolerable.

Brad atravesó con ella la nave lateral, y la hizo entrar en una sala privada, cerrando la puerta tras de sí. Entonces se sacó algo del bolsillo y le dijo:

—Toma —Penny parpadeó y miró la mano de Brad con atención.

—¿Qué es esto? —preguntó.

—Tus lentes de contacto —le respondió Brad.

—Mis lentes de contacto —repitió tontamente preguntándose cómo se había enterado de que no las tenía. Pero de repente la verdad pareció caerle encima como una pesada piedra—. ¿Tú? —

dijo, tratando desesperadamente de encontrar sentido a ese torbellino de pensamientos y emociones, al tiempo que una rabia que no había sentido nunca, se apoderó de ella—. Bradley Aaron Crawford… ¿Tú cogiste mis lentillas y las escondiste, a pesar de que sabías que no veía nada sin ellas?

Brad asintió.

—Tenía que asegurarme de que todo iba a salir bien. Anoche me demostraste, claramente, que por mucho que te insistiera, no dejarías que te ayudara a ahorrarte el bochorno de cancelar la boda.

—¿De qué estás hablando? ¿Te has vuelto loco? —le preguntó. De pronto al oír sus propias palabras, las cosas parecieron tener algún sentido—. Claro —dijo paseándose por la sala, arrastrando el velo—. ¡Eso es! Te habías dado ese tremendo golpe en la cabeza y entonces has…

De repente dejó de pasear, giró en redondo y estuvo a punto de perder el equilibrio al encontrarse envuelta entre rasos y encajes. Le miró fijamente y, sus ojos, abriéndose de par en par, reflejaron el horror que empezaba a sentir.

—¡Gregory! ¿Qué le has hecho a Gregory, Brad? —luchó para liberarse de los pliegues que formaba su vestido, y se precipitó hacia él. Le agarró por los brazos intentando vapulearle—. ¿Qué le has hecho a Gregory, Brad? ¡Contéstame! —le gritó.

—¡Penny, cálmate! No le he hecho nada a Gregory Duncan. ¡No seas tan dramática!

—¡Dramática! ¿Yo? No me puedo comparar contigo, asqueroso y egoísta canalla. ¿Acaso piensas ponerte más dramático aún? ¡Te las has arreglado para secuestrar a mi prometido y así poder ocupar su lugar!

Penny empezó a pasear de nuevo por la sala. Se había recogido el vestido con las dos manos, y, con los pliegues amontonados delante, parecía estar representando el papel de una lavandera de otros tiempos, que iba y venía por la sala, dando grandes zancadas, con su carga de ropa a cuestas.

—Bueno, pues no pienso soportarlo más. ¿Me oyes? —cada vez hablaba más alto—. ¡No te creo ni una palabra! ¡Estoy harta de ti y de tus estúpidas bromas!

Hiciste todo lo posible por arruinar mi niñez, asustándome con serpientes, poniéndome ranas en la cama, escondiéndome las

gafas…

—¡Maldita sea! Te lo diré una y cien veces. Nunca cogí tus estúpidas gafas.

Hasta tu madre me creyó cuando le dije que yo no tenía nada que ver con su pérdida.

Sin hacer caso de la interrupción, Penny siguió hablando.

—Me decías que fuera a jugar contigo, y entonces te escapabas y te escondías.

Como no te encontraba me echaba a llorar y tú te reías de mí.

—¡Vamos, Penny! —le dijo—. ¡Por Dios, sé razonable! Eso pasó hace veinte años.

Penny se empeñaba en recordar todas las cosas que Brad le había hecho de pequeña. Sin hacer caso de su comentario siguió con la lista.

—¡Y qué me dices de cuando estábamos en el instituto y me mortificabas delante de Frank Tyler con tus horribles bromas porque sabías que estaba loca por él!

—Bueno «enana», tú te lo buscaste y lo sabes muy bien. ¿A cuántas chicas les contaste estúpidas historias sobre mí para que no me tomaran nunca en serio?

—¿Tomarte en serio? ¿A ti? ¿El excéntrico hombre de mundo, siempre dispuesto a divertirse? ¡Tú nunca te has tomado nada en serio en toda tu vida! Lo único que te importaba era pasártelo bien, tanto cuando éramos adolescentes, como cuando estábamos en la universidad.

Dejó de pasear y le miró fijamente desde el otro lado de la sala, enfadada y con la cara enrojecida.

—Nunca me he sentido tan feliz como cuando te fuiste a Nueva York y te apartaste de mi vida. ¿Me oyes? Siempre que estás cerca pasan cosas raras. Nada sale como lo planeo. Hasta que tú te fuiste no pude organizar mi vida y encontrar a un hombre al que amar y con quien casarme. Y entonces tú… —la enorme importancia de lo que acababa de suceder la golpeó con la fuerza de un maremoto y se echó a llorar. Violentos sollozos estremecían su cuerpo—. ¡Ah… ora… tú… has arrui… na…

do… comple… tamen… te… mi… vida!

Brad la miraba sin saber qué hacer. Había pensando que, de verdad, la estaba ayudando. Desde luego no tenía ni la más mínima

intención de arruinar su vida. La amaba, y lo único que quería era ayudarla… o al menos eso había pensado cuando decidió sustituir a Gregory ante el altar.

«¿A quién quieres engañar?», se preguntó a sí mismo. «Has estado consumiéndote desde que te enteraste que se iba a casar con otro. Sí», admitió, «he aprovechado la oportunidad que me brindaban de utilizar la deserción de Gregory para conseguir finalmente lo que quería. Y ahora Penny me odia».

Brad sintió un pinchazo de culpabilidad en el estómago. Había conseguido hacerla su esposa, ¿pero a qué precio?, pensó. ¿Qué podría hacer para que le perdonara?

Se acercó a ella despacio, y quiso acariciarla. Penny se apartó bruscamente de él, como si sintiera asco sólo de pensar que la pudiera tocar. Brad dejó caer la mano y se quedó mirándola.

Penny contuvo la respiración para tratar de recuperar el control de sí misma, y entre sollozos acertó a decir:

—¿Dónde está Gregory?

Brad suspiró. Se metió las manos en los bolsillos del pantalón y se volvió para mirar por la ventana.

—En California.

—¿En California? ¿Qué está haciendo allí?

—Tomar declaración a un testigo.

Penny lo miró incrédula.

—Te lo estás inventando, ¿verdad? Gregory no se habría marchado nunca de esta manera, sin dar ninguna explicación.

Penny se llevó las manos a la cara, respiró profundamente e intentó parecer más calmada.

—Ya me avisaste el domingo pasado —hablaba bajo y la rabia hacía temblar su voz—. ¡Me dijiste que habías vuelto para romper mi compromiso! ¡La culpa fue mía por no darme cuenta de que mentías cuando decías que habías cambiado de idea!

—¡No mentía, maldita sea! —dijo dándose la vuelta para mirarla —. Te he dicho siempre la verdad —finalmente, también Brad había perdido el control.

—Bueno, si no era una mentira, ¿qué era? ¡Dijiste que nos separarías y desde luego lo has conseguido, ocupando el lugar del novio! No te importó que Gregory y yo tuviéramos ya planeado nuestro futuro. No podías soportar verme feliz, ¿verdad?

Bien, señor Crawford, esta vez ha caído en su propia trampa, porque está usted tan casado conmigo como yo con usted; pero yo quiero estar casada con Gregory.

—Eso ya lo has dejado bien claro, cariño. Créeme, no hay nada que más desearía en este mundo que verte casada con Gregory, ¡maldita sea! ¿Es que no lo entiendes?

Penny se cruzó de brazos. La expresión de rebeldía que se leía en su rostro dejaba claro que no le apaciguaban los comentarios de Brad.

—No, no lo entiendo, lo único que sé es que tú estás aquí y él no.

—Yo no tengo la culpa.

—¿Ah, no? —preguntó Penny, con sarcasmo.

—Escúchame, cabezota. Si no me hubiera casado contigo esta mañana, te hubieran dejado plantada y habrías tenido que explicar a todos los asistentes por qué no estaba el novio.

Penny sintió las palabras de Brad como una bofetada y vaciló.

—¿Quieres decir que Gregory cambió de idea?

—Eso es exactamente lo que quiero decir.

—¿Por qué?

—¿Cómo demonios voy a saberlo?

—Te lo tiene que haber dicho. ¿Cómo ibas a saber si no que había cambiado de idea?

—Lo único que me dijo es que no iba a casarse ya contigo. Al parecer había llegado a la conclusión de que no te conocía tan bien como pensaba.

La mirada que Penny le dedicó estaba cargada de desprecio.

—¿De verdad piensas que me voy a creer eso? ¡Me pregunto cuántas horribles mentiras le habrás dicho para que decidiera no casarse conmigo!

—¡Deja de llamarme mentiroso!

—No sigas comportándote como tal.

No habían hecho ningún esfuerzo para controlar su tono de voz, ni se habían parado a pensar que pudieran estar oyéndoles discutir. El repentino silencio que se hizo, mientras permanecieron mirándose, pareció rebotar en las paredes de la sala.

Alguien llamó suavemente a la puerta y los dos miraron hacia allí.

—¡Adelante! —dijo Brad.

Helen asomó la cabeza y los miró consternada. Entró, cerró la puerta cuidadosamente tras de sí, y se apoyó en ella.

—¡No me lo puedo creer! ¡Lleváis cinco minutos casados y ya estáis igual que cuando erais pequeños y la madre de Brad y yo teníamos que separaros y haceros pasar el día solos hasta que pudierais jugar sin pelearos! ¿No os dais cuenta de que se os oye desde la calle? Todo el mundo está esperando a que los radiantes novios salgan para felicitarles, verles abrir los regalos y cortar la tarta nupcial.

Brad y Penny se apresuraron a darle explicaciones.

—Mamá, no lo entiendes, Brad…

—Helen, ¡no está siendo razonable en absoluto! ¡No me quiere escuchar!

Helen levantó la mano como si fuera un policía deteniendo el tráfico.

—No quiero oír nada más. A Dios gracias ya no tendré que serviros de arbitro y si os queréis matar, no estaréis obligados a darme ninguna explicación. Ahora quiero que salgáis, con una sonrisa en los labios, y le mostréis a toda esa gente lo felices que sois. Esperan ver un poco de amor y alegría acordes con la ocasión.

—¡Amor! —repitió Penny con desprecio.

—¡Alegría! —dijo Brad con una risa amarga.

Helen abrió la puerta con decisión.

—Los dos habéis estudiado interpretación durante muchos años. Estoy segura de que podréis demostrarnos que el dinero que invertimos en vuestra educación ha merecido la pena.

Miró el reloj.

—Voy a salir a explicar a todo el mundo que os habéis entretenido un poco; pero espero veros aparecer bien sonrientes y felices dentro de, como mucho, quince minutos.

Cuando Helen se marchó, se quedaron mirando fijamente a la puerta. Ninguno de los dos sentía ningún deseo de mirar al otro.

Penny fue la primera en romper el silencio.

—¿Qué vamos a hacer?

Brad la miró, después retiró la mirada y se acercó una vez más a la ventana.

—Tú decides.

—¿Por qué tengo yo que decidir nada?

—Puedes salir y decirle a todo el mundo que nunca quisiste casarte conmigo.

—No comprendo por qué nadie dijo nada. Después de todo la gente esperaba que fuera Gregory quien estuviera hoy aquí.

—Les dije que lo hablamos anoche y que te habías dado cuenta de que no te podías casar con Gregory porque… porque me amabas a mí.

—¿Y te creyeron? —preguntó Penny incrédula.

—Muchas gracias.

—Ya sabes lo que quiero decir. Como acaba de señalar mi madre, nos hemos pasado la vida peleándonos.

—Tus padres parecían más contentos que sorprendidos.

Penny recordó su extraño comportamiento y preguntó:

—¿Cuando se lo dijiste?

—Esta mañana temprano. Poco después de comunicárselo a mis padres.

Probablemente no te hayas dado cuenta de que papá es mi padrino.

Penny negó con la cabeza y miró el pequeño estuche que tenía en la mano.

—Como tú bien sabes, no podía ver a nadie.

—Lo siento. No tenía derecho a esconderte las lentillas.

—Por lo menos lo reconoces.

—Sólo intentaba ayudar.

—Bien, Brad. ¿Y acaso ahora pretendes seguir ayudándome saliendo fuera para decirle a todo el mundo que la boda fue una broma?

—Bueno, eso no es del todo cierto… nuestro matrimonio es legal. Tenemos una licencia que lo prueba.

—Y a propósito, ¿cómo la conseguiste? —preguntó Penny.

—Bueno, una de las ventajas de criarse en un pueblo pequeño es que conoces a todo el mundo, incluso al funcionario del condado. Y no te puedes ni imaginar lo que la gente es capaz de hacer por ti, si creen que están ayudando a dos enamorados. Se lo expliqué todo al reverendo Wilder y lo anunció antes de empezar la ceremonia.

Fue muy bonito; habló de cómo el amor es capaz de vencer todos los impedimentos y cosas así.

—Así que eso fue lo que oí justo antes de salir de la sacristía.

Tuvo que sentarse un momento porque se sentía como una pelota que alguien hubiera desinflado de repente.

—Entonces, Gregory no me quería —dijo despacio—. ¡Cómo me engañó!

Brad percibió toda la tristeza que había en su voz; pero no pudo articular palabra.

—Debería haberlo imaginado —dijo Penny, sin darse cuenta de que estaba hablando en voz alta.

—¿Qué quieres decir?

—No me había llamado en toda la semana. Se estaba comportando de una forma muy rara; yo insistía en no darle importancia, pensando que estaba muy ocupado. Sin embargo, una voz en mi interior quería avisarme y yo no la escuché —

levantó la vista un momento y rápidamente apartó la mirada—. Tiene gracia. Anoche quería hablar contigo sobre estos sentimientos, porque pensaba que me comprenderías —se miró las manos un momento y añadió—: ¡Claro que me comprendías! ¡Ojalá me lo hubieras dicho anoche!

Brad esbozó una media sonrisa.

—Lo intenté, de verdad; ¡pero no me creíste! No quise entrar en detalles y contarte que Gregory me había llamado, y lo que me había dicho. Cuando me di cuenta de que no iba a conseguir que me creyeras, supongo que me aproveché de la situación.

Penny no parecía prestar atención a las explicaciones o al tono de disculpa de Brad. Tenía la cara entre las manos, y cuando dejó de hablar, se puso a llorar.

—No puedo presentarme ante toda esa gente. De verdad, no puedo.

—Si quieres te llevo a casa y les digo que te sentías mal.

Penny pensó que irse a casa, y tener que darles a sus padres toda clase de explicaciones sobre lo ocurrido, era tan mala idea como quedarse y fingir ser una recién casada feliz. Así que miró a Brad y dijo:

—Creo que nunca podré perdonarte por ponerme en esta ridícula situación; pero como ya estamos metidos en el lío, lo único que podemos hacer es salir y fingir que somos una feliz pareja de recién casados.

—¿Feliz? —repitió Brad con sarcasmo—. Creo que no soy tan buen actor.

—¿Y yo qué? Por lo menos tú pudiste escoger.

—Demándame si quieres.

—No te preocupes. Lo haré tan pronto como sepa los trámites que debo seguir.

Brad la miró con incredulidad.

—¿Acaso quieres decir que quieres llevarme a los tribunales? ¿En qué vas a basar tu demanda?

—No te preocupes. No quiero dinero, sólo deseo anular el matrimonio en cuanto sepa cómo hacerlo.

—¡Ah! —exclamó Brad.

Penny se levantó y se alisó las arrugas del vestido de novia.

—Me voy a poner las lentillas, así por lo menos podré ver quién ha venido.

—Te esperaré en el vestíbulo. Tenemos que llegar juntos y aparentar que somos una pareja feliz.

Cada vez que pensaba en la audacia de Brad sentía ganas de tirarle algo. ¿Cómo iba a ser capaz de mirarle con una sonrisa cariñosa toda la tarde? Tendría que sacar a relucir todas sus habilidades como actriz. Sin duda, sería la actuación más importante de su vida.

Penny se dirigió al aseo de señoras, y se puso las lentillas. Poder ver mejor le subió un poco la moral. Se miró al espejo. Estaba pálida, su cara reflejaba cansancio y los ojos se le habían hinchado levemente. No era el rostro que normalmente presentaba una novia.

A nadie se le pasó por alto el retraso. Tan pronto como entraron en el salón donde iba a celebrarse el banquete, todo el mundo empezó a aplaudir y a hacer comentarios maliciosos de lo impaciente que estaba Brad por estar a solas con la novia.

De repente, Penny recordó las bromas y chistes que se hacían normalmente en las bodas, y pensó que la única manera en que podría soportar la tarde, sería olvidándose de que estaba con el hombre equivocado.

La madre de Penny se apresuró a llevarlos a la mesa donde los esperaba un pastel de varios pisos.

—Podéis quedaros aquí y recibir a todo el mundo. El fotógrafo vendrá enseguida.

Echó una ojeada a Brad y no pudo evitar mirarle de nuevo.

No se había dado cuenta hasta ahora de lo apuesto que estaba con el esmoquin.

Vestía el tradicional: negro y con camisa de chorreras. Le sentaba como si se lo hubiera hecho a la medida para su esbelto cuerpo de anchos hombros y largas y musculosas piernas. Estaba impresionante. El traje oscuro hacía resaltar su bronceado y sus dorados cabellos. La tirita le daba un aire libertino que le hacía parecer muy atractivo.

—¡Qué astuta eres, jovencita! —dijo la señora Fielding, acercándose a Penny y cogiéndole la mano con firmeza—. Nos has hecho pensar hasta el último momento que te ibas a casar con el señor Duncan. Por supuesto, a mí nunca me engañaste,

¿sabes? —guiñó un ojo a Brad y siguió hablando—. No cabe duda que el compromiso surtió él efecto deseado: hizo regresar a Brad y habéis arreglado las cosas entre vosotros.

Penny fue incapaz de mirar a Brad. No podía creer lo que estaba oyendo, y además no se le ocurría ninguna réplica adecuada a un comentario tan horrible.

Al final fue Brad quien habló; parecía relajado e insoportablemente complacido consigo mismo.

—Nos alegramos mucho de que usted y el señor Fielding hayan podido venir.

—Oh, no me lo habría perdido por nada del mundo, incluso antes de conocer el dramático desenlace. Seguro que ha tenido algo que ver con vuestros estudios de teatro.

Penny se preguntó cuánto tiempo podría seguir soportando todo aquello, y manteniendo la sonrisa en los labios, antes de echarse a llorar.

—Es lo más romántico que he visto en mi vida —dijo la señora Cantrell al acercarse a ellos—. Cuando el reverendo Wilder nos explicó como os habíais dado cuenta de lo que sentíais el uno por el otro, y que el bueno del señor Duncan lo había comprendido todo, me entraron ganas de llorar. ¡Era mejor que cualquier serial televisivo! —se acercó a Penny y le susurró al oído—. Aunque parecía un hombre muy agradable, siempre pensé que el señor Duncan era demasiado mayor para ti, querida. ¡Me alegro de que todo haya salido bien!

Penny se preguntó lo que haría esa gente si de repente le diera un ataque de histeria. Creía que de un momento a otro le iba a ocurrir. Sintió unas ganas locas de reír, y sabía que luego le entrarían de llorar. Ya le parecía ver los titulares del periódico local: *novio abofetea a novia presa de un ataque de nervios durante el banquete nupcial.*

Se estaba preguntando cómo había conseguido aguantar una hora más, sin perder el control, cuando llegó el fotógrafo.

Todo habría ido bien si su mirada no se hubiera cruzado con la de Brad, mientras les sacaban una de las fotos más románticas. ¿Cuántas veces había visto la misma expresión divertida en su rostro después de compartir una broma?

—¡Oh, Brad! —murmuró para sí—. Pase lo que pase siempre le ves el lado gracioso a todo. Nada en la vida te desconcierta. ¿Cómo lo consigues?

Entonces el fotógrafo pidió a Brad que la besara y esta vez en sus ojos pudo leer una pregunta. Penny trató de seguir su ejemplo e intentó no ver aquello como una deprimente tragedia griega. Le ofreció sus labios y cerró los ojos.

Sintió cómo los brazos de Brad la rodeaban y la atraían hacia él suavemente, mientras sus bocas se encontraban.

Ese beso no se parecía en nada al que le había dado en el altar. De hecho no se parecía a ningún otro beso de los que le había dado hasta ahora, y la había besado muchas veces a lo largo de los años… besos de amigo, besos exuberantes, besos de bienvenida, besos de despedida…

Penny no podía comparar ese beso con ninguno de aquellos. Sentía como un hormigueo le iba recorriendo el cuerpo desde los pies a la cabeza.

Los labios de Brad apretaban los suyos con firmeza y ternura a la vez. La besaba lentamente, como si tuvieran todo el tiempo del mundo y no hubiera una multitud observándolos, y un fotógrafo disparándoles con su flash mientras ellos seguían con los ojos cerrados.

Brad la estaba besando de la misma forma en que besaba a las incontables mujeres que perseguía en la televisión. Ahora entendía porqué siempre querían más.

Poco a poco, Penny empezó a oír risas y aplausos a su alrededor.

Estaban dando un verdadero espectáculo.

Se soltó y le miró. Brad sonreía.

—Se supone que tienes que parecer feliz —le dijo Brad entre dientes, sin perder la sonrisa.

—¡Si vuelves a hacerlo, te daré un rodillazo, justo donde me dijiste hace años que te dolía más! —contestó Penny sonriendo también.

Brad hizo una mueca fingiendo asustarse y soltó una carcajada.

—Y pensar que podrías utilizar lo que te enseñé en mi contra —dijo, aún en un tono de voz que nadie podía oír.

El fotógrafo interrumpió los murmullos de la pareja, convencido de que estaban contando los minutos que les quedaban para estar solos.

—Bueno, y ahora, ¿qué tal si les hago unas fotos cortando el pastel?

« ¿Y por qué no?», pensó Penny. «Tal vez le pueda llenar la boca de tarta hasta que le asfixie». Entonces recordó el accidente que había sufrido Brad el sábado anterior después de que ella deseara su muerte prematura, y apresuradamente se dirigió a los dioses para explicarles que en realidad no quería que muriera y rogarles que olvidaran lo que había dicho.

Cuando estaban abriendo los regalos, Penny pensó en lo diferente que habría sido esa parte de la tarde si Gregory hubiera estado allí. Brad parecía divertirse de lo lindo abriendo los regalos, y los espectadores estaban disfrutando con sus reacciones y comentarios.

Su agudo ingenio la pilló desprevenida más de una vez, y no pudo evitar reírse con sus chistes y payasadas. Todo iba bien hasta que Penny cogió un sobre que debía haberse caído de los regalos. Iba dirigido a Brad Crawford.

Penny se dijo que poca gente podía saber que Brad estaría allí para abrir los regalos, y se lo dio en silencio. Cuando lo abrió se quedó mirando fijamente lo que contenía. Parecía desconcertado.

—¡Vamos, Brad, dinos qué es! —gritó alguien—. ¡No me digas que te han regalado un millón de dólares!

La miró y Penny se dio cuenta de que había palidecido.

—¿Qué es? —susurró.

Sin articular palabra, Brad puso en sus manos dos papeles que

parecían billetes de avión, y de hecho lo eran. Penny los miró desconcertada. Eran dos billetes de ida y vuelta para Acapulco a nombre del señor y la señora Crawford, con salida esa misma tarde del aeropuerto cercano a Payton y regreso el sábado siguiente.

Penny miró a Brad desconcertada.

—¿Qué es? ¡Decidnos qué es! —dijeron algunos riendo.

Penny se aclaró la garganta.

—Bueno… es… ah…

Miró a Brad, sin saber qué decir. Él la miró a su vez y se encogió de hombros.

Penny intentó empezar de nuevo.

—Son dos billetes de ida y vuelta a Acapulco, en un vuelo que sale dentro de unas horas.

La noticia produjo gran excitación entre los asistentes.

—¡Qué maravillosa idea! ¡Es un espléndido regalo de boda! ¡Qué sitio tan fabuloso para pasar la luna de miel! —fueron algunos de los comentarios que se oyeron.

¿Luna de miel? Penny experimentó una súbita sensación de angustia. Se acercó más a Brad y susurró.

—No podemos utilizarlos. ¿Quién demonios nos los ha enviado?

—No creo que quieras saberlo —contestó de forma evasiva.

—¿Qué quieres decir?

Brad le dio una nota que aún conservaba en la mano. Penny se puso rígida al ver el nombre de Gregory Duncan en el membrete. La nota, escrita a mano, era bastante mordaz y la firmaba con sus iniciales:

Puedes utilizarlos también, al fin y al cabo ya estaban pagados. He puesto las reservas del hotel a tu nombre.

Por un momento volvió a sentir sobre ella el peso de la traición, y un intenso dolor recorrió su cuerpo. Brad debió darse cuenta de cómo se sentía, porque se acercó a ella y le dijo:

—¿Sabes, Penny?, no sería mala idea aceptar el regalo. Así podríamos alejarnos de aquí por un tiempo y pensar qué vamos a hacer. De todos modos toda esta gente espera vernos partir felizmente hacia algún sitio. ¿Por qué no a Acapulco?

Acapulco. Gregory había recordado la conversación que habían tenido hacía unos meses, en la que ella le comentó que nunca había salido de los Estados Unidos.

Así que ese era el sitio donde había planeado llevarla de luna de miel.

Penny se preguntó qué clase de hombre abandonaría a su prometida un día antes de contraer matrimonio y después le regalaría el viaje de novios el día de su boda con otro.

Penny se dio cuenta de que no conocía a Gregory Duncan en absoluto, y que tal vez nunca le había conocido.

—¿Qué te parece? —preguntó Brad.

Ya no tenía fuerzas para pensar en nada. De repente todo parecía haberse vuelto en su contra. Incapaz de tomar decisiones, miró a Brad y dijo:

—En este momento me da igual lo que hagamos o a donde vayamos. Lo único que quiero es que me saques de aquí.

Brad le tomó la palabra y utilizó como disculpa los billetes para salir de allí apresuradamente. Pero sus amigos no los dejaron alcanzar el coche de su madre sin la tradicional lluvia de arroz.

—¡Mis maletas! —dijo Penny con voz entrecortada.

—Tu padre las metió en el coche esta mañana.

Desde el automóvil se despidieron de todos los asistentes a la boda que agitaban las manos y les sonreían felices.

Brad tomó la mano de Penny y la apretó cariñosamente. Luego la retuvo sobre su muslo y puso el coche en marcha.

—Bueno, señora Crawford. Tal vez el nuestro sea el matrimonio más corto de la historia, pero por lo menos vamos a tener luna de miel.

Capítulo 8

Penny salió al balcón del lujoso hotel donde se hospedaban y admiró la puesta de sol sobre el Pacífico. Se extrañó al ver que no sentía ningún entusiasmo mientras contemplaba ese océano hasta entonces desconocido para ella.

Las vistas eran de ensueño: arenas blancas, palmeras que se movían con el viento, aguas de cambiantes tonos azules… Un verdadero paraíso tropical. Sin embargo, Penny no experimentaba emoción alguna. Se sentía paralizada.

Oyó a Brad conversar con el botones, pero no se volvió. En ese momento no sentía ganas de hablar con él. Había muchas preguntas que necesitaban respuesta, y tenían que discutir algunas decisiones. Pero en realidad, ni siquiera las respuestas a esas preguntas podían hacer cambiar lo irremediable: estaba de luna de miel con el hombre equivocado.

Seguía contemplando el paisaje cuando Brad abrió las puertas correderas de cristal y salió al balcón. Ni siquiera entonces se dio la vuelta.

No habían hablado mucho desde la boda. Cuando llegaron al avión, Penny estaba tan agotada que se pasó durmiendo casi todo el camino.

Se dio cuenta de que Brad se sentía desanimado de verdad. Esta vez no se trataba de ninguna de sus bromas. Durante el banquete había recordado alguno de los fragmentos de la conversación que habían sostenido la noche anterior, y se dio cuenta de que el golpe en la cabeza no le había afectado del modo que pensó entonces. Intentaba advertirle que el novio no estaría en la iglesia al día siguiente. Se preguntaba cómo lo había sabido, y qué podía haber dicho o hecho a Gregory para que éste no quisiera casarse con ella. Fuera lo que fuera, Penny se sentía incapaz de afrontar la posible traición de Brad.

Lo más terrible de todo era que su amigo de la niñez, el compañero en el que había confiado, podía ser el responsable de lo sucedido. De ser eso cierto, no sólo había perdido a su prometido, sino que además nunca podría volver a confiar en la integridad de su mejor amigo, con el que, por ironías de la vida, se había casado.

—La vista es impresionante, ¿verdad? —dijo Brad con suavidad.

Penny percibió la tensión que había en su voz. Se sentía tan mal como ella por el rumbo que habían tomado los acontecimientos. Al menos tenían algo en común en ese momento.

—Sí, lo es.

Como no dijo nada más, Brad le preguntó:

—¿Tienes hambre?

—No —respondió Penny.

—Yo tampoco.

Brad se sentó en una de las sillas que había en la terraza.

—Por lo menos ya estamos lejos de los comentarios de la gente del pueblo —le dijo Brad—. ¿Estás muy cansada?

Penny seguía mirando la playa. Todavía no se había dado la vuelta para hablar con él.

—No mucho. Dormí en el avión.

Brad lo sabía. En cuanto se quedó dormida, hizo que apoyara la cabeza en su hombro. Pensó que se le rompía el corazón al ver como se le caían las lágrimas mientras dormía.

¿Por qué se le había ocurrido pensar que prefería casarse con él a verse abandonada a la puerta de la iglesia? ¿Por qué lo había sugerido Gregory? Sin darse cuenta se llevó la mano a la sien, y pensó que tal vez todo se debiera al golpe. Quizás el cerebro se le hubiese dañado. Lo único que sabía con certeza era que, a pesar de haber hecho todo lo posible para evitarlo, la había herido.

Penny se volvió un poco, y le vio con la mano en la frente.

—¿Te duele la cabeza? —preguntó.

De repente se dio cuenta de todo lo que había pasado esa semana. Demasiado preocupada por sus problemas, no se había parado a pensar el momento tan malo que Brad estaba atravesando.

—Un poco.

—¿Por qué no te tomas algún calmante e intentas descansar un poco?

La miró, y tristemente le dijo:

—Porque son demasiado fuertes y me dejan fuera de combate durante horas.

Penny se encontró sonriendo por primera vez desde el banquete.

—No me parece que sea un efecto secundario tan malo. A mí no me importaría estar inconsciente durante algunas horas.

Sus miradas se cruzaron. Se habían entendido perfectamente. Por algo compartieron tantas cosas durante aquellos años. En ese momento estaban viviendo otra experiencia que serviría para estrechar aún más los lazos de su amistad. En el banquete de bodas se habían unido inmediatamente para afrontar el problema juntos. En ese momento, cuando todo había terminado, podían mostrar sus debilidades sin sentirse ridículos.

Brad se preguntó si Penny se daba cuenta de lo excepcional que era ese lazo que les unía, y si le daba tanta importancia.

—Tienes razón —dijo Brad sonriendo—. Voy a seguir tu consejo —admiró de nuevo el paisaje—. No cabe duda de que hemos encontrado un lugar perfecto para escondernos y lamer nuestras heridas. ¿No te parece?

Penny notó la pena que reflejaba su voz, y cerró los ojos, sin poder evitar que en su cara se dibujara una mueca de dolor. Brad parecía cansado, como si no hubiera dormido mucho las últimas veinticuatro horas.

Tuvo que sentirse muy angustiado al tomar una decisión tan importante. Sus duras acusaciones habrían dificultado aún más la situación para él. Dolida, le había golpeado con sus palabras, intentando, quizá, aliviar así su propia pena. ¿Por qué le había echado toda la culpa a él?

Penny reconoció que, a veces, cuando alguien está dolido, le resulta difícil recordar quién le hizo el daño. Había descargado sobre Brad todo el sufrimiento que le había infligido Gregory.

Penny abrió los ojos despacio y sus miradas se encontraron.

—Siento haberte dicho tantas cosas desagradables.

La mirada de Brad pareció hacerse más dulce y cálida.

—Agradezco tus disculpas, Penny —replicó.

—Creo que todo nos parecerá mejor dentro de unos días, en cuanto podamos hacernos a la idea de lo sucedido. No tenemos por qué tomar una decisión hoy.

Se acercó a él y le acarició la frente con suavidad.

—Anda, tómate algo para el dolor de cabeza.

Brad la observó largamente, en silencio. Parecía satisfecho con lo que veía.

Asintió con la cabeza.

—Tienes razón. Sin este dolor tan intenso podré pensar con más

claridad.

Penny observó como se dirigía a la habitación. Brad se quitó la chaqueta y la corbata, y sacó de la maleta un pequeño tubo de pastillas. Entró en el cuarto de baño, y poco después salió y se sentó en la cama para quitarse los zapatos.

« ¡Pobre Brad!», murmuró para sí. «Qué diferentes se ven las cosas cuando te olvidas un poco de ti mismo y te preocupas de los demás. ¡Y yo que me he pasado todo el día lamentándome porque me sentía maltratada y engañada!»

En realidad, lo único que le había convertido en un canalla a sus ojos era haber ido a verla en mitad de la noche, para tratar de explicarle que su prometido había decidido no casarse con ella, en el último instante. Y cuando no quiso hacerle caso, Brad, al que en ese momento consideraba un sinvergüenza, decidió ocupar el lugar del novio para que no se viera abandonada a la puerta de una iglesia llena de gente.

Gregory era quien tenía que dar explicaciones. Penny movió la cabeza con gesto cansado, y se dijo que de todos modos ya daba igual. Era demasiado tarde para buscar respuestas. Sabía que su mente seguiría ocupada, tratando de resolver el misterio del novio desaparecido.

¿Hasta qué punto se llega realmente a conocer a una persona?, se preguntó Penny, apoyada en la barandilla. El ser humano guarda demasiados secretos ocultos en su interior, como para que pretendamos conocerlos todos, por mucho que lo intentemos.

Probablemente sabía mucho más de Brad Crawford que cualquier otra persona en el mundo, y él también de ella. Recordó un día en que le dijo que ese conocimiento mutuo era mucho más importante de lo que ella pudiera imaginarse.

Penny estaba segura de una cosa: Brad nunca habría hecho lo mismo que Gregory. Nunca.

Suspiró y pensó que ese día había sido el más duro de su vida, y que se alegraba de verlo terminar.

Despacio entró en la habitación. No se sorprendió al ver que Brad se había dormido. Vio que tenía el ceño fruncido e intentó suavizarle la expresión con el dedo.

Brad murmuró algo y se movió intranquilo en la cama.

A Penny le pareció que había pronunciado su nombre, y sintió

una punzada de dolor en el pecho, al pensar que pudiera estar teniendo pesadillas por su culpa.

¡Pobre Brad!, pensó. Seguro que cuando pensó en volver a casa para asistir a la boda de una amiga nunca imaginó que iba a convertirse en uno de los protagonistas del evento.

Penny se paseó por el cuarto de baño y observó el lujo que la rodeaba.

—Bueno, Penny —murmuró para sí—. ¿Cómo piensas pasar tu noche de bodas?

Se agachó y abrió los grifos de la enorme bañera. Pensó que un baño la relajaría, e, irónicamente, se dijo que era una pena que no se hubiera traído un buen libro.

Después, estaría lista para irse a la cama. Una cama que iba a compartir con Brad. Claro que no sería la primera vez. Habían dormido juntos en una tienda de campaña. A ella se le estropeó la cremallera del saco, y él le ofreció compartir el suyo.

Pero por aquel entonces, recordó Penny, sólo tenía ocho años. Estaba segura que compartir la cama con un Brad adulto sería una experiencia totalmente diferente.

Pasó más de una hora antes que Penny decidiera que por muy placentero que le resultara el baño ya había disfrutado bastante de él.

¿Por qué intentaba con todas sus fuerzas no pensar en lo que debería haber sido esa noche? Cuanto antes se enfrentara a la verdad de su vida, y la aceptara, antes podría sobreponerse a la pena que le causaba ver como los sueños que había tejido en los últimos meses no se habían hecho realidad.

Se secó, y recordó que todavía no había deshecho la maleta. Se cubrió con la enorme toalla y esbozó una sonrisa. Una de las ventajas que tenía el ser tan baja era que no le resultaba difícil taparse. Esa toalla, en particular, le llegaba por debajo de la rodilla.

Abrió la puerta, con cuidado, y entró en la habitación. Brad se había puesto de lado y dormía profundamente. Había serenidad en su rostro.

El contenido de la maleta la obligó a pensar de nuevo en su situación. Estaba llena de vaporosa lencería y ropa de noche que le habían regalado sus amigas.

Recordó que la transparencia de los camisones y la ropa interior

habían provocado muchas bromas y risas ahogadas entre ellas.

De repente, añoró las toscas camisetas de fútbol con las que había dormido durante tantos años. ¡Era una lástima que no hubiera tenido la precaución de traer una por lo menos!

Finalmente, encontró un camisón de raso, color melocotón, que le pareció menos transparente que los otros, y se lo puso en el cuarto de baño. Cuando se miró al espejo se preguntó por qué lo habría encontrado menos provocativo que los demás.

El raso estaba cortado al bies, y el diseño imitaba a los vestidos de noche de los años treinta. Era un corpiño ajustado, con finos tirantes. En el centro tenía un entredós de encaje, del mismo color que el camisón, que hacía la forma de un diamante. Empezaba debajo de sus pechos, después se ensanchaba en el talle, para cerrarse de nuevo a la altura del vientre. Cuando se movía, el raso se deslizaba por su cuerpo, y ponía de relieve todas sus curvas.

Miró el reloj y se dio cuenta de que ya era hora de irse a la cama. Echó para atrás las sábanas de un lado, y se alegró de que la cama fuera tan grande. Al apagar la lámpara, le llamó la atención que entrara tanta luz por las cristaleras de la terraza y se asomó. Las estrellas brillaban tanto que le parecía tenerlas al alcance de la mano.

En el mar, de vez en cuando, se veía el destello blanco que formaban las olas al romper en la orilla.

—¡Qué lugar tan maravilloso para pasar una luna de miel! —murmuró para sí.

Se acercó a la cama y se deslizó dentro, con cuidado. Lo último que pensó fue que era maravilloso poder tumbarse al fin.

Unas horas más tarde, la luz de la luna, que entraba por las cristaleras, despertó a Brad, que se sentó en la cama desorientado. Miró a su alrededor, y entonces se dio cuenta de dónde se encontraba.

—¡Maldita sea! —murmuró para sí—. Ya me ha vuelto a pasar lo de siempre.

He dormido demasiadas horas.

Se tocó la cabeza, pensativo, y se alegró de que por lo menos ya no le doliera.

Penny estaba acurrucada a su lado, debajo de la sábana. Cautelosamente, se levantó de la cama y siguió mirándola. ¡Parecía

tan tranquila y serena!

Brad sintió que el corazón le iba a estallar, incapaz de contener el sentimiento que crecía dentro de él. Nunca había amado a nadie tanto y de tantas formas como a Penny Blackwell. Penny Crawford, se recordó a sí mismo. Ahora era su esposa. ¡Su esposa!

Durante todos esos años soñó que algún día se casaría con ella, le haría el amor, actuaría a su lado y criarían a sus hijos juntos… bromearía, reiría y disfrutaría de la vida con ella. Se preguntó cuándo había muerto ese sueño.

Lo recordó en seguida. Fue el día en que recogió el correo del buzón de su apartamento en Nueva York, y encontró la invitación a su boda. Se sintió herido y engañado por aquellos en los que había puesto toda su confianza.

Desde que llegó a Nueva York, había escrito a Penny, pero ella apenas había contestado a sus cartas.

Cuando su madre le escribió que Penny salía con un abogado, no se preocupó demasiado. También él salía con otras mujeres. Lo mejor era eso, pensó entonces, que se aseguraran de lo que sentían.

Él estaba seguro de sus sentimientos, siempre lo había estado. Desde que Penny se cayó de un columpio, cuando tenía cuatro años, y lloró porque ella lloraba. Había sentido el mismo dolor, porque formaba parte de él, como su corazón o sus pulmones. ¿Cómo podía ella no amarle del mismo modo? ¿Cómo podía no darse cuenta de lo importantes que eran el uno para el otro? La distancia no había representado nunca nada para él, porque siempre la había llevado en el corazón.

Presente en sus pensamientos.

Observó la invitación y empezó a urdir su plan. Volvería y acabaría con todo.

Le haría darse cuenta de que no podía amar a nadie más que a él, porque ambos se pertenecían. Sin embargo, las cosas no habían salido tan bien como había pensado.

En primer lugar, estaba sujeto a un contrato y no podía irse sin más. Habló con todo aquel que fue necesario. Les dijo que tenía un problema familiar y necesitaba unos días libres para solucionarlo.

Finalmente, sus jefes empezaron a considerar lo que pedía, pero le dijeron que debía esperar a que prepararan el argumento de nuevos capítulos, y así fue pasando el tiempo. Al final sólo le quedó

una semana para intentar hacerle ver que no se iba a casar con el hombre adecuado. En cuanto habló con ella se dio cuenta de que le iba a resultar más difícil de lo que había pensado.

Penny había cambiado. Ya no era la mujer que tan bien creía conocer, y eso le hizo perder la esperanza. No podía hacer nada que la hiriera, y le pareció imperdonable romper el compromiso a una semana de la boda.

La amaba lo suficiente como para dejarla marchar, incluso sabiendo que su vida no volvería a ser tan alegre y chispeante. Quedarse sin Penny sería para él como para el champán perder las burbujas. Nada tendría sentido sin ella.

Sin embargo, la vida no podía traicionarle de esa manera tan fría y calculadora, y por eso le dio otra oportunidad.

La miró y pensó que todavía tendría que esforzarse mucho para ganársela. El lugar no podía ser más romántico y propicio para cortejar a la mujer que ya era su esposa.

Brad entró en el cuarto de baño y se dejó acariciar por el agua de la ducha.

Se preguntó si Penny le querría lo suficiente como para seguir casada con él. Le había dicho que le quería, pero quizás ya no fuera así. ¿Cómo podía saber una persona lo que sentía en realidad su ser amado, si cada uno tiene su propia concepción del amor?

De alguna manera debía convencer a Penny de que le amaba y que haberse casado con él en vez de con Gregory era lo mejor que podía haberle sucedido.

Brad no se sentía capaz de volver a dormirse. Tenía demasiadas cosas en la cabeza y además Penny estaba acostada tan cerca de él…

Se metió en la cama con ella, y poco tiempo después se había dormido. Esta vez los dos estaban entre las sábanas…

En su sueño, Penny sentía un placer que no había experimentado en su vida.

Estaba en el lago, tumbada en la motora, y el sol y la brisa acariciaban su cuerpo.

Brad estaba allí, y protestaba porque Penny no se había puesto bastante loción bronceadora, e insistía en que se iba a quemar sin ella.

¡Era tan gruñón! Le dio la crema y le sugirió que se la pusiera él.

Brad empezó a extenderle la loción bronceadura por la espalda, recreándose en cada caricia. Le encantaba que la tocara, dulcemente, con sus manos fuertes y sus dedos largos y sensibles, recorriendo, lentamente, cada centímetro de su piel.

Se movió, para permitirle un mejor acceso a su cuerpo. Brad deslizó con suavidad la mano por la espalda de Penny, rozándole el brazo hasta llegar a la cintura. Luego volvió a subir de nuevo. Delicadamente, dibujó una línea debajo de sus pechos, con los dedos, y Penny deseó con todas sus fuerzas que no bromeara con ella de esa forma. Quería que Brad la tocara… de verdad. Cuando él abarcó uno de sus senos con la mano, Penny no pudo evitar gemir de placer. Sus dedos empezaron entonces a acariciarle los pezones, suavemente y Penny creyó que iba a gritar.

Ningún hombre la había acariciado tan íntimamente. Sólo Brad, y le amaba.

Todo lo que Brad quisiera hacer estaba bien. Le amaba… Le amaba.

De repente, Penny abrió los ojos. Ya no dormía. Ya no estaba soñando, y sin embargo… se encontraba en los brazos de Brad, que la acariciaba, mientras ella, todavía somnolienta, apoyaba la cabeza en su pecho. Los pezones, erectos ya, le dolían debido a la excitación que él había provocado con sus dedos. Tenían las piernas entrelazadas y uno de los muslos de Brad descansaba entre los de Penny. Era como si sus cuerpos supieran mejor que sus mentes lo bien que se encontraban juntos.

Brad se movió y la apretó más contra él. Le levantó la barbilla, y sus bocas se encontraron. Penny apenas vio como cerraba los ojos, antes de besarla, simplemente se abandonó.

La besaba, como lo había hecho en el banquete, incluso más íntimamente.

Penny se sintió desfallecer. La lengua de Brad tomó posesión de su boca, mientras seguía acariciándole los pezones. Penny notó cómo todo su cuerpo se deshacía de placer.

Nuevas sensaciones la sacudieron, y descubrió partes de su cuerpo a las que no había prestado atención hasta ese momento. Su mano parecía tener voluntad propia, y a medida que acariciaba el pecho de Brad, la hacía gozar, al sentir el contacto de la áspera textura contra su palma.

Sintió los latidos apresurados del corazón de Brad, y cómo sus pulmones se esforzaban por aspirar aire; sin embargo, continuaba besándola, sin detenerse a respirar.

Penny casi no se dio cuenta de cómo, poco a poco, Brad le fue bajando los tirantes del camisón. Tampoco tenía fuerzas para resistirse. Le parecía estar aún soñando.

—Oh, Penny —fue capaz de decir Brad finalmente. Su respiración era tan fuerte que apenas se le oía—. Te deseo tanto… tanto.

Penny no necesitaba que le explicaran lo que estaba sucediendo. Todo le parecía hermoso y natural. Los dos estaban todavía un poco somnolientos, y, simplemente daban rienda suelta a lo que durante tanto tiempo habían sentido el uno por el otro.

Brad se dio cuenta de que quería hacer el amor con Penny. La amaba; estaban casados y le parecía el mejor modo de demostrarle que sólo quería ser para ella un marido cariñoso y apasionado.

Siguió recorriendo su cuerpo y llegó a su vientre, pero cuando quiso descender más, notó que se ponía rígida y decidió detenerse.

Brad sabía que podía seducirla. La manera en que había reaccionado a sus caricias le decía que nunca había estado tan excitada. Intuía que si le dedicaba más tiempo no se resistiría.

¿Y cómo se sentiría Penny después? Todavía tenían mucho que hablar. Estaban casados, pero la boda había sido una farsa.

¿Quería realmente utilizar su respuesta sexual para persuadirla de que tomara una decisión que repercutiría en sus vidas futuras?

Brad aflojó el abrazo y se quedó tendido, inmóvil, durante un rato.

Penny se sintió abrumada por todas las turbulentas emociones, desconocidas hasta ahora para ella, que llevaba experimentando desde que se despertó. ¡Todo estaba sucediendo tan rápido! Su amigo de toda la vida se había convertido en un apasionado y misterioso extraño que sólo con tocarla la hacía estremecer.

Antes de que pudiera entender del todo lo que había sucedido, Penny notó que Brad se levantaba. Desconcertada, le vio echar para atrás la ropa de cama, y dirigirse al cuarto de baño en calzoncillos, luego cerró la puerta tras de sí.

Capítulo 9

Poco tiempo después, Brad salió del cuarto de baño y comentó con desenfado:

—Siento haber tardado tanto. Me parece que vamos a tener que lanzar una moneda al aire todas las mañanas para ver quien entra primero.

Ese era el Brad de siempre, pero Penny se dio cuenta de que echaba de menos al apasionado extraño que había compartido su cama. Se preguntó qué pensaría si supiera lo que sentía.

—No te preocupes —le dijo, y entró en el cuarto de baño.

Brad en seguida encontró algo que ponerse y se vistió.

—No tendrás ningún problema con el agua caliente —murmuró con ironía—.

Apenas la he utilizado.

Penny apareció envuelta en una toalla.

—Siento mucho lo que casi sucedió esta mañana. No tengo excusa para perder el control de ese modo. Espero que no lo añadas a la enorme lista que has ido elaborando, durante todos estos años, con mis maldades —dijo Brad.

Después se levantó y abrió la puerta del balcón. Esperaba verla reaccionar de algún modo, pero Penny no supo qué decir.

—Tenemos que hablar, Penny, y cuanto antes mejor. He descubierto que no soy tan noble como pensaba.

Después de los momentos vividos con él, Penny no estaba segura de desear que fuera noble. Acababa de hacer un asombroso descubrimiento: deseaba con toda su alma hacer el amor con Brad Crawford. Sólo de pensarlo se estremeció de los pies a la cabeza. Si era capaz de sentir algo así por Brad, no habría tenido ningún sentido que se hubiese casado con Gregory.

—Estoy de acuerdo contigo en que tenemos que hablar, pero preferiría hacerlo vestida.

A Brad le pareció gracioso el comentario.

—Lo comprendo perfectamente. Te esperaré abajo y desayunaremos. Más tarde, tal vez podamos dar un paseo por la playa y disfrutar un poco de lo que nos ofrece la zona.

—De acuerdo —dijo Penny aún desconcertada por sus recientes

descubrimientos.

No tardó mucho en encontrar algo que ponerse para ir a la playa. Se alegró de que casi todo lo que había llevado fuese apropiado para una luna de miel en Acapulco.

Su luna de miel con Brad.

De repente recordó una conversación que había tenido con su madre hacía unos meses. Acababa de decirle a Helen que Gregory le había pedido que se casara con él.

En ese momento su madre estaba ocupada en la cocina y Penny se había sentado en una banqueta cerca de ella.

—¡Gregory se quiere casar contigo! —repitió Helen sorprendida.

—Eso acabo de decir —admitió Penny.

—¿Y qué le has contestado?

Penny calló un momento.

—Le dije que necesitaba tiempo para pensarlo.

—¡Desde luego!

—De todos modos, creo que le voy a decir que sí, mamá.

Helen se dio la vuelta y preguntó:

—¿Estás segura, Penny?

—Sí —contestó mirando a su madre—. Gregory es la clase de hombre que quiero por marido: estable y brillante. Sé que puedo confiar en él.

—¿Y el amor qué?

—Eso se sobreentiende, claro.

—El amor no se tiene que sobreentender, sino sentir. No confundas la compatibilidad y el compañerismo con el amor. Las dos primeras son necesarias para mantener una buena relación de pareja, pero el amor es el que realmente mantiene unido a un matrimonio.

—Creo que podemos llevarnos bien.

Helen suspiró.

—Siempre pensé que Brad y tú acabaríais juntos.

—¿Brad? Supongo que lo dirás en broma. Ese hombre no se compromete con nadie por nada del mundo. Echaría a correr en la dirección opuesta.

La imagen de su madre se desvaneció. Penny recordó que estaba de luna de miel con Brad.

Había tenido mil oportunidades para salir corriendo: desde que

se enteró que Gregory no se iba a casar con ella, hasta el día de su boda, e incluso después. Sin embargo allí estaba. A pesar de los contratiempos que podría causar a su carrera un matrimonio tan repentino, Brad Crawford había decidido comprometerse con ella, y afrontar las consecuencias que sus acciones pudieran acarrearle.

Cuando contempló su imagen en el espejo del cuarto de baño se quedó sorprendida. Estaba radiante. No había ninguna palabra mejor para describir esa mirada ilusionada que veía en su rostro. Era la cara de una mujer enamorada. El brillo de sus ojos y el ligero rubor de sus mejillas la delataban.

Penny no recordaba la última vez que había visto a esa mujer en el espejo. Ya no quedaba nada de la sosegada profesora, de la estable mujer con la que Gregory Duncan había querido casarse. El reflejo le devolvía la imagen de la jovencita que había sido hacía años, rodeada de sus sueños y fantasías, que brillaban a su alrededor como un aura.

—No tenía ni idea de que existieras —susurró. ¿Por qué no había reconocido antes a esa vibrante persona que había en ella? ¿Por qué se había negado esa espontaneidad que bullía en su interior?

Allí estaba la mujer que había amado a Brad Crawford ciegamente. Le había seguido en todo durante la niñez, y había actuado con él en la mayoría de las obras de teatro en las que participaron durante sus años de instituto y de universidad.

—¿Dónde has estado? —murmuró, impresionada por la transformación.

Penny se sentía otra desde que se despertó en los brazos de Brad, sintiendo sus caricias y la tibieza de sus labios. Recordó uno de sus cuentos preferidos de cuando era niña: el de *La bella durmiente*, que despertó con el beso de un príncipe.

Se le aceleró el pulso al pensar que si se hubiera casado con Gregory, convencida de que le amaba, nunca habría conocido las maravillas que Brad le había revelado. Gregory jamás le habría hecho sentir nada parecido.

Soltó una carcajada y se apresuró a terminar de arreglarse. ¿Cómo podía explicar lo que le había sucedido, si ni siquiera ella lo entendía? Se sintió avergonzada de sí misma al pensar en todas las acusaciones que había lanzado contra Brad el día anterior. Gregory

nunca le hubiese tolerado semejante arrebato. Se daba cuenta de que, inconscientemente, entonces pensó que si quería que la aceptara, debía reprimir lo más profundo de su personalidad.

Con Brad, sin embargo, siempre había dicho y hecho lo que sentía en cada momento. Formaba parte de ella de tal forma que nunca se había puesto a pensar en esa libertad tan particular, ni tampoco le había concedido la importancia que tenía.

En ese momento debía estar esperándola abajo, preguntándose qué arrebato infantil le podría dar hoy. ¡Y pensar que Brad la amaba a pesar de sus defectos! Tenía que hacerle saber que, por primera vez, era plenamente consciente de todo lo que significaba para ella.

Penny bajó en el ascensor sin darse cuenta de la sonrisa que se dibujaba en su rostro. Sin embargo, ésta no pasó desapercibida para Brad, en cuanto la vio aparecer en el vestíbulo del hotel.

—Me parece conocer esa sonrisa tan particular —dijo en voz baja al tiempo que, cogidos del brazo, se dirigían al restaurante—. Me trae mala suerte.

Penny negó con la cabeza.

—No tiene por qué ser así.

Se sentaron y les sirvieron el café. Brad, acercándose más a ella, le dijo:

—Para ser alguien cuya vida estaba ayer arruinada, pareces haberte repuesto con una rapidez asombrosa.

Penny rió. Le divertía ver la cautela que reflejaba el rostro de Brad.

—Como pueden cambiar las cosas de un día para otro, ¿verdad?

—Eso es algo de lo que, de hecho, me quejo a menudo últimamente. La verdad es que me estás empezando a poner nervioso.

—¿Por qué?

—Recuerdo varias ocasiones en las que esa manera tuya tan particular de sonreír me trajo problemas.

Penny movió la cabeza riendo.

—¡Ya lo tengo! Te vuelves a casa en cuanto termines de desayunar.

—¡No!

—¿Has quedado con algún buceador local?

Penny se rió abiertamente y le dijo:
—No seas idiota.
Brad se echó hacia atrás y la observó atentamente.
—Ahora entiendo. Has sabido algo de Gregory.
—¿Qué te hace pensar eso? —se había puesto seria.
—Te he visto tan radiante que he pensado que, quizás, te hubiera pedido disculpas y quisiera reconciliarse contigo.
—Brad, no he sabido nada de Gregory, y daría lo mismo si así hubiese sido.
—¿Qué quieres decir con eso?
Penny miró al camarero, que en ese momento les servía el desayuno, y dijo:
—Humm. ¿No te parece que tiene una pinta estupenda? Hacía mucho tiempo que no tenía tanta hambre, ¿y tú?
Penny evitó hábilmente hablar de nada serio. Quería disfrutar de las sensaciones que acababa de descubrir, y adaptarse a la nueva idea que tenía de sí misma.
Se preguntó si se sentía así la mariposa cuando al abrir sus alas por primera vez descubría, asombrada, los innumerables colores que las adornaban. Penny se sentía liberada de todas las limitaciones que se había impuesto sin darse cuenta.
Aquél era el primero de una serie de días completamente diferentes para ella, en los que debía enfrentarse al mundo y adaptarse a su nueva vida y a la persona que acababa de descubrir.
Gracias a Dios, Brad era parte de su nueva existencia. Una parte crucial.
***
Durante un rato pasearon por la playa en silencio. Los bañistas jugaban con las olas, y finalmente fue Brad quien empezó a hablar.
—Te lo estás tomando mucho mejor de lo que esperaba.
—He tenido tiempo para pensar en ello.
—¿Y?
—¿Y, qué?
—¿Has llegado a alguna conclusión sobre lo que quieres hacer?
—¿Respecto a qué?
—A nosotros. A nuestro matrimonio.
Penny sabía que durante todo el tiempo que habían permanecido en silencio, Brad había estado pensando en ello.

—En cierto modo. ¿Y tú?

—Bueno —contestó tras pensarlo un momento—. Creo que por intentar ayudarte, lo único que he conseguido ha sido echar a perder tu vida.

—¡Oh!

—Habrías pasado unos días malos teniendo que explicar a todo el mundo por qué se había cancelado la boda; pero en cuanto eso hubiera pesado, habrías podido seguir adelante con tu vida.

—Sí, ya lo he pensado.

—Sin embargo ahora vas a tener que… —se detuvo un momento, como si no estuviera seguro de lo que iba a decir.

—Voy a tener… ¿Qué?

—Vas a tener que explicarle a todo el mundo por qué decidiste poner fin a tu matrimonio tan pronto.

—Tienes razón. ¿Cómo volvemos ahora a casa y les decimos a todos que hemos suspendido nuestra luna de miel?

Brad la miró sorprendido. En su rostro había una expresión divertida.

—Me parece que se han cambiado los papeles —murmuró—. ¿No era yo el que nunca se tomaba nada en serio?

—Sí, pero he decidido intentar parecerme más a ti. Al fin y al cabo, me has servido de ejemplo durante muchos años.

—Ésta no es la situación que utilizaría para practicar mi sentido del humor, Penny.

—¿Por qué no? Soy consciente de que en tus planes de vacaciones no entraba el matrimonio, pero trata de pasar por alto ese pequeño inconveniente, e intenta disfrutar de este lugar paradisíaco.

Brad nunca había visto a Penny de ese humor. Pensó que había estado sometida a demasiada tensión y que sus nervios le estaban jugando una mala pasada. Sin embargo, a cualquiera le hubiera resultado difícil creerlo. Se la veía radiante, feliz, y sobre todo… enamorada.

—¿Sugieres acaso que dejemos pasar unos días antes de decidir lo que vamos a hacer cuando volvamos a los Estados Unidos?

—¿Qué tiene eso de malo?

Brad recordó la ducha de agua fría que había soportado esa mañana y casi se estremeció. Lo que proponía Penny era injusto y

humanamente imposible para él.

¿No le afectaba compartir la misma cama? ¿No se había dado cuenta esa mañana, al recibir sus besos y caricias, de lo que ocurriría si se empeñaba en no hacer caso de lo que sucedía entre ellos?

—Supongo que nada —contestó Brad finalmente.

—Bueno, entonces, ¿qué te parece si nos damos un baño? —Penny se paró frente al agua—. Ya hace tiempo que desayunamos.

—Sí, de acuerdo —contestó Brad tras mirar el reloj.

—Vamos a ponernos los bañadores. Estoy impaciente por saber como se nada en el mar.

El resto del día lo pasaron nadando, explorando la zona, para terminar con una romántica velada en la que disfrutaron viendo como se tiraban los buceadores al mar desde los acantilados.

Brad trataba de no pensar en la noche, pero a medida que se iba acercando le costaba más y más. Nunca había visto a Penny tan seductora y atractiva, y, a la vez, tan inalcanzable.

Ése era el castigo que recibía por desearla. Era su esposa, pero se había prometido no considerar lo que eso implicaba.

Cuando volvieron a la habitación del hotel, Brad decidió fingir que le dolía la cabeza para tomar más calmantes. Así se olvidaría de todo durante unas horas.

Penny cogió el camisón y se dirigió al cuarto de baño.

—No tardaré —dijo antes de entrar.

—Eso es lo que temo —murmuró Brad para sí.

Salió al balcón y contempló las estrellas intentando imaginar dónde estaría si la boda de Penny y Gregory hubiera seguido adelante. No pudo evitar sufrir una punzada de dolor. Se sentía incapaz de aceptar la idea de no compartir su intimidad con Penny. Debía convencerla de que se pertenecían mutuamente.

Para su asombro, no tuvo que esforzarse mucho. Al oír la puerta del baño se dio la vuelta y la vio salir con un camisón tan transparente que dejaba pocas posibilidades a la imaginación, sobre todo cuando su figura se perfilaba al trasluz.

—Penny… —dijo intentando que no se le tratara la lengua.

Ella se acercó y le puso la mano en el pecho.

—Gracias por ser tan paciente.

Había algo en su voz que le hizo pensar que no sólo se refería a

la utilización del cuarto de baño.

Brad no podía soportar tenerla a su lado y no tocarla, como tampoco podía saltar por el balcón y volar.

—De nada. Creo que… que… voy a…

Penny se puso de puntillas y le besó suavemente en los labios, apretándose contra su cuerpo. Tal vez la mente de Brad estuviera intentando resistirse, pero su cuerpo no tenía los mismos escrúpulos, e, inmediatamente, respondió a la proximidad de Penny, quien, en vez de rechazarle, estrechó aún más su abrazo.

La lucha interior de Brad fue intensa pero breve. Tal vez se odiaría a la mañana siguiente, pero no podía resistirse a lo que sentía esa noche.

Penny supo, exactamente, cuándo Brad dejó de luchar y dio rienda suelta a lo que los dos querían que sucediera.

Sus brazos la estrecharon con tanta fuerza que por un momento temió que pudiera romperle las costillas. Fue un pensamiento fugaz, después de todo, un abrazo de Brad como ese, merecía el riesgo de sufrir cualquier pequeño accidente.

La besó largamente, y en ese beso le expresó todo el deseo contenido hasta ese momento. Hizo una pausa para poder respirar y Penny le susurró:

—Ámame, Brad. Por favor, ámame.

—Dios mío, Penny. ¿No te das cuenta de cuánto te amo?

—Demuéstramelo.

Brad no necesitó más estímulos. Tomó a Penny en sus brazos y la llevó a la cama.

Se quitó la ropa con impaciencia y se tumbó a su lado.

—Amor mío —murmuró mientras la abrazaba—. No tienes ni idea de lo que me has hecho pasar.

—Fue sin intención, Brad. No sabía… —susurró—. ¿Cómo podía saberlo?

Le quitó el camisón y empezó a hacerle el amor, sin prisas. Estaba feliz y sorprendido a la vez de que ella le deseara y estuviera dispuesta a explorar el lado físico de su polifacética relación.

Penny iba imitando cada una de sus caricias, complacida al percibir la inmediata respuesta del cuerpo de Brad.

Cuando llegó el momento cumbre, Penny estaba tan ansiosa por que le mostrara el siguiente paso de su juego amoroso, que sintió un

indescriptible placer cuando Brad finalmente la hizo suya.

¿Cómo podía haber esperado tanto tiempo para sentir algo tan bello y placentero? Si hubiera sabido lo que se estaba perdiendo…

Más tarde, antes de quedarse dormida, Penny pensó que debía preguntarle a Brad dónde había aprendido a ser un amante tan delicado, y sobre todo experimentado.

Durmieron hasta bien entrada la mañana. Trataban de recuperar el sueño que, gustosamente, habían interrumpido varias veces durante la noche.

Penny disfrutaba descubriendo, poco a poco, todos los puntos débiles de Brad.

Se dio cuenta de que conocer a una persona tan bien, suponía una importante ventaja. Compartir una cama matrimonial podía resultar una apasionante aventura.

Siempre creyó que no era una persona demasiado sensual; pero en pocas horas había cambiado de opinión por completo.

Cuando se despertó al día siguiente, Brad aún dormía. La tenía abrazada de tal modo que no podía moverse.

—Brad —susurró.

—Por el amor de Dios, Penny. Eres insaciable —murmuró.

—¿Te importaría soltarme?

Brad abrió los ojos de par en par al notar el tono de su voz.

—¿Qué te pasa? —preguntó angustiado.

Penny esperó a que se separara poco a poco de ella, y luego se sentó en la cama, sonriente.

—Nada. Tengo que responder a la llamada de la naturaleza.

Penny huyó al cuarto de baño, riendo. Brad le tiró la almohada y estuvo a punto de alcanzarla.

Permaneció tumbado un momento. Pensaba en la noche anterior. Si Penny quería disolver su matrimonio, desde luego no iba a poder pedir la anulación.

Aunque después de su comportamiento de la noche anterior, dudaba mucho que quisiera hacerlo.

Al oír correr el agua de la ducha, Brad decidió unirse a ella.

—¿Qué tal está el agua?

—Creía que nos íbamos a duchar por turnos —le dijo mostrándose de repente tímida con él.

Brad le quitó el jabón de las manos y empezó a extenderlo

cuidadosamente por el cuerpo de Penny.

—Resulta mucho más económico así, ¿no te parece? Acabaremos antes y ahorraremos agua. Tenemos que hablar —dijo Brad, suavemente.

Acarició amorosamente el cuerpo de Penny y luego lo secó.

—Lo sé.

Después de una noche como aquella, Penny se sentía en mejor disposición para hablar de su futuro juntos. Por fin se pertenecían, aunque la forma que habían escogido no fuera muy ortodoxa.

Pidieron que les subieran el desayuno, para no tener que preocuparse de su atuendo y poder disfrutar de las vistas que se contemplaban desde la terraza.

—¿Vas a venir a Nueva York conmigo? —le preguntó mientras tomaban el café.

—Supongo que sí. La verdad es que no había pensado en ello.

—En las circunstancias en que nos encontramos resulta comprensible.

—Desde luego no me apetece quedarme en Payton. No me siento con ánimos de enfrentarme a Gregory todavía.

Brad sintió una punzada en el estómago al oír nombrar a su adversario. Sin mirarla tomó otro sorbo de café.

—Tengo que volver el domingo para empezar a trabajar el lunes.

—Me parece tan extraño pensar que voy a vivir en Nueva York. Es como otro mundo para mí. Tendré que dejar mi trabajo… —dijo Penny, arrastrando la voz.

—Ya sabes que no tienes que trabajar si no quieres.

—Me volvería loca sentada todo el día sin hacer nada.

—No me refiero a eso. Podrías presentarte a pruebas… Si quieres, claro.

—¿Quieres decir que podría trabajar como actriz?

—Estás muy bien preparada para ello.

—Oh, Brad, no sé.

—¿Qué es lo que no sabes?

—Bueno… nunca había pensado trabajar como actriz profesional.

Brad sonrió.

—Inténtalo. Tal vez te guste.

Le estaban sucediendo tantas cosas en tan breve espacio de

tiempo, que Penny se sentía como si un torbellino la hubiera atrapado y se la llevara, formando remolinos, a una tierra lejana. Una tierra llena de posibilidades.

Miró a Brad. Parecía relajado y feliz. No podía imaginarse a Gregory sentado de cualquier manera, llevando puesto solamente el bañador. Eran tan distintos. Ella se sintió atraída por el que creyó más estable.

Su instinto le había fallado, pero Brad no. Recordó la frase que tantas veces él le había repetido: *para eso están los amigos*.

—Gracias —dijo mirándole con ternura.

Brad no recordaba nada que fuera merecedor de su agradecimiento, y la miró interrogante.

—Gracias por amarme, por tener fe en mí, por obligarme a enfrentarme a mí misma y darme cuenta de lo mucho que me hubiera aburrido con Gregory. Gracias por comprenderlo, y hacer todo lo posible por salvarme de mis equivocaciones.

El rostro de Brad estaba radiante de felicidad.

—¿Quieres decir que me perdonas por arruinar tu boda?

—No la arruinaste. Me salvaste de ella.

—Sé que todavía amas a Gregory, Penny. Sabré aceptarlo y hacerme a la idea…

Penny se echó a reír.

—Nunca te he oído hablar con tanta humildad, Brad. No va con tu personalidad en absoluto. No sé con certeza lo que siento por Gregory en este momento. Lo que hizo fue brutal e imperdonable. Saberle capaz de semejante comportamiento me impresionó mucho. Me di cuenta de que le conocía muy poco.

Me alegro mucho de no haberme casado con él —miró al mar—. Lo nuestro no habría funcionado.

—Temía que nunca llegaras a esa conclusión —dijo Brad aliviado.

Penny rodeó la mesa y se sentó en el regazo de Brad.

—Sin embargo, quiero preguntarte una cosa.

Brad se puso tenso. ¡Las cosas iban tan bien! Llevaban sin discutir desde el día de la boda. Sólo habían pasado dos días desde entonces, pero era un verdadero paso de gigante para ellos. Significaba que estaban aprendiendo a convivir.

—¿Qué? —preguntó con cautela.

—Te conozco de toda la vida —empezó diciendo con suavidad.

—Sí.

—Siempre estuvimos muy unidos, excepto esos tres años que pasaste en Nueva York…

—Uh. Huh.

—Entonces, ¿podrías explicarme cómo te has convertido en un amante tan experimentado? Me parece que me he perdido algo en estos años.

Brad soltó una carcajada, y la llevó en brazos hasta la habitación. Como sólo vestía un salto de cama, que apenas cubría sus encantos, no perdió mucho tiempo despojándola de su atavío.

—No te has perdido nada, cariño, porque te voy a enseñar lo que sé. Ya te dije un día, que cuando estuve en la universidad, no todo lo aprendí en clase.

Brad le volvió a dedicar su devastadora sonrisa. La misma que hacía que todas las mujeres de Norteamérica pusieran la televisión cada tarde.

El amor se leía en sus ojos, y dejaba muy claro que sólo una ocupaba su corazón. Penny le abrazó, y se sintió afortunada de haber tenido la oportunidad de descubrir… para qué están los amigos.

Epílogo

—¡Hola! —le dijo una secretaria joven—. ¿Desea algo?

—¿Podría ver al señor Duncan?

—¿Está usted citada?

—Me temo que no.

—Iré a ver si puede recibirla. ¿Su nombre, por favor?

—Penny Crawford —le contestó con calma.

Mientras la joven hablaba por teléfono, Penny miró a su alrededor. La oficina no había cambiado mucho desde la última vez que había estado allí. Todo tenía un aspecto elegante y majestuoso, que producía una sensación de tranquilidad y estabilidad.

Oyó cómo se abría una puerta detrás de ella, y se dio la vuelta. Gregory Duncan estaba allí de pie, y la miraba fijamente.

—¡Penny! Creí haber entendido mal… Entra.

Penny se dio cuenta de los cambios que se habían producido en él, desde la última vez que le había visto. Había envejecido más de lo que ella esperaba y aparentaba más edad de la que tenía. Finas

arrugas surcaban su rostro, y al mirarlo más de cerca, se dio cuenta de que tenía canas. Aparentaba justo lo que era… un brillante y ocupado hombre de negocios. Se preguntó qué pudo ver en él hacia unos años para encontrarlo atractivo. El parecido físico entre Gregory y Brad era ya apenas discernible.

—¡Qué sorpresa! —dijo detrás de ella—. Siéntate, por favor.

—Espero que no te moleste que me haya presentado así —se sentó y observó que él lo hacía también.

—Por supuesto que no. Es un placer volver a verte. Hacía bastante tiempo desde la última vez.

Sus ojos se encontraron.

—Sí —admitió Penny con tranquilidad.

Durante un momento permanecieron en silencio, mirándose. Finalmente, Gregory se decidió a decir:

—Estás muy guapa.

—Gracias.

—¿Vas a quedarte mucho tiempo en el pueblo?

—Me temo que sólo unos días. Últimamente no tenemos mucho tiempo libre.

Gregory sonrió.

—Me imagino que no. ¿Cómo te sientes trabajando con tu marido en escena?

—Está resultando una experiencia muy interesante. Lo sorprendente es que a Brad le encanta. Temía que la televisión le hubiera estropeado para el teatro.

—Las críticas han sido muy buenas —apuntó.

—Sí —Penny calló un momento. Trataba de encontrar las palabras adecuadas

—. Quería darte las gracias por el maravilloso ramo de flores que me enviaste la noche del estreno —sus ojos se encontraron—. Me emocionó ver que te acordabas de mí.

—Siempre te recordaré, Penny. La verdad es que estaba en Nueva York y asistí al estreno.

—¿De verdad? ¿Y por qué no viniste a los camerinos?

—Tenía la intención de hacerlo; pero, por algún motivo, cuando llegó el momento, me pareció que no era lo apropiado —volvió a reír—. Si te sirve de algo, te diré que hiciste un trabajo excepcional. No sabía que tuvieras tanto talento.

—Fue cuestión de suerte. De estar en el lugar apropiado en el momento adecuado —se encogió de hombros—. ¡Ojalá hubiera sabido que estabas allí!

—No había necesidad. Digamos que estaba calmando mi curiosidad. Brad y tú trabajáis muy bien juntos. Parecéis estar tan compenetrados que los espectadores casi podrían darse cuenta de que sois pareja en la vida real.

—Ya lo sé. Lo hemos comentado muchas veces.

Gregory cogió el abrecartas y empezó a jugar con él.

—Supongo que vuestras familias estarán encantadas de veros juntos —dijo.

—Sí, la madre de Brad ha estado un poco enferma, y pensamos que le gustaría ver a Stacye; pero para curarnos en salud decidimos quedarnos en casa de mi madre.

Stacye tiene tanta energía, que puede agotar a cualquiera y no queríamos poner a la madre de Brad más nerviosa. Así las visitas serán en pequeñas dosis.

—¿Tienes alguna foto suya?

—Por supuesto —rió—. Soy la típica madraza.

Penny rebuscó en su bolso, sacó una fotografía de la cartera y se la entregó.

Gregory observó, con detenimiento, la cara de la niña. Era rubia y tenía los ojos azules. Su sonrisa y su expresión picara le resultaban familiares. Sabía que era la sonrisa de Penny, aunque no hubiera llegado a conocer la parte picara de su personalidad.

—Se parece mucho a ti, Penny —le dijo, devolviéndole la fotografía.

—Supongo que sí; pero tiene el mismo carácter bromista que su padre. ¡Vaya dos! —se detuvo un momento al darse cuenta de lo que estaba diciendo y a quién.

—No hace falta que te pregunte si eres feliz. Se ve.

—Lo sé, Gregory. Por eso vine a verte —él levantó la ceja, ligeramente, como si no la comprendiera—. Me costó un poco —continuó Penny—; pero al final entendí lo que hiciste y por qué.

Gregory parecía confundido.

—Me temo que no sé lo que quieres decir.

—No entendía por qué te habías negado a casarte conmigo, sin darme ninguna explicación; y sin embargo nos regalabas el viaje de

luna de miel. Por una parte, se trataba de un hecho muy cruel, y por la otra de un detalle realmente bonito. Ambas acciones no encajaban.

—Eres muy generosa al pensar que me movieron motivos desinteresados, Penny. La verdad es que, cuando llegó el momento de la verdad, me di cuenta de que llevaba demasiado tiempo soltero, y que me resultaría difícil compartir mi vida con otra persona. Tienes razón al decir que escogí una salida muy cruel y cobarde —

miró el abrecartas que tenía en la mano, como si no lo hubiera visto antes—. En cuanto al viaje de novios, hacía ya varios meses que lo había pagado. No me habrían devuelto todo el dinero, si lo hubiera cancelado —esbozó una sonrisa algo forzada—.

Creo que con los billetes quería tranquilizar mi conciencia. Eso es todo.

Penny se dio cuenta de la turbación que le producía a Gregory enfrentarse a lo ocurrido. Le creía. No le había preocupado herirla, porque los sentimientos nunca ocuparon un lugar importante en su vida. Era un hombre práctico. Si se hubiera casado con él, se le habrían atrofiado las emociones de tanto contenerlas.

—Bueno —dijo poniéndose en pie—. Vine a verte para darte las gracias por las flores y las felicitaciones. Además quería que supieras, en caso de que te quedara alguna duda, que tu decisión de no casarte conmigo fue muy acertada.

Gregory se levantó también.

—Nunca lo dudé —dijo, con una sonrisa, mientras la acompañaba a la puerta—.

Gracias por venir. Te agradezco el detalle.

—Estoy segura de que mañana, todo el pueblo sabrá que vine a verte.

—No sé qué historia les contaríais Brad y tú —su sonrisa era ya más natural—; pero todo el mundo me estuvo tratando con mucha amabilidad durante semanas después de la boda. Por supuesto, no me lo merecía. Me sentía como un impostor.

Penny se echó a reír.

—Brad fue el autor del argumento y, por tanto el responsable de la historia. Yo no supe con quién me estaba casando hasta la mitad de la ceremonia.

Por primera vez, Gregory pareció emocionarse.

—¿Quieres decir que no sabías que yo no…? —parecía no encontrar las palabras.

—Eso es. Brad estaba convencido de que ésa era la única forma de que me casara con él.

—No tenía ni idea.

Penny se encogió de hombros.

—Así es Brad. Le encanta provocar situaciones teatrales. Sólo nosotros tres sabemos lo que pasó en realidad. Nadie más tenía por qué enterarse.

Gregory la miró largamente en silencio. Penny no se sentía capaz de darse la vuelta y dejarle mirándola de esa forma.

—Brad debe saberte llevar muy bien —dijo finalmente, todavía un poco confundido.

—Supongo que sí. Ya tiene mucha práctica —impulsivamente, Penny se puso de puntillas y lo besó en la mejilla—. Gracias por recibirme, Gregory. Siempre pensé que había quedado algo pendiente en nuestra relación, y necesitaba atar los cabos sueltos en mi mente… Quería que supieras que te había perdonado. En realidad, nos hiciste un gran favor.

La última imagen que recordaría Penny de Gregory, sería verlo regresar a su oficina y a su trabajo… su verdadera esposa.

Penny se bajó del coche y vio a Brad salir de casa de sus padres. Se acercó a ella, la cogió por la cintura y empezaron a girar sobre sí mismos.

—¿Qué haces, loco? —le preguntó, riendo.

—Te echaba de menos, y vine a ver si tu madre había dejado una nota para mí, diciendo dónde estabas.

—Fui a ver a Gregory.

La sonrisa de Brad desapareció lentamente.

—¿Por qué?

—Resulta difícil de explicar. De vez en cuando, pensaba en él; en lo que estaría haciendo; si se habría casado… Ese tipo de cosas.

—¿Acaso lamentabas que las cosas no hubieran sucedido de otro modo? —

sonreía, pero Penny se dio cuenta de que sus ojos estaban tristes.

Se puso de puntillas y lo besó.

—¡Claro que no! Supongo que necesitaba verlo de nuevo, en el

ambiente en que se mueve, para darme cuenta de que estuve a punto de cometer el mayor error de mi vida.

—¿Se sorprendió al verte?

Brad la estrechó más en sus brazos.

—La verdad es que se quedó pasmado. No creo que pensara tener que enfrentarse conmigo después de lo que hizo.

—¿Qué dijo?

—No mucho. Al parecer vio la obra la última vez que estuvo en Nueva York.

Parecía sorprendido de que supiese actuar.

Brad se echó a reír.

—No sé por qué se sorprende. Te pasaste todo vuestro noviazgo actuando.

Penny le golpeó de broma en el pecho.

—Lo hice sin darme cuenta.

—Ya lo sé, cariño —dijo con una sonrisa picara.

Abrazados, se dirigieron hacia la casa.

—Mamá me preguntó si podía quedarse Stacye con ella esta tarde. Están haciendo galletas, así que le dije que sí.

—¿Seguro que quiere quedarse con esa pequeña charlatana?

Brad abrió la puerta y empezaron a subir las escaleras.

—Sí. Al parecer, el médico le ha dicho que se está recuperando sin problemas, y que la presencia de su nieta era mejor que cualquier medicina.

Llegaron a la habitación de Penny, y Brad cerró la puerta tras de sí.

—Tu madre se ha ido a su clase de arte. Me dijo que, como llegaría tarde, si queríamos, podíamos salir a cenar esta noche.

Brad empezó a desabrocharle el vestido.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó Penny con fingida inocencia.

Le bajó el vestido por los hombros, y dejó que se deslizara por sus pechos y sus redondeadas caderas hasta caer en el suelo.

—Estoy ensayando un nuevo papel —le respondió Brad con una sonrisa.

La llevó en sus brazos hasta la cama. Se apresuró a quitarse la ropa y se tumbó a su lado.

—¿Un nuevo papel? —preguntó Penny casi sin respiración.

—¿No es así como se comporta un médico?

—¡Espero que no! —exclamó, fingiendo sentirse indignada al verse desnuda.

—Bueno… quizás sólo necesite un poco de cariño, después de haber pasado toda la tarde sin ti.

Penny sonrió y lo atrajo hacia ella.

—Entonces, querido, has venido al lugar adecuado.

—Ya lo sé —contestó Brad, con una sonrisa de satisfacción.

Fin